

BODA CONCERTADA

SARA WOOD



BODA CONCERTADA

SARA WOOD





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Boda concertada, n.º 1426 - septiembre 2017
Título original: Husband by Arrangement
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-102-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Maddy no podía esperar más. Tenía que mirar. Tiró de la mano de su amiga con desesperación.

–¡Déjame ver! –suplicó.

–Paciencia –rio Debbie–. Solo un poco más de brillo en los labios… ¡Ya! ¿Lista?

Maddy asintió, con la boca seca. Muchas cosas dependían del resultado. Giró la silla, se enfrentó al espejo y vio la imagen de una persona completamente distinta.

–¡Oh, cielos! –exclamó con asombro.

En vez de escandaloso, como había pretendido, el cabello color burdeos realzaba su tez pálida y daba a sus solemnes ojos grises un brillo ahumado y travieso. Abrió la boca con asombro y el espejo le devolvió el mohín de unos labios color amapola, con aspecto de ser besados cuarenta veces al día.

Sonrió con ironía. Hacía tiempo que el único que la besaba era su abuelo: en la mejilla, para darle las buenas noches. Su querido abuelo no creía en las demostraciones de afecto, pero la quería; por eso insistía en que se casara con el nieto del antiguo socio que había tenido en Portugal. Y de ahí el disfraz: era un intento desesperado por parecer totalmente inapropiada como futura esposa de Dexter Fitzgerald. Pocas horas después volaría a un país que había dejado casi veinte años antes.

–Es un poco… demasiado –dijo Maddy dubitativa, observando la imagen descarada del espejo.

–Claro. ¿Cómo si no vas a conseguir que te rechacen de plano? Dijiste que los Fitzgerald eran tradicionales. Confía en mí. Se quedarán horrorizados.

Maddy esbozó una sonrisa, empezando a animarse.

–¡Es muy posible! –concedió.

–Ahora tienes que aprender a andar de forma insinuante –ordenó Debbie–. Así.

Maddy, animada por su bulliciosa amiga, se levantó y la siguió, exagerando el bamboleo de sus caderas, hasta que tuvo la sensación de que iba a desencajarse.

–¡Es demasiado ridículo! –protestó, dejándose sobre la cama de su amiga con un ataque de risa–. Nunca podría andar así en público.

–Tienes que exagerar para tener éxito. Por eso hemos comprado la ropa más chillona de la tienda de beneficiencia –Debbie se puso seria–. No tienes opción. Tu abuelo lleva años presionándote; está empeñado en que te cases con ese Dexter. Esto frustrará sus planes.

–Quiere mi seguridad –defendió ella con lealtad–. Cree que, a mis treinta años, ya no tengo remedio. Y estoy en paro desde que ha cerrado la residencia infantil –suspiró–. Es comprensible. Es viejo, está enfermo y lo preocupa mi futuro cuando él muera.

–Yo, en tu lugar, le diría a mi abuelo que no se metiera en mi vida –rezongó Debbie. Sonrió y abrazó a su amiga–. El problema es que eres tan amable y cariñosa que no quieres hacerle daño. Por eso ahora, supuestamente sumisa, estás a punto de volar a Portugal para encontrarte con tu anhelante prometido y…

–¡Comportarme como una cazafortunas maleducada para desanimarlo! –rio Maddy, pestañeando con descaro.

–¡Fantástico! ¡Puedes hacerlo! –gritó Debbie–. ¡Mírate! –animó, llevando a Maddy de vuelta al espejo.

Maddy toqueteó el alarmante escote de su camiseta y pensó en la remilgada y adusta Sofía Fitzgerald, la abuela de Dex. Sofía no soportaría que una vampiresa interesada fuera la futura esposa de Dex; y, por lo que recordaba, él desearía una esposa dócil y bien vestida, no una mujer frívola y de andares insinuantes.

Iba a enfrentarse a la actuación de su vida. Cuando había intentado decirle a su abuelo que no le interesaban sus planes de matrimonio, casi le había dado una apoplejía. No había tenido más remedio que simular que aceptaba para evitarle otro infarto. Inspiró con fuerza.

–Entonces, ayúdame, Debs –pidió con decisión–. Dime qué debo hacer.

Juntas, practicaron cómo comportarse de forma sensual, descarada y segura. Dieron un paseo por la calle, provocando muchas miradas lujuriosas. Entre risas, Maddy descubrió que iba ganando confianza tras oír varios piropos.

¡Se había convertido en una de esas mujeres que los hombres querían conquistar! Le resultaba antinatural, pero estaba dispuesta a actuar como una seductora durante un tiempo. Todos comprenderían que no era en absoluto apropiada como esposa de un Fitzgerald. Las ideas casamenteras de su abuelo y de la aristocrática Sofía se quedarían en agua de borrajas.

–Procura olvidar tu dulzura habitual. Ahora eres una listilla –advirtió Debbie, de camino al aeropuerto.

–Dex lo odiará –reflexionó Maddy–. Apenas lo vi desde que cumplió los ocho años y lo enviaron a un internado en Inglaterra. Yo solo tenía cuatro años, pero recuerdo que era muy distante, casi un recluso…

–Con gafas gruesas y delgado como un junco –añadió Debbie.

–Estoy segura de que es muy agradable –concedió Maddy, retorciendo un mechón de su pelo puntiagudo–. Pero nunca me

casaría con alguien a quien no amase.

Su esposo tendría que ser un hombre muy comprensivo. Alguien a quien no le importase que no pudiera tener hijos. Ella se había hecho a la idea tiempo atrás: una infección había acabado con sus posibilidades de ser madre, pero en su interior persistían el dolor y el anhelo. Se preguntó si habría algún hombre dispuesto a casarse con ella, sabiendo que nunca le daría un hijo.

–La verdad es que eres muy dura, pero la gente que no te conoce tiene la impresión de que eres callada y sumisa –comentó Debbie con admiración–. No sé cómo has soportado ser la cocinera y criada de tu abuelo durante tantos años. Es un poco tirano, ¿no?

–Me necesitaba –dijo Maddy–. Y aprendí a callarme y ocuparme de todo cuando el negocio que iniciamos aquí fracasó y lo perdimos todo.

–Debió de ser horrible para ti.

–Fue peor para él –Maddy recordó lo difícil que fue para su abuelo ser pobre. Los Fitzgerald le habían dado una gran suma de dinero a cambio de sus acciones en el vivero de Portugal; pero las deudas lo habían consumido todo–. ¡Ojalá el abuelo no estuviera tan resentido con la familia Fitzgerald! –suspiró–. Cree que la mitad de la herencia de Dex debería ser mía. Por eso tiene tanto empeño en que nos casemos.

–¿Por qué cree eso? –preguntó Debbie extrañada.

–Culpa a la familia del accidente de coche en el que murieron mis padres y los de Dex –explicó ella con tristeza–. Todos compartíamos una gran casa de labranza, en Portugal. Por lo visto, la madre de Dex se lanzó en brazos de mi padre. Según el abuelo, si no lo hubiera hecho no habría habido accidente. Seríamos ricos, nuestros padres estarían vivos y seguiríamos en Portugal.

–Hay que olvidar el pasado –aseveró Debbie–. Tienes que pensar en tu futuro. No lo olvides: asume tu papel. Haz cosas que sean socialmente inaceptables.

–¿Sorber la sopa, por ejemplo? –sugirió Maddy.

–Perfecto. O baila el cancán en la mesa. O come con las manos. Cualquier cosa. ¡Pero vuelve soltera!

Maddy salió del coche con cuidado, intentando mantener el equilibrio sobre sus dorados tacones de aguja. Dos hombres corrieron a ayudarla con el equipaje y les sonrió esplendorosamente.

–Adelante –dijo su amiga guiñándole un ojo y abrazándola–. ¡Empieza la función! Diviértete.

–Lo haré –replicó Maddy, excitada. Primero acabaría con los planes de boda, después exigiría que los Fitzgerald le contaran su versión del trágico accidente. Su abuelo se había negado a

explicarle por qué su padre se había fugado con la madre de Dex sin despedirse. Tenía que haber una buena razón y quería descubrirla.

Por primera vez, tenía la maravillosa sensación de estar tomando las riendas de su vida. Sus ojos chispearon. Hizo un gesto de despedida a su amiga, permitió que uno de los hombres se hiciera cargo de su equipaje y lo siguió, bamboleando las caderas embutidas en una falda de cuero.

Empezaba una gran aventura y pensaba disfrutarla.

Capítulo 2

Dexter estaba tan ocupado que llegó al aeropuerto sucio y sin afeitar. Con desgana, esperó mientras salían los pasajeros del vuelo de Londres, sin notar las miradas de admiración de las mujeres. Su mente estaba en otro sitio: en las ruinas chamuscadas de la Quinta que había sido el hogar de los Fitzgerald. No deseaba estar allí, ni siquiera quería estar en ese país.

Vio a una mujer regordeta, mal vestida y con aire tímido y alzó su cartel con resignación. La mujer miró, animada, el nombre escrito con rotulador: *Maddy Cook*. Con aire de desilusión, siguió su camino.

Poco después dejaron de salir pasajeros. Por lo visto, Maddy había decidido no ir al Algarve. Sintió tal alivio que se hubiera puesto a cantar si no fuera porque estaba agotado y sin ganas de celebraciones.

Justo cuando se iba, le llamó la atención un grupo de ruidosos hombres que salían riendo de la aduana. Eran jugadores de un equipo de rugby, con entrenador, admiradores y, además, una atractiva mascota.

La cabeza color burdeos de la mascota subía y bajaba, casi invisible entre la melé de brazos musculosos y manos gigantescas. Pero Dex había visto su deslumbrante sonrisa y sus preciosas piernas. Por primera vez en toda la semana, esbozó una débil sonrisa.

–¡Eh, nena, aquí está tu comité de bienvenida! –gritó uno de los gigantes, señalándolo.

Dex se dio la vuelta, esperando ver a su espalda a un grupo de gigantes vestidos con camisetas a rayas. Pero no había nadie. Volvió la cabeza y vio que el grupo se abría, dejando a la mascota a la vista, en toda su gloria. A pesar de su prisa, se detuvo, asombrado por la visión.

Era como una mariposa exótica, brillante e iridiscente. No era su tipo de mujer, sin duda. Pero su exuberancia y su bello rostro fueron como una caricia que le levantó un poco el ánimo. Parpadeó al ver que la mariposa se acercaba; sus ojos color humo miraban con interés el cartel que aún llevaba en la mano.

Se le secó la boca. No podía ser. Tenía la figura y la personalidad equivocadas…

–¡Hola! –exclamó ella–. Soy Maddy. ¿Eres mi conductor?

La miró boquiabierto. ¡Era imposible que fuera Maddy! Sin embargo, ahí estaban esos enormes ojos grises, chispeantes en vez de aprensivos y a punto de llorar, como él los recordaba. La boca

también le resultaba vagamente familiar, pero los delicados pómulos y la nariz no se parecían en nada a los rasgos redondeados e infantiles que recordaba.

–¿Eres mi conductor? –insistió ella con una sonrisa extremadamente dulce, hablando despacio y gesticulando con las manos.

–Hum –farfulló él, preguntándose cómo era posible que una niña bajita, regordeta y nerviosa se hubiera convertido en esa mujer segura y explosiva.

–Oh, vaya –ella ladeó la cabeza con incertidumbre–. No tienes ni idea de lo que digo, ¿verdad? Hace mucho que no hablo portugués. ¿Hablas inglés? –preguntó ella pronunciando claramente.

Él se consideraba inmune a la sorpresa. Había viajado por todo el mundo, había pasado por todo: asombro, dolor y miedo. Un brazo y varias costillas rotas y una mordedura de serpiente. Dos romances apasionados y un maravilloso pero breve matrimonio; su esposa había muerto de fiebre dengue antes de dar a luz a su hijo. Apretó los labios, rechazando el doloroso recuerdo.

Pensó en la regordeta y pequeña Maddy y la transformación le pareció increíble. Se pasó una mano por el mentón sin afeitar, anonadado.

–Inglés. Ejem… sí –consiguió decir. Ella asintió con alivio y volvió hacia los jugadores de rugby, sin percatarse de la confusión de Dexter. Él, boquiabierto, hizo un esfuerzo por apretar la mandíbula.

Obviamente, no lo había reconocido. Había cambiado mucho desde la adolescencia y pensó que eso podía ser una ventaja. Se planteó la posibilidad de mantener su identidad en secreto.

Había esperado encontrarse con la mujer más aburrida y deprimente del mundo; al fin y al cabo, Maddy había sido educada por un abuelo tiránico, con el que aún vivía. Para soportar eso, debía ser una mujer sumisa y obediente. Había supuesto que había accedido al plan de matrimonio por miedo a su abuelo; es decir, estaba convencido de que era una mujer felpudo. Sin embargo, la Maddy que tenía ante sí era la típica mujer capaz de utilizar como felpudo a los demás. No tenía sentido.

Analizó su figura y su estilo. Era espectacular y descocada. Confuso, inhaló una bocanada de aire. Sin duda, no era una nieta tímida que seguía las órdenes del viejo Cook. Esa mujer sabía exactamente lo que hacía.

Estrechó los ojos. Eso implicaba que quería casarse con el heredero de los Fitzgerald. ¡Era una mercenaria! Decidió aclarar las cosas cuanto antes. Había accedido a recogerla en el aeropuerto porque su abuela no lo dejaba en paz; por lo visto tenía

remordimientos de conciencia, ahora que el viejo Cook estaba enfermo y Maddy podía acabar en la miseria cuando él muriera.

Dex estaba demasiado ocupado para prestar atención a una mujer. Tenía el convencimiento de que su abuela olvidaría su deseo de casarlo cuando viera lo inapropiada que era para él la insípida y tímida Maddy; y cuando le dejara claro que no tenía ningún interés en su supuesta futura esposa.

Divertido, comprendió que Maddy era inapropiada ¡por todo lo contrario! Esa seductora mujercita, que volvería loco a cualquier hombre, horrorizaría a su abuela. Se relajó; seguiría libre y eso era un gran alivio.

Asombrado, observó cómo los hombres se inclinaban para besar a Maddy, ocultando su esbelto y sensual cuerpo tras sus enormes músculos. Uno tras otro, besaron su mejilla y hubo promesas de encuentros: ella iría al partido, ellos la invitarían a cenar. Después desaparecieron dejando tras de sí un rastro de testosterona y olor corporal. Maddy corrió hacia él, con ojos que resplandecían como diamantes. Dex estuvo a punto de sonreír, contagiado por su entusiasmo.

–Espero que no te importe –se disculpó ella–. Tenía que despedirme. Han sido muy agradables durante el vuelo. Lo siento si has tenido que esperar mucho –dijo sonrojada, esbozando una sonrisa amistosa. Tenía el pelo revuelto y exudaba tal aura de sensualidad que parecía recién salida de una orgía.

Dexter intentó mantener el ceño fruncido pero le resultó difícil. Se sentía como si una llamita de luz hubiera iluminado la oscuridad de su alma. Pero no podía permitirse distracciones, tenía cosas más importantes en la cabeza.

–Ya me iba –mascculló, con la voz ronca por el humo y el polvo entre el que había trabajado todo el día. Recordó lo que había ocupado su mente y su cuerpo durante la última semana: la destrucción de la casa familiar. Apretó los labios y su rostro se oscureció. Estaba impaciente por volver y seguir trabajando.

–Oh, vaya. ¡Pareces enfadado! Pero no ha sido mi culpa. ¡Me han registrado! –gimió ella con los ojos grises muy abiertos y perplejos–. Todo mi equipaje, y casi ¡a mí! He oído historias sobre lo que hacen y me asusté de verdad. Dame tu opinión: ¿tengo aspecto de drogadicta? –preguntó indignada.

Mareado por su parloteo, la miró de arriba abajo. Llevaba un corpiño dorado que parecía estar en lucha con unos pechos que pugnaban por escapar y, por desgracia, parecían a punto de ganar la batalla. Dexter comprendió con horror que su cuerpo empezaba a hervir y su sangre se desbocaba. Hizo una mueca. Hacía mucho tiempo que no se interesaba por una mujer y deseó que sus

hormonas no hubieran elegido ese momento para ponerse en acción.

Lo cierto era que las curvas de su figura lo dejaban sin aliento. Eso por no hablar de la prieta falda de cuero y las esbeltas piernas que parecían no acabarse nunca. Notó un cosquilleo en la entrepierna que lo irritó aún más. Contestó a la pregunta encogiendo los hombros con cinismo, suponiendo que los oficiales de aduanas la habían registrado para alegrarse la vista un rato.

–Quizá pensaron que habías tomado anfetaminas. O algún estimulante –sugirió.

–Los únicos estimulantes que he tomado en las últimas veinticuatro horas son café y vida –dijo ella; soltó una risita y abrió los brazos–. ¡Con eso me sobra!

–¿Nos vamos? –farfulló él, preguntándose por qué estaba tan contenta.

–Vale –Maddy lo miró pestañeando, haciendo lo posible por coquetear–. ¿Serías tan cielo como para empujar el carrito? Se desvía hacia la izquierda cuando quiero ir a la derecha, y choco con la gente. A algunos les gusta y a otros no, y prefiero no molestar –le dirigió una sonrisa resplandeciente–. Tú pareces lo bastante fuerte para controlarlo –casi ronroneó.

Él apretó los labios. Ese era la típico táctica femenina que odiaba: adular al macho, manipularlo y vaciar su cuenta bancaria. Había conocido a muchas mujeres de esas. A pesar de todo, ella iba ganando; se le había acelerado el pulso al ver su mirada de admiración.

Despechado, agarró el carrito. Encima de las maletas vio un libro titulado *Cómo cazar a un hombre*; debajo del escalofriante título se leía: *y conseguir que se case contigo*. Sintió un espasmo de horror y el interés que había sentido por Maddy se desvaneció.

–Por aquí –gruñó, deseando librarse cuanto antes de esa amenaza contra su libertad.

–Bien. Llévame con tu jefe –sonrió ella–. ¡Estoy deseando conocerlo!

Él contuvo un rugido. Maddy lo siguió con descaro. Dexter se dio cuenta de que paralizaba el aeropuerto a su paso. Todos la miraban y murmuraban: los hombres con lujuria, las mujeres con admiración y envidia. Ella, indiferente, seguía andando como si fuera Marilyn Monroe en *Con faldas y a lo loco*.

Subrepticiamente, Dexter se pasó un dedo por el cuello de la camisa, pensando que la temperatura había subido unos cuantos grados desde su llegada.

–¿Sabes?, te pareces un poco a Dexter –aventuró Maddy. Él se puso tenso y ella, como si pensara que lo había ofendido la

comparación, continuó rápidamente–. Solo un poco, en los ojos. Dudo que él esté tan…, ejem, fuerte como tú. ¿Trabajas para los Fitzgerald? –jadeó, clavando los ojos en las manchas de ceniza que cruzaban su pecho. Dexter supuso que estaba sin aliento porque él iba demasiado rápido.

–Hum –murmuró, considerando la posibilidad de simular que era otra persona. Hizo un esfuerzo para aflojar la marcha.

–No me has dicho tu nombre –lo animó ella.

–No.

Ella esperó, pero él no dio más explicaciones. Quería mantener la conversación al mínimo. Era la única manera de preservar su dignidad y de no empezar a jadear como un perro en celo.

Miró a Maddy de reojo y le pareció algo menos vivaz que antes, aunque estaba seguro de que él no tenía nada que ver. Una mujer tan segura de sí misma no se molestaría porque un conductor con una camiseta manchada de ceniza y vaqueros rotos fuera grosero con ella.

El pesimismo lo invadió de nuevo. Estaba sucio porque trabajaba día y noche; comía y, a veces, incluso dormía en las ruinas humeantes de la quinta. Cada vez que cerraba los ojos veía madera carbonizada y tierra chamuscada. Su mente solo pensaba en las mil y una cosas que debía hacer. Cuando dormía, soñaba con incendios que consumían bosques; al despertar, las imágenes de desolación se hacían realidad.

Lo abrumaban las consecuencias del desastre y el impacto que ejercían en su vida. Había tenido que regresar a Portugal, millares de plantas valiosas habían desaparecido, y sabía que era la única persona capacitada para volver a poner en marcha el negocio del vivero.

El incendio había devorado miles de acres de eucaliptos, arrasando la quinta residencial del siglo XVIII a su paso. Su abuela, consternada, le había pedido que volviera de Brasil para reconstruir la granja y los viveros de las cenizas. Había accedido, por supuesto. Aunque hubieran tenido enfrentamientos, su abuela era una anciana y lo necesitaba.

Pero se sentía atrapado. Echaba de menos sus viajes. Le gustaba buscar plantas nuevas, obtener permisos para propagarlas y recoger semillas, organizar la producción y la distribución. Era una vida libre e independiente; la vida que había elegido cuando su adorada madre lo abandonó para irse con el padre de Maddy, Jim Cook, y su hogar se volvió frío y desagradable.

Destrozado de dolor tras el horrible accidente que había acabado con la vida de sus padres y de los de Maddy, volvió la espalda a todo lo que había amado. Nunca echó de menos a su padre, un

hombre machista y autoritario, que no había ocultado que lo decepcionaba su hijo miope y reservado. Sin embargo, su madre lo había querido por su buen corazón y su pasión por las plantas. Hasta que Jim Cook la enamoró.

De no ser por el incendio, no habría regresado; su abuela no estaría acuciándolo para que tuviera un heredero; y no tendría que esquivar a la avariciosa hija del hombre que había seducido a su madre…

El pensamiento era demasiado doloroso. Sintió una oleada de ira, apretó la mandíbula y sus ojos brillaron con odio. La última persona del mundo con la que se casaría era la hija de Jim Cook.

Incluso antes de ir a recogerla, había decidido hacer que se sintiera incómoda y que lo pasara mal. Y sabía cómo hacerlo. Cuando acabara con ella, Maddy estaría deseando volver al aeropuerto y volar de vuelta a casa.

No iba a casarse con un miembro de la familia Cook. Y menos aún con una cazafortunas. De hecho, no pensaba volver a casarse nunca.

Capítulo 3

Dexter, sin esfuerzo aparente, echó el equipaje de Maddy en la parte de atrás de la camioneta, sobre el material de construcción que acababa de recoger.

–Vaya –dijo ella, soltando una atractiva risita–. Podrías trabajar en carga y descarga sin problemas.

Dex la miró inexpresivo. Había supuesto que Maddy habría cambiado, ¡pero no tanto! Antes, Maddy solo hablaba cuando su dominante abuelo se lo permitía. El viejo Cook había controlado a su familia como un dictador. Por primera vez, se le ocurrió que quizá esa fuera la razón de que el padre de Maddy, un hombre amable y enamorado de las plantas, hubiera querido escapar.

–Entra –dijo, con voz seca. Justo a tiempo, recordó que no debía abrirle la puerta ni ofrecerle ayuda. Debía hacer lo posible para exasperarla. Pensó, con malicia, que esa falda iba a dificultarle mucho la subida.

–Esto será divertido. ¡Nunca he viajado en camioneta! –exclamó ella con entusiasmo–. Vale –inspiró con fuerza, poniendo en peligro la frágil estructura de su apretado corpiño–. Vamos allá. No mires.

Él, sin inmutarse, observó cómo ella se subía la falda de suave cuero hasta una altura impresionante, se quitaba los zapatos de tacón y subía al primer escalón. Tenía unos muslos perfectos; musculosos y firmes, obviamente debidos a largas sesiones de gimnasio. Con cinismo, la observó abrir la puerta unos centímetros y meterse por la abertura.

No podía creerse que Maddy fuera tan desinhibida y enérgica. Pero no pensaba demostrar su admiración en ningún caso.

–¡Diablos! Esto está muy sucio –comentó ella, cuando él se sentó en el asiento del conductor.

Ilógicamente, lo molestó que se limitara a comentar el hecho, sin parecer en absoluto incómoda por viajar en una destartalada camioneta.

–Ha estado demasiado cerca del fuego –afirmó él, arrancando el motor.

–¿Un fuego de campamento?

–Un incendio en el bosque.

–¿Estabas allí?

–¿En el bosque o en la camioneta? –gruñó él.

–¡En la camioneta! –rio ella.

–No.

–Tuviste suerte –replicó ella, con sentimiento.

Aparte de eso, no hizo más comentarios sobre el incendio.

Dexter supuso que era porque su abuela se lo había contado al viejo Cook y, además, lo había convencido de que la fortuna de los Fitzgerald podía afrontar el desastre. Esbozó una mueca cínica. Maddy había ido, aun sabiendo que tendría que vivir en una casita de campo. ¡Debía de estar desesperada por casarse con un rico!

Ella suspiró y se estiró sin ningún miramiento; sus sensuales curvas casi le destrozaron los nervios.

–Estoy agotada –confió ella–. No te sorprendas si me quedo dormida en el viaje. No es porque me aburra tu conversación. Es que me agota actuar –concluyó con voz ausente.

Dexter se preguntó qué demonios quería decir con eso. Frunció el ceño y, deliberadamente, condujo a toda velocidad sobre los baches, para llegar lo antes posible. Ella soltó un chillido.

Involuntariamente, le echó un vistazo y volvió a concentrarse en la carretera. Por desgracia, la imagen de dos pechos firmes y perfectos vibrando seductoramente con cada bache se quedó grabada en su mente. Y su cuerpo reaccionó con el entusiasmo que podía esperarse de cualquier varón que se respetara.

–Agárrate –gruñó con irritación–. Esta camioneta no está diseñada para mujeres.

–Eso está claro. Estoy botando por todos sitios. ¿Por qué ha enviado este vehículo Dexter? –exigió ella indignada, subiéndose el corpiño.

–Vine a Faro a por suministros –replicó él, cortante; incapaz de olvidar los atractivos «botes»–. No tenía sentido que vinieran dos coches. La Quinta está a dos horas de aquí.

–Se me van a descolocar los huesos si seguimos así –gimió ella–. ¿Podrías atacar los baches con algo menos de vigor?

Él ya había decidido hacerlo. Su libido ya le estaba causando demasiados problemas.

–Tengo prisa. Debo volver al trabajo –mascculló como excusa.

–¿Qué haces?

–Un poco de todo.

Ella pareció un poco alicaída por su reticencia, pero un momento después reinició la conversación.

–Yo solía vivir aquí, ¿sabes?

Dexter se limitó a emitir un gruñido, no tenía ninguna intención de hablar sobre el pasado.

–Sí –continuó ella–. Mi abuelo y el de Dexter montaron el vivero juntos. Habían sido amigos desde la infancia y decidieron venir a Portugal porque había más oportunidades –explicó. Dexter se limitó a mirar la carretera, con la esperanza de que se callase–. El abuelo se ocupaba del negocio y el señor Fitzgerald de las plantas. Se casaron con mujeres de aquí. Mi padre también, así que tengo

sangre portuguesa –anunció ella–. Nací en la granja, como Dexter. Pasé aquí los primeros once años de mi vida.

–¿En serio? –él deseaba que se callara pero, por desgracia, ella siguió, abriendo viejas heridas.

–Vivíamos todos juntos; era más barato que mantener dos casas y así se podía invertir más en el negocio. Además, era cómodo vivir al lado del trabajo.

Maddy calló un momento y él se revolvió con inquietud. Siempre había habido tensión entre los dos abuelos. Uno veía la Quinta como un negocio, el otro como una forma de vida.

–Mi abuelo me dijo que el señor Fitzgerald murió hace un año.

–Sí.

–Me caía bien. Eran buenos tiempos –dijo ella con ensoñación–. Todos trabajábamos en la Quinta. No había mucho dinero, pero si esperanzas y miles de sueños; se estaban construyendo muchas villas en el Algarve y, todos necesitaban que alguien diseñara su jardín. Éramos dos familias muy unidas.

¡Demasiado unidas! Dexter, hosco, encendió la radio, no quería oír más. Tenía bastante problemas como para pensar en el pasado.

–Estás de muy mal humor. Creía que te interesaría –dijo ella con voz dolida.

Él resopló, pero no contestó. Maddy, abatida por su brusquedad, observó cómo miraba la carretera casi con odio. A pesar de ser tan antipático y huraño, estaba bastante bien: alto, fuerte e innegablemente atractivo.

Olía a humo, y hacía días que no había lavado su ropa ni se había limpiado las uñas. Tenía suciedad incrustada en las manos, y la frente y las mejillas tiznadas de humo. Incluso su voz sonaba ronca, como si llevara toda la vida fumando un cigarrillo tras otro.

Pero tenía un perfil como para morirse: un ojo oscuro y pensativo bajo una ceja negra, nariz recta y una boca que el mismo Miguel Ángel se habría enorgullecido de esculpir. Sin embargo, la barba que oscurecía su mentón, aunque muy sexy, estropeaba el efecto.

Maddy decidió que debía de ser un buen trabajador. Duro, dispuesto y nada hablador. Sus ojos oscuros destilaban pasión. Era una lástima que Dex no fuera como él. Se estremeció de aprensión al pensar que pronto se encontrarían.

–Si tienes frío, en la parte de atrás hay un saco que puedes echarte sobre los hombros –ofreció él con sorna.

Ella estuvo a punto de echarse a reír. Recordó las instrucciones de Debbie y buscó una respuesta que encajara con la personalidad que había asumido.

–¿Un saco? ¿*Moi?* Prefiero helarme –dijo con una risita. Como

no hubo respuesta, abrió su libro para dar un repaso a las instrucciones para cazar a un hombre.

Se recordó que debía comportarse al revés de lo que sugería el libro. No debía dar imagen de posible futura esposa, sino de mujer «de una noche». Podía hacerlo, había practicado con el equipo de rugby. Habían disfrutado intensamente con su actuación, y eso le había dado confianza. Además, se había divertido más que nunca en su vida. Coqueteos y risas, sin más complicación.

Se concentró en el capítulo sobre cómo enamorar a un hombre con dulzura y sumisión. Había que darle la razón y ceder siempre. Sus ojos chispearon mientras ideaba la táctica para comportarse de manera opuesta a su verdadero carácter y a esas instrucciones.

Impedir la boda era una buena acción. Dexter necesitaba una esposa guerrera, capaz de hacerle frente a su dominante abuela. Maddy sonrió para sí. Exactamente igual que ella necesitaba un esposo firme y rudo que no temblara como un flan al conocer a su severo abuelo.

Ninguno de sus novios había pasado esa prueba. Habían echado a correr al primer ladrido de su abuelo, sin esperar al primer mordisco. Pero tenía que admitir que todos habían sido bastante mediocres.

Su rostro adquirió una expresión nostálgica. Un tipo atractivo e independiente nunca miraría dos veces a un ratoncito tímido como ella. Estaba claro que podía engañar a uno siendo descarada y extrovertida, pero eso no tenía futuro. En realidad era callada y tímida. No podría vivir una mentira el resto de su vida.

Controló sus ridículos pensamientos. Ni siquiera tenía sentido pensar en el matrimonio. Nunca se casaría. Cerró el libro con tristeza. Ella deseaba ser esposa de alguien y tener montones de bebés. Como sus amigas, que parecían estar siempre embarazadas, dando a luz, empujando cochecitos y quejándose de noches en vela. Pero ella no podía tener hijos, era irremediable.

Se puso una mano sobre el vientre y apretó los labios con angustia. A su pesar, revivió el horrible momento, diez años antes, en que el médico se sentó a su lado en la cama y, compasivo, le dijo…

–¿Te encuentras bien? –preguntó de repente el guapo conductor. Ella apartó la mano de golpe, sorprendida porque él hubiera captado su expresión. Lo había creído concentrado por completo en la carretera.

–Muy bien –murmuró sin convicción, incapaz de alegrar la voz. Sus ojos se llenaron de lágrimas inesperadas. A lo largo de los años, se había hecho a la idea de que nunca tendría hijos, pero regresar a Portugal la había emocionado. Habría dado cualquier cosa en el

mundo por tener un hijo.

Sin hacer ningún comentario, él cambió al carril interior y tomó una salida que llevaba a un pueblo pequeño y ajetreado. Maddy, en lucha con sus emociones, fue incapaz de preguntarle adónde iba.

Las sinuosas calles adoquinadas, bordeadas con casas blancas, la tranquilizaron. Era un pueblo pobre pero las rosas y los geranios caían en cascada desde las macetas de los desvencijados balcones de madera. La asaltaron los recuerdos. Ese era el viejo Portugal que había conocido en su infancia; no la autopista y las zonas residenciales que había visto hasta ese momento.

La camioneta se detuvo en una pequeña plaza bordeada por naranjos. Un maravilloso silencio, roto solo por el canto de los pájaros, descendió sobre ellos.

–¡Fuera! –ordenó el conductor con una mueca. Salió del coche, lo rodeó y le abrió la puerta.

Ella miró consternada su cara de pocos amigos. Parecía que no estaba dispuesto a aguantar a una mujer llorosa en su camioneta y había decidido abandonarla allí mismo. Él la taladró con una fría mirada. Airada, Maddy se tiró hacia el asiento del conductor y encendió el motor. Inmediatamente, una mano caliente y enorme se posó sobre la suya y la obligó a apagarlo.

–¿Qué diablos estás haciendo? –preguntó una voz profunda y ronca junto a su oído derecho.

–¿No es obvio? –contraatacó ella, envuelta en una nube de olor a humo y a hombre.

–¿Sabes conducir una camioneta? –gruñó él.

–¡No, no sé!

–Entonces, ¿por qué lo intentas? –inquirió él razonablemente. Los ojos de ella chispearon tormentosos. Estaba demasiado cerca, invadiendo su espacio personal.

–¡Era cuestión de tú o yo, y me elegí a mí! –dijo ella, intentando no dejarse intimidar.

–¿Qué? –preguntó él, arrugando la frente.

–¡Ibas a dejarme aquí tirada! –rugió ella.

–No seas ridícula –dijo él con exasperación–. Iba a llevarte a ese bar para que tomaras un café o un coñac.

Sorprendida, Maddy giró la cabeza y miró el edificio que había detrás de él. Era, efectivamente, un bar.

–¿Por qué? –preguntó, confusa. Unos ojos oscuros se clavaron en los suyos sin ápice de compasión o simpatía. Ella se sintió débil, abrumada por su virilidad.

–Estás cansada. O disgustada. Lo mismo da –masculló él–. Se me ocurrió parar a tomar algo.

–Oh –ella se echó hacia atrás para huir de su fuerza magnética.

Su cerebro se puso en marcha y su ira desapareció. Él intentaba ser amable con ella, a su manera–. Perdona. Me equivoqué. Eres muy considerado. Gracias. Me encantaría un café.

Él estrechó los ojos y la escrutó con cuidado. Maddy se estremeció. Muy pocos hombres tan atractivos le prestaban atención; resultaba inquietante.

–¿De veras te habrías ido con la camioneta, dejándome aquí? –inquirió él con curiosidad.

–Sí, ¡por supuesto! –afirmó ella, sorprendida por su propio valor–. ¿Cómo habría llegado a la Quinta si no?

Él soltó una carcajada, pero la cortó en seco como si reírse estuviera prohibido. Después bajó del coche.

–Creo –dijo con voz gélida–, que necesito un coñac.

Ella bajó los párpados sumisa, como si aceptara que estaba en su derecho, como hombre que era. De pronto, recordó su papel y dijo lo que había pensado al oírlo.

–¡Santo Cielo! Ya conduces demasiado rápido para empeorarlo aún más tomando alcohol –reconvino.

–Voy a almorzar –ladró él–. Pienso empapar el coñac con un plato de sardinas a la brasa y pan integral.

–El pan típico de aquí –dijo ella con añoranza. Se le hizo la boca agua al recordar las sabrosas sardinas sobre trozos de pan–. Suena fantástico. Comeré contigo.

Agarró los zapatos con una mano y empezó a bajar. Descubrió que estaban sobre un gran charco, y que el conductor se había mojado las botas al bajar. Se señaló los pies descalzos con la mano y le sonrió. Él, inmutable, dio un paso atrás y siguió observándola. Sin duda, no podía decirse que fuera un galante caballero.

Se había resignado a la idea de chapotear en el charco, que bien podía ser el desagüe de una alcantarilla, cuando apareció un grupo de hombres. Sonreían y la animaban a que saltara a sus brazos.

–Oh, son muy amables. Yo no… –tartamudeó, nerviosa y emocionada por el ofrecimiento.

Dos manos firmes rodearon su cintura. Antes de que pudiera quejarse, el conductor la alzó en el aire, por encima del charco, y la depositó en una franja de hierba.

–¡Gracias! –musitó. Se agachó para ponerse los zapatos y se sonrojó al ver el interés que eso provocaba los hombres. Se sentía mareada, y no sabía si se debía a la intensa masculinidad del conductor o a que hacía horas que no comía. Probablemente fueran las dos cosas.

–Vamos –masculló él.

Dócilmente, siguió a la ancha espalda. Los hombres del pueblo, reacios a perderse la diversión, entraron al bar tras ellos. Se

sentaron y alzaron los vasos hacia ella, mirándola con admiración. Cuando, sin pensarlo, cruzó las piernas, se oyó un suspiro comunal. Maddy había olvidado que llevaba una falda corta y ajustada, en vez de una de sus habituales amplias faldas grises.

–Voy al aseo. Pediré la comida –dijo el conductor.

–Eh –musitó ella, nerviosa–. ¡No me dejes! Me siento como si estuviera en exposición.

–Si te pones esa ropa, estás buscando que te devoren con lo ojos –dijo él sin piedad–. Y no pienso comer sin lavarme antes.

Ella pensó que, al menos, tenía ciertos estándares. Lo vio ir hacia el mostrador y sintió compasión por la camarera que lo miró arrobada cuando casi rugió que querían una ración de sardinas. Maddy lo estudió con descaro. Los músculos de su espalda eran enormes y sinuosos. Tenía el trasero pequeño y prieto, y andaba como si estuviera acostumbrado a trabajar al aire libre.

Tuvo una idea malvada. ¿Qué ocurriría si, cuando hablara con Sofía, dejara caer que la atraía mucho el conductor de la empresa? Soltó una risita de horror ante su audacia, mientras esperaba que el hombre en cuestión se refrescara. Unos minutos después, la puerta del aseo se abrió y ella simuló estar inmersa en su libro.

El vello de la nuca se le erizó al oír las fuertes pisadas y el chirrido de una silla; percibió un leve aroma a jabón. Siguió leyendo, pasándose la mano por el pelo distraídamente, hasta que oyó la respiración agitada de los hombres que había a su alrededor.

–¿Intentas provocarlos? –masculló el conductor.

Ella dejó caer los brazos y se tragó un «no» indignado. Lo más seguro sería seguir interpretando su papel, por si el conductor hablaba de ella con la familia. Se estrujó el cerebro pensando en la respuesta que daría una seductora desvergonzada.

–No, no lo intento. Es algo natural –gorgoteó.

–A diferencia del color de tu pelo –replicó él, mirándola con disgusto. Ella sonrió y parpadeó coqueta.

–¿Te gusta cómo me queda? –preguntó. La asombró darse cuenta de que estaba aguantando la respiración, esperando que él le dijera que sí.

–Estarías mejor rubia –fue el lacónico veredicto.

¡El color natural de su pelo! Maddy decidió ser tan directa como él. Era obvio que se había lavado las manos y había intentando eliminar el polvo de su cabello, pero seguía estando sucio.

–¿Por qué no te molestas en estar limpio? –aventuró con curiosidad. Él frunció el ceño y apretó los labios.

–No he tenido tiempo. Dejé de trabajar, conduje a Faro, fui al almacén y después al aeropuerto.

–Podrías haber puesto el despertador más temprano –dijo ella,

comprendiendo para su horror que eso era lo que habría dicho su abuelo. Iba a pedirle disculpas, cuando vio que los ojos oscuros adquirían una expresión cansada.

–Las cuatro de la mañana me parece más que suficiente –gruñó él, con el rostro tenso.

–¡Las cuatro…! –Maddy se puso las manos en las caderas, indignada. Los autocráticos Fitzgerald no podían aprovecharse así de su empleado–. ¡Es una vergüenza! –declaró con ardor, olvidando por completo su papel–. Hablaré con Dexter, eso es una explotación…

–Perderás el tiempo. Sea como sea, tengo que acabar el trabajo –dijo él con voz tersa.

A ella se le oprimió el corazón. Imaginó que tenía una familia a la que mantener: una mujer morena, bonita pero estropeada por el trabajo, unos cuatro hijos y, quizá, incluso una madre viuda.

–¡Tengo que hacer algo! –declaró con ansiedad.

–Maddy…

–Sardinas, aguardiente –el camarero puso ante ellos dos enormes platos y una copa de algo que debía de ser más fuerte que un decapante de pintura.

Ella sintió cierta decepción. Le había parecido que el conductor estaba a punto de hacerle una confidencia. Pero ya se había concentrado en las sardinas, y ni siquiera alzó la cabeza cuando el camarero volvió con agua y café para ella. Al verlo decapitar la primera sardina con la pericia de un verdugo, pensó que intentaría ayudarlo, incluso si no tenía mujer ni hijos.

Atacó el pescado con expresión triste, intentando no pensar en que ella nunca podría tener una familia.

–¿Qué pasa? –preguntó él con voz irritada.

–Nada –dijo ella, mascando pan. Estaba furiosa consigo misma por su autocompasión. Llegar a Portugal había desbordado todas sus emociones.

Un dedo y un pulgar, grandes y ásperos, alzaron suavemente su barbilla; ella no lo miró.

–Tienes las pestañas mojadas –dictaminó él.

–Debe de ser la humedad –oyó una risa y, sorprendida, levantó los ojos nublados. Sintió un calambre en el estómago. Estaba increíblemente guapo cuando reía; sus dientes eran dignos de un anuncio de dentífrico.

–El aire es muy seco –le recordó él.

–Vale. Estaba pensando en algo triste –se corrigió ella, avergonzada. Intentó desviar su interés–. Mis padres murieron aquí.

–¿Por eso te marchaste a Inglaterra? –preguntó él, soltándole la barbilla.

–Mi abuelo se fue de Portugal y me llevó con él –admitió Maddy.

–Debió de ser duro –comentó él tras un largo silencio.

–Nos apañamos, entre los dos –Maddy se encogió de hombros.

–Un clima y una cultura diferentes, tras esa gran pérdida… –empezó él.

–Tener cosas que hacer, día a día, hora a hora –interrumpió ella–, ayuda a sobreponerse.

–Pero tus recuerdos te han alterado –dijo él, con cierta admiración en los ojos.

–Solo por un momento. Ya estoy bien –replicó ella con firmeza–. No había pensado que venir aquí me haría revivirlo todo de nuevo.

–La vida ya es suficientemente horrible como para empeorarla aún más con pensamientos tristes.

–Dime qué es tan horrible en tu vida y veré si puedo ayudarte de alguna manera –ofreció ella con voz sincera.

Al ver que él estrechaba los ojos y la miraba con suspicacia, comprendió que había cometido un error. La nueva Maddy no debía mostrar sus emociones ni tampoco ternura. Su fachada estaba derrumbándose y empezaba a mostrarse como era. Estaba poniendo en peligro su plan, incluso antes de encontrarse con Dexter. Necesitaba hacer algo extrovertido de inmediato. Empezaba a sentir pánico, ante la mirada escrutadora del conductor, cuando alguien empezó a tocar un piano.

Encantada, soltó un suspiro de alivio. Sí. Eso bastaría. No era exactamente un cancán, pero iría bien. Sonrió empalagosamente al conductor y se dispuso a enterrar sus sospechas.

–Pareces sorprendido. Disfruto de la sensación de poder que me da manipular a los hombres –murmuró, inventando a toda prisa–. Dime lo que quieres y no pararé hasta conseguir que Dexter te lo dé. Piénsalo. Entretanto, discúlpame; esta chica quiere bailar.

Se puso en pie de un salto, pidiendo música de salsa con el movimiento sugerente de su cuerpo. El pianista consiguió acercarse bastante al ritmo correcto; lo suficiente para que ella demostrara un talento que no creía tener. Había visto suficiente televisión para saber cómo moverse.

A los varones del pueblo les pareció que lo hacía muy bien. Segundos después pasaba de hombre en hombre, disfrutando de cada giro. Miró de reojo al conductor; él no parecía nada entusiasmado.

De repente, él se puso en pie, acabó la copa de aguardiente de un trago e inspiró con fuerza cuando el alcohol quemó su garganta y recorrió sus venas. Pero estaba completamente sobrio; Maddy vio que tenía los ojos duros y límpidos, y el cuerpo tenso.

Hizo un gesto brusco con la cabeza. Era la típica forma chauvinista de decir que se iban; poco más avanzada que la del cavernícola que agarraba a una mujer del cabello y se la llevaba a rastras. Con el más puro estilo machista, y sin preocuparse por si lo seguía, salió.

–¡Espera! –con los ojos brillantes y sin aliento tras el baile, Maddy corrió tras él. Cuando la miró, casi la destrozó su expresión de enfado, pero recordó su papel y se enfrentó a él–. ¡Estaba pasándolo bien! –se quejó.

–Hazlo en tu tiempo libre –masculló él, subiendo a la camioneta. Ella no tuvo más opción que seguirlo.

–Aguafiestas –rezongó, interpretando su papel a la perfección.

–En la vida hay cosas más importantes que pasarlo bien –espetó él con desdén. Parecía furioso.

Ella habría estado de acuerdo antes; pero había descubierto que la diversión era parte de la vida. Sin risas, sin chispa, el mundo podía ser un lugar oscuro e inhóspito. En el poco tiempo que llevaba utilizando su descarado disfraz, había visto a mucha gente reírse, a veces de ella, a veces con ella, daba igual. Lo importante era sentirse rodeada de caras felices, en vez de aburridas.

Pero no habría servido de nada explicárselo al taciturno conductor. Estaba claro que tenía problemas que no quería compartir. Se animó al pensar que podía hacer averiguaciones. Si descubría el problema, intentaría ayudarlo.

A partir de ese momento no hablaron más, y ella se quedó dormida un rato. Cuando se despertó, vio en un cartel que ya habían dejado atrás Luz y que tomaban una carretera pequeña que no reconoció.

–Por aquí no se va a la Quinta –declaró Maddy con voz teñida de sospecha.

–No.

Los ojos de ella chispearon de ira. Su mutismo empezaba exasperarla.

–¿Adónde me llevas? –preguntó, con un tono suficientemente helado como para hacerle comprender que no estaba dispuesta a aceptar más tonterías.

–Al hotel Catarina.

–¡No puedo permitirme un hotel! –gimió ella, alarmada.

–¿Tan pobre eres? –él la miró con interés.

–No te dejes engañar por las apariencias –suspiró ella–. Tras esta ropa glamurosa hay una mujer pobre que apenas tiene para sobrevivir –le tembló la voz de ansiedad. Necesitaba el poco dinero que tenía, y le había costado mucho ganarlo. Lo miró suplicante–. Por favor, llévame a la Quinta, allí el alojamiento será gratis.

–Paga la señora Fitzgerald –dijo él ásperamente–. Pasarás esta noche en el hotel, irás a la granja mañana –la miró con ojos oscuros y duros como granito–. La señor Fitzgerald también dormirá aquí.

–¿Por qué? –preguntó ella. Le parecía algo muy extraño; la granja estaba solo a unos kilómetros. Él arrugó el entrecejo, como si no entendiera la pregunta.

–Es el mejor hotel de los alrededores –explicó él. La miró, y al ver su incomprensión, siguió–. Da una cena está noche; por eso estamos aquí. Tú eres la invitada de honor.

Maddy dejó escapar un gemido antes de recordar que debían encantarle todo tipo de fiestas.

–No tengo nada que ponerme –improvisó. Recordó su papel y abrió los ojos de par en par–. Bueno, tengo un vestidito con lentejuelas, ribeteado con plumas de marabú… –se encogió al ver su mirada de desprecio.

–Me parece un poco excesivo para el Algarve. Estarás bien como vas –ladró él, aparcando la camioneta.

–No te caigo bien, ¿verdad? ¿Por qué? –le preguntó, disfrutando de la libertad que le permitía su disfraz.

–No me interesas, ni para bien ni para mal. Pero si me fuerzas, diría que eres demasiado obvia –replicó el fríamente.

Maddy pensó, divertida, que al menos tenía buen gusto. Sus ojos se iluminaron al ver el elegante hotel, rodeado de bellos jardines. Pasar una noche allí sería todo un lujo, algo de lo que hacía más de veinte años que no disfrutaba.

Él paró el coche, bajó de un salto y descargó el equipaje. Después, viendo que ella había bajado y estiraba las piernas, volvió a la cabina y se marchó, dejándola allí, en el camino.

Atónita, se quedó parada y masculló una serie de groserías entre dientes. Después, arrastró la maleta hasta la entrada. El hombre era un maleducado; se prometió que, si volvían a encontrarse, se vengaría de él.

Dexter trabajó con un grupo de hombres en la Quinta arruinada, hasta que sus músculos chillaron de dolor. Ya habían retirado la mayoría de las vigas y piedras y tenía la esperanza de encontrar documentos y otros tesoros familiares entre los escombros. Hubiera sido fantástico encontrar algo de su madre, un recuerdo; solo tenía una fotografía vieja y arrugada en la cartera.

Cuando empezó a oscurecer encendieron unos focos, pero poco después recogieron. Deprimido por su falta de éxito, se metió al coche y volvió al hotel. Subió a su habitación y decidió darse un baño relajante.

Disfrutando de la abundante espuma, intentó imaginarse la cara que habría puesto su abuela al encontrarse con Maddy. Sonrió para sí, deseando haberlo visto. Pero si se hubiera quedado, ella habría descubierto quién era, y prefería sorprenderla esa noche. Después se dedicaría a hacerle la vida imposible.

Lentamente, se enjabonó los hombros, sin dejar de pensar en ella. Era inconcebible que la niña regordeta de trenzas rubias se hubiera convertido en una mujer tan abierta. ¡Pobre abuela! El aspecto de Maddy debía de haberla dejado anonadada.

Sospechaba que su abuela había accedido a que Maddy se convirtiera en su esposa porque siempre había sido una niña dócil y maleable. Su boca se curvó con una sonrisa. Su abuela debía de estar horrorizada al pensar que tendría que pasar tres semanas festejando a esa tentadora y descarada mujercita. ¡Se lo tenía merecido por intentar seleccionar una esposa para él!

Dexter se sorprendió riendo. Solo con pensar en Maddy, su cuerpo se había revivificado. Agradecido por ese respiro tras la pesadilla de la Quinta, salió de la bañera y se secó para vestirse.

Mientras se abotonaba la elegante camisa de lino, tuvo una idea. Podía simular que Maddy lo deslumbraba; de hecho, podía aparentar que anhelaba el enlace que uniría a las dos familias de nuevo.

Era obvio que Maddy y su abuelo tenían un interés mercenario en la boda. El viejo Cook se había quejado varias veces de que parte de la fortuna de los Fitzgerald le pertenecía moralmente. Dexter entrecerró los ojos con determinación. La adularía y alimentaría sus esperanzas, y después la dejaría plantada; le daría una buena lección. Quizá así dejara de jugar con los hombres.

Su boca se curvó con sorna. No tenía sentido engañarse; ella seguiría intentándolo hasta encontrar un tipo viejo, encandilado e ingenuo, con una buena cuenta bancaria y pocos años de vida. Para su sorpresa, la idea de la núbil y sonriente Maddy unida a un anciano inválido no le provocó ninguna satisfacción. La imagen de unas manos retorcidas acariciando su cuerpo joven y firme le dio náuseas; sería un desperdicio. Ella necesitaba un tipo duro y seguro que le enseñara los auténticos valores de la vida…

Capítulo 4

Los invitados a la cena se habían reunido en la terraza que había sobre la piscina del hotel. Los amigos de su abuela solían ser reservados y carentes de sentido del humor, pero la pérdida de la Quinta había erradicado por completo la posibilidad de que se estableciera alguna conversación remotamente alegre.

Todos estaban rígidos e inhibidos. De hecho, tenían el gesto avinagrado. Todos excepto, claro está, Maddy.

Como una joya resplandeciente entre los invitados austeros y aburridos, reía y gesticulaba. Su colorida ropa y su rostro alegre contrastaban con las expresiones severas de los que la rodeaban. No parecía importarle lo más mínimo que la miraran con aire de superioridad. Oculto tras una enorme planta, Dexter admiró su sublime confianza en sí misma.

Parecía haber hechizado a todo el mundo. Los camareros del comedor, los comensales y el personal de recepción estaban hablando sobre ella, y sonreían de oreja a oreja.

Esta vez se había recogido el pelo a un lado, sujetando los caóticos rizos burdeos con unas enormes flores artificiales color escarlata. El efecto era muy favorecedor, pues realzaba su delicada estructura ósea y su esbelto cuello.

Divertido por su brío y vivacidad, Dexter analizó su ropa y le otorgó un diez al descaro. Llevaba una especie de corsé color rojo amapola, sin tirantes, que a duras penas contenía sus preciosos pechos.

La mirada horrorizada de su abuela se posaba con frecuencia en los sinuosos montículos que sobresalían por encima del corsé, sobre todo cuando Maddy explicaba algo con energía y sus senos botaban.

En uno de esos senos había un tatuaje. Debía de ser una calcomanía, porque no lo tenía cuando la había recogido. Desde lejos, parecía una serpiente, y se ondulaba de forma espectacular con cada movimiento.

Dexter sonrió ante su audacia y continuó con el examen. Sus largas piernas estaban embutidas en medias de red, y sus pies en unas sandalias escarlata con cinco centímetros de tacón. Y la falda que había en medio era casi inexistente y se pegaba a sus caderas como una segunda piel.

Encantado, Dexter pensó que la señorita Cook podía empezar a prepararse para su caída. Le brillaban los ojos y no podía dejar de sonreír cada vez que la miraba.

–¡Mira, Sofía! –gritó ella, asomándose por la barandilla que daba a la piscina.

Su rígida y avinagrada abuela hizo una mueca al ser tratada de forma tan informal; Dexter contuvo la risa. La severidad de Sofía había apabullado a demasiada gente y era una novedad ver a alguien tratarla sin miedo alguno.

Recordó que su abuela había abofeteado y llamado «estúpida» y «traviesa» a Maddy cuando, con cinco años, había derramado el zumo en una mesa antigua. Eso demostraba que no siempre había sido nerviosa y tímida, y eso acrecentó su curiosidad.

Sin embargo, su dominante abuelo no había tardado mucho en convertirla en un conejito asustado. Además, la madre de Maddy nunca había demostrado ningún interés por su hija, ni tampoco afecto. Dexter frunció el ceño; por mucho que despreciara a Jim Cook, al menos el hombre colmaba a su tímida hija de amor.

Maddy parecía haber recuperado milagrosamente su brío y confianza en sí misma. Contempló su cuerpo, inclinado sobre la barandilla, y se le aceleró el pulso.

–¡Sofía! –volvió a gritar Maddy–. ¡Ven!

–¿Qué? –ladró Sofía, con aire almidonado.

–¡Ahí abajo! –suspiró Maddy con expresión de ternura–. ¡Es una niña adorable!

Sofía miró, y también todos los demás, incluido Dexter, que se aproximó al balcón.

En la piscina había una niña de pelo rizado con su padre. Ella estaba echando cubo tras cubo de agua sobre la calva incipiente de su encandilado padre.

Dex sonrió con añoranza. Ese podría haber sido él, con su hijo. Inspiró con fuerza y escondió el pinchazo de dolor que atravesó su corazón. En ese momento, vio alarmado que una leve esperanza había aparecido en el rostro preocupado de Sofía.

–¿Te gustan los niños? –preguntó.

Él se quedó helado. Su abuela perdonaría esa inapropiada forma de vestir si pensaba que podía conseguir un heredero. Maddy parpadeó y dio un paso atrás.

–¡Me encantan! –replicó con solemnidad–. ¡Pero no podría comerme uno entero!

El gritito asombrado de Sofía y la carcajada de Dex sonaron al mismo tiempo. Los invitados se volvieron hacia él y comenzó a saludarlos, consciente de que Maddy lo miraba atónita.

Se inclinó hacia su abuela y la besó en la mejilla, pidiéndole disculpas por su retraso.

–Lo entiendo. La Quinta ocupa todo tu tiempo. Pero tenemos aquí a nuestra invitada de Inglaterra. Déjame que te la presente –dijo su abuela con voz forzada.

–Nos conocemos. Tuve que ir a Faro y la recogí yo, en vez de

Manuel –murmuró el, impidiéndole que dijera su nombre por el momento–. ¡Tienes un aspecto estupendo, Maddy! –dijo, agarrando su mano con entusiasmo. Ella pareció sorprendida y nada contenta.

–¿En serio? –preguntó dubitativamente.

–¡Fantástico! –aseguró él, con voz sensual.

Ella tragó saliva y parpadeó con fuerza. Tomó aliento y luego recorrió su brazo con la mano, hasta detenerse sobre su bíceps.

–¡Granuja! Tú sí que sabes adular a una mujer –susurró ella–. ¡Vaya, vaya! –siguió, abriendo los ojos de par en par y explorando el músculo que había bajo su mano–. ¡Qué grande y fuerte eres!

El silencio que se hizo a su alrededor casi se podía mascar. Dex, luchando contra la risa y contra una extraña opresión que sentía en el pecho, miró a su abuela.

–¿No te parece que Maddy es distinta y refrescante?

–Distinta, sí –accedió Sofía Fitzgerald, pálida y con cara de estar a punto de ahogarse.

–Sé lo que debes de estar pensando. Pero no te sorprendas por mis gustos, Sofía –confió Maddy, dándole una palmadita condescendiente en el hombro, que todos contemplaron con horror–. Siempre me han gustado los tíos fuertes y trabajadores. No los delgados e intelectuales. Los tipos duros hacen que una se sienta muy femenina, ¿no crees?

Dexter hizo un esfuerzo inhumano por contener la risa. Maddy estaba cavando su propia tumba; y el rostro de su abuela había adquirido un extraño tono gris.

–Será mejor que entremos a cenar –gimió Sofía.

–Bien –Dex entrelazó su brazo con el de Maddy–. Nos sentaremos juntos. ¿Vamos? –sin darle tiempo a responder, la condujo al salón. Poco después todos estaban sentados y Dexter se aseguró de que su abuela se situara en el extremo opuesto de la mesa.

–Estoy sorprendida –le susurró Maddy–. Nunca habría pensado que la señora Fitzgerald invitaría a su conductor de camioneta a cenar. Aunque, la verdad, limpio estás muy bien.

–Gracias. ¿Pan? –ofreció él con aire inocente.

–Sí, por favor –le lanzó una mirada insegura–. Hum, Dexter no ha llegado aún. ¿Cuándo vendrá? Estoy *deseando* verlo.

Para darle una pista, se remangó un poco, mostrando su reloj de platino, lo último en diseño. Maddy lo miró atónita y él supuso que estaba calculando su precio.

–¡Qué belleza de reloj! ¿Cómo puedes permitirte algo así? –exclamó ella.

–Es un regalo –no añadió que se lo había regalado él a sí mismo.

–Ah. Apuesto que hay una mujer por medio.

Él sonrió misteriosamente, suponiendo que la dependienta de la joyería podría incluirse en esa categoría.

–Uf –sopló Maddy, que parecía algo menos segura–. Debe de estar forrada –dijo. Le dio un golpecito con el codo y le guiñó un ojo–. No la dejes escapar.

Dex no pudo evitar un suspiro irritado. Lo molestaba que siempre sacara el dinero a colación. Parecía obsesionada con el tema.

–Te he ofendido –dijo ella, con rostro preocupado–. Lo siento. Soy una bocazas. Perdona.

Él no comprendió cómo su actitud podía pasar de cínica y descarada a tierna y considerada. Había algo muy raro en eso. Ya había notado antes que a veces daba la impresión de ser sensible, como la antigua Maddy, a pesar de su desparpajo. La miró a los ojos, intentando descubrir lo que había tras su aspecto exterior, y se quedó prendado de sus ojos grises. Apartó la vista, incómodo. Algo fallaba, pero no sabía qué.

–Dime –dijo, muerto de curiosidad pero intentando disimularla–. ¿Quién es la auténtica Maddy Cook? –percibió que ella se tensaba, y supo que había dado en el clavo. La vio tragar saliva y notó un chispazo de pánico en sus asombrosos ojos. Obviamente, estaba buscando una respuesta plausible y eso lo fascinó.

–Alguien que se ha dado cuenta de que te había molestado –replicó ella, encogiéndose de hombros.

–¿Y eso te importa?

–Sí, ¡claro! –declaró ella, con voz sincera.

–Me siento halagado –rezongó él con voz seca.

–No lo hagas –apuntó ella–. Es solo que no quiero estar a malas contigo, porque quizá necesite un aliado.

–¿Por qué ibas a necesitarlo?

–Tengo una misión –dijo ella–. Casarme con Dex.

Él tuvo que respirar varias veces antes de hablar.

–¿Crees que yo podría ayudarte con eso?

–Es posible. Parece que le gustas a Sofía. Podrías hacerme un favor y decirle cuánto deseo casarme con él –concluyó ella con voz satisfecha–. Por cierto, no me has contestado cuando pregunté dónde estaba él.

–Llegó hace un rato –dijo él con media sonrisa. Había llegado el momento de la verdad.

Agitando sus largas pestañas, Maddy miró a su alrededor. No vio a nadie menor de sesenta años.

–¿Dónde está, entonces? –preguntó–. Ni siquiera hay un sitio libre para él. No entiendo lo que quieres decir.

Él tomó su delgada mano y la miró a los ojos, simulando deseo;

en realidad, no tuvo que simularlo. Acarició la palma de su mano con el dedo pulgar. Ella parpadeó y entreabrió los labios. A él le extrañó que tuviera la piel áspera, pero supuso que si los Cook eran pobres, debía ocuparse de las tareas del hogar. Le costaba mucho imaginarse a una mujer como esa fregando el suelo de la cocina. Otra cosa que no encajaba.

–Ha sido un pequeño subterfugio –murmuró él con la voz más seductora que pudo, preguntándose por qué tenía ganas de acercarse más a ella. Estaba casi respirando su aliento, y eso lo excitaba. Carraspeó, intentando mantener el control.

–Creí que te haría gracia –comentó.

–Quizá, pero aún no sé cuál es el chiste –replicó ella, con expresión solemne e intrigada.

–¡Dexter! –interrumpió su abuela–. Elige el vino.

Los ojos de Maddy se abrieron de par en par, adquiriendo un tono plateado. Tenía un aspecto tan vulnerable que Dexter sintió que se ablandaba.

–¿*Tú*? –gimió. Apartó la mano de un tirón, como si la hubiera mordido–. Tú no puedes ser… ¿Dexter?

Él asintió, diciéndose que debía sentirse contento por su reacción. No podía olvidar su propósito.

–Una buena broma, ¿no crees?

–Pero… –incómoda, lo miró profundamente a los ojos. Él sintió que una llamarada de fuego recorría sus venas–. ¿Dónde están tus gafas? –lo retó, desafiante.

–En algún basurero de Río, supongo. Me han corregido la vista con láser. Eso significa que si te miro a los ojos puedo ver tu alma –afirmó él, preguntándose si estaba yendo demasiado lejos con su flirteo. Ella tragó saliva, pero no daba la impresión de estar convencida aún.

–¿Láser? –dijo, recuperando su desparpajo–. Si puedes ver mi alma, lo más probable es que te hayan puesto aparatos de rayos X en los ojos.

–La ciencia moderna es asombrosa, ¿verdad? –bromeó él.

–Dex era muy bajito. Tú eres alto –comentó Maddy con voz de sospecha.

–Crecí –afirmó él con voz solemne–. Pegué un estirón en la adolescencia. Crecí y ensanché.

–¿Tanto? –dudó ella, recorriendo su ancho torso con la mirada.

A él se le aceleró el corazón ante el escrutinio. Pensó, con enfado, que Maddy sabía muy bien cómo excitar a un hombre.

–Hice deporte. Me harté de que los más fuertes me trataran mal –dijo Dex, haciendo honor a la verdad.

–¡Pero eras esquelético! –exclamó ella, mirado la anchura de sus

hombros.

–Comía como un caballo –explicó él, con la garganta seca. El mohín de los labios de Maddy lo ponía nervioso.

–Eras… –Maddy se mordió el labio, escogiendo sus palabras– algo frío. Distante.

–Esa era mi manera de evitar los problemas –sonrió él–. Tanto en casa como en la escuela. Ser invisible, esconder la cabeza y todo eso… Pero ya no soy frío y distante, ¿verdad?

–No –Maddy se recostó en la silla, aliviando ligeramente la tensión que le provocaba su proximidad–. Por eso no me creo que seas Dex –dijo con desdén. Le lanzó una mirada dura como el granito–. Olvídalo, no ha funcionado.

–¿Qué quieres decir?

–La gente no cambia tanto. Te has conchabado con Dex. Esto es un estratagema para conseguir que me case con el tipo equivocado…

–Te aseguro que no es ninguna estratagema –ronroneó él, acariciándole el brazo. Ella inspiró con fuerza y la serpiente tatuada se contrajo y estiró sobre su pecho. Dexter casi se mareó. Pero, al menos, había conseguido dejarla sin habla–. Vamos a conocernos mejor… –le susurró con voz íntima, poniendo una mano sobre su rodilla. Maddy lo sorprendió dando un bote y sonrojándose.

–¡Dexter! –ordenó su abuela, con voz temblorosa–. ¡El vino! Mira la carta, o estaremos aquí toda la noche.

–Discúlpame. Enseguida estoy contigo –se excusó él, volviéndose hacia el paciente camarero.

Maddy no se lo creía. Era imposible que fuera Dexter. Las mujeres podían cambiar completamente de aspecto, poniéndose en manos de un cirujano, pero los hombres no. Estaba rabiosa por la broma que le estaban gastando.

Su abuelo se había equivocado. Los Fitzgerald no querían resolver las diferencias entre las dos familias con una boda. Habían aceptado la sugerencia de su abuelo con la intención de reírse de ella.

La mano volvió a posarse sobre su muslo y apretó levemente. Colérica, anheló clavarle el tenedor, pero se esforzó por emitir una risa infantil. Dexter la miró intensamente unos segundos. La expresión de deseo de sus ojos hizo que a Maddy se le encogiera el estómago.

Sintió una oleada de ira por su reacción ante él. Pero era lógico que se sintiera atraída por él, seguramente entraba en el plan. Habían contratado a un hombre increíblemente guapo y pobre, dispuesto a vender su alma al diablo por dinero, por no hablar de seducir a una inglesita inocente. Sintió lástima por el tipo,

quienquiera que fuese.

Se preguntó cómo se habían atrevido los Fitzgerald a hacerle algo así. ¡Era una vileza increíble! Apretó los diente con furia al sentir que la mano del impostor exploraba su muslo desnudo. Decidió descubrir el fraude ante todos; después exigiría ver al verdadero Dex.

–¡Ay, ay! Esto me trae recuerdos –murmuró dulcemente, cuando el supuesto Dex le sonrió con ojos melosos y expresión de deseo. Los dedos dejaron de recorrer su muslo.

–¿El qué? –preguntó Dexter con cautela.

–Ver a tanta gente alrededor de la mesa –Maddy adoptó una expresión de ensueño, dispuesta a pillarlo en un error–. Me recuerda a las comidas de familia, alrededor de la chimenea.

–Siempre comíamos en el comedor –corrigió él–. Te falla la memoria.

Maddy sintió cierta desilusión. Obviamente, él se había estudiado su papel; decidió intentarlo de nuevo.

–Era muy pequeña –se defendió–. Todo se mezcla en una especie de neblina. Pero me acuerdo de los leones de piedra de la verja…

–Eran piñas –dijo él, lacónico.

–Bueno. ¿Y qué me dices de esa vez que tu padre decoró tu dormitorio con naves espaciales y tú pintaste trenes por encima…?

–Pinté árboles. Montañas. Campos de amapolas.

–Y a él le encantaron.

–Gritó, chilló y se puso loco de ira.

–Es cierto –admitió ella.

Rememorar la terrible y trágica relación que existía entre Dex y su rígido, y a veces cruel, padre, incrementó aún más su empeño en demostrar que ese guapísimo hombre era un impostor.

El padre de Dex tenía unas ideas muy inflexibles y duras sobre cómo educar a un niño, y siempre lo había aterrorizado. Ella sentía lástima por él. Pero era obvio que el hombre que había intentado explorar su muslo no sabía lo que era el miedo. Sofía y él debían de considerarla una tonta si habían creído que la engañarían.

–He olvidado muchas cosas… –Maddy movió la cabeza de lado a lado y suspiró–. Por ejemplo, ¿cómo se llamaban los perros que teníamos?

–Solo, Scratch y Shuffle –replicó él secamente, con los ojos alerta, como si supiera exactamente lo que ella estaba intentando hacer–. Tú elegiste los nombres.

Maddy se estrujó el cerebro buscando algo que solo el auténtico Dexter pudiera saber. Se le ocurrió algo muy personal, y dudó en utilizarlo. Era un tema delicado, pero si no se aventuraba, no descubriría la verdad.

–Eran encantadores –dijo ella–. Siempre fueron un consuelo para los dos…

–Sí –interrumpió él pensativamente–. Solías correr a abrazarte a uno de ellos cuando tu abuelo te gritaba por alguna pequeña travesura.

Ella parpadeó, desconcertada. Pero eso era algo que cualquiera podría haber sabido.

–Recuerdo el día que volviste del internado de Inglaterra con un ojo morado –comentó ella–. Scratch saltó para darte la bienvenida y tú te sentaste y enterraste la cara en su lomo…

–Fue Shuffle –cortó él bruscamente–. Y yo tenía la nariz rota…

–Es verdad. ¿Cómo te la rompiste? –preguntó ella, con cara de preocupación.

–Lo sabes muy bien –farfulló él con cinismo.

–Puede que sí, puede que no –lo miró con los ojos muy abiertos–. Pero si eres Dexter, podrás refrescarme la memoria. Y decirme qué edad tenías.

–¿Por qué iba a hacerlo? –gruñó él.

Ella se preguntó si intentaba evadirse porque no sabía la respuesta. Sus miradas se cruzaron y Maddy se estremeció al ver su expresión fría como el hielo.

–Quieres probar quién eres, ¿no? Una respuesta correcta me convencerá –razonó ella. Se sentía incómoda, porque sabía que no era un recuerdo agradable para Dex. Sí, milagrosamente, ese hombre era Dex, lamentaría haberlo disgustado con esa pregunta. Se mordió el labio, deseando no haberlo hecho.

Cuando Dexter regresó a Portugal para pasar las vacaciones de verano, toda la familia, excepto Maddy, estaba en Lisboa, en una exposición. Así que había sido ella la que le preguntó qué le había ocurrido y cómo se había roto la nariz.

Aunque él había actuado con su estoicismo y discreción habituales, ella había captado que estaba muy dolido. No le importaba el golpe, solo que la chica a la que adoraba lo había rechazado.

Sus ojos se encontraron y ella vio que estaba furioso, y dolido. ¡Era él!

–Si eso te hace feliz, contestaré –ladró él.

–No. No hace falta. No… no tienes que contestar…

–Demasiado tarde. Contestaré –su voz sonó áspera y chirriante–. Tenía casi catorce años. Había estado hablando con la novia de otro chico, en el baile de fin de curso; él y sus amigos me sacaron fuera y me dieron una paliza. El internado fue un infierno, y solo lo sabemos tú y yo, porque yo decía que me había hecho los cardenales jugando al rugby. ¿Ahora me crees?

Maddy deseó que se la tragara la tierra. ¡Era Dexter! Ya no era un adolescente al que todos vapuleaban, sino un hombre carismático y perfecto, que ninguna mujer en su sano juicio sería capaz de rechazar.

Era increíble. Por lo que había visto, era capaz de comportarse como un cavernícola o como un sofisticado urbanita. Sus ojos insinuaban que podía ser un auténtico tigre en la cama. Se sentía excitada sexualmente y ni siquiera la había tocado.

Su intención había sido flirtear con él y ponerlo en contra suya. Era una locura. El hombre era peligroso, y ella una ingenua que se había aventurado en un terreno desconocido, que Dexter dominaba.

Si pasaba demasiado tiempo con él, cedería ante su atractivo sexual; acabaría en la cama con él y perdería su virginidad. No sería más que otra mujer que había sucumbido ante la magnética virilidad de Dex.

¿Sería capaz de mantenerlo a distancia y, al mismo tiempo, simular que lo alentaba? Se preguntó si podría ocultarle que deseaba que la sometiera, besándola con esa boca sensual y fascinante.

El pánico la atenazó. Se había metido en problemas. Los días siguientes iban a ser una dura prueba.

Capítulo 5

Maddy hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y forzó una amplia sonrisa.

–Sí –musitó, intimidada por la tarea que se había impuesto–. Te creo, Dex –sus ojos lo miraron suplicantes–. Siento haber sacado el pasado a colación.

–Disculpa aceptada.

–Gracias –dijo ella. El Dexter que ella conocía había desaparecido del todo. El hombre que tenía ante sí estaba seguro de sí mismo y de su atractivo sexual. Nadie se atrevería a meterse con él. Tembló, preguntándose si había salido a su arrogante y despiadado padre, o a su madre, una mujer que había creído bondadosa y amable. Pero su abuelo la había sacado de su error, diciéndole que no era más que una mujerzuela.

–¿Empezamos de nuevo? –sugirió él, sonriendo al ver su expresión confusa.

–¿Por qué no? –consiguió decir ella.

–Bueno, entonces: hola –murmuró él, inclinándose y besándola en la mejilla.

La inesperada calidez de sus labios y la suave presión que pareció prolongarse eternamente dispararon los sentidos de Maddy. Tuvo más miedo que nunca.

–¡Hola! –balbució, cuando él se apartó levemente.

–Espero que volvamos a ser amigos. Será un placer reanudar nuestra relación –dijo él con voz sedosa.

–Ejem…, sí. Maravilloso –tartamudeó ella, resistiéndose al impulso de agarrarlo y besarlo de verdad. Los labios le cosquilleaban y estaba atónita por los indecentes impulsos que la asaltaban.

–¿Por dónde empezamos? –preguntó él con voz sensual, clavando los ojos en su escote.

–¡Me tienes asombrada! –declaró ella, evitando contestar. Soltó una carcajada cristalina y levemente histérica–. Estás tan… tan distinto…

–Tú también.

Su voz lánguida y aterciopelada sonó tan cálida e íntima que Maddy estuvo a punto de confesar. En cambio, esbozó una amplia sonrisa..

–Me reinventé a mí misma –le dijo, con una nota de orgullo en la voz.

–Con resultados impresionantes –murmuró él, agarrando su mano. Le guiñó un ojo y la miró con lascivia.

–¡Más piropos, por favor! –ronroneó ella, ocultando su preocupación–. Estoy intrigada. Ahora no haces más que halagarme, pero fuiste seco y grosero conmigo cuando nos encontramos. ¿Qué es lo que ha cambiado?

–Seamos sinceros –sonrió él–. Nuestros abuelos tienen la esperanza de que nos casemos, ¿no?

–Eso es lo que me han dicho –aceptó ella.

–Bien. Lo cierto es que, al principio, no me gustaba la idea de casarme con alguien a quien recordaba aburrida y con menos personalidad que un pepino pasado –dijo él con franqueza brutal.

–Gracias –Maddy lo maldijo interiormente por compararla con un pepino. Pero tenía que admitir que tenía razón. Sonrió para demostrarle que no le tenía rencor.

Los ojos de él chispearon. Percibió en ellos cierta admiración y, sin duda, deseo, mucho deseo. Maddy se estremeció.

–De nada –rio él, mordisqueándole los nudillos de la mano que no había soltado.

–¿Y? –aunque era una estupidez, el contacto de su boca la estaba dejando muda. O quizá fuera ver sus espesas y oscuras pestañas. O esos dientes blancos que mordisqueaban suavemente, tentadores… Maddy hizo un esfuerzo por controlarse–. ¿Y? –repitió, con voz cascada–. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

–Tú –replicó él.

–¿Yo? –gimió Maddy con alarma. ¡Dex no debía sentir atracción por ella!

–Desde luego. Eres… –sus ojos la examinaron de la cabeza a los pies, deteniéndose en algunos puntos estratégicos– un monumento –concluyó con voz ronca.

–Oh. Pensé que quizá… ¡no te gustaría! –Maddy tragó saliva y sus ojos lo miraron consternados.

–Me sorprendiste –admitió él–. Y además, te tenía rencor por asuntos de familia.

–¿Por qué? –preguntó ella, inquieta.

–Porque tu padre sedujo a mi madre.

–¡Fue al revés! –exclamó ella.

–Creo que descubrirás que tengo razón –gruñó él–. En cualquier caso, me fuiste cautivando. Tardé bastante en aceptar que te habías transformado y que quizá podríamos… –sus ojos brillaron como llamas–. ¿Cómo decirlo con delicadeza? Podríamos… juntarnos. Eres fascinante, Maddy –afirmó con pasión–. Me intrigas. Y me atraes, mucho.

Ella tragó saliva de nuevo. Necesitaba ayuda. Era obvio que no podía estar pensando en ella como esposa, así que debía de querer pasar un buen rato. Sus miradas lascivas eran tan obvias que la

mujer menos sofisticada del mundo podría interpretarlas. Seguramente la creía una mujer moderna, dispuesta a acostarse con él.

Había creado una situación de pesadilla; ya no podía dar marcha atrás y recuperar su auténtica personalidad. Tenía que tomar medidas drásticas. Simularía estar tan desesperada por llevar una alianza en el dedo que él huiría despavorido. Se inclinó hacia él, agitando las pestañas con desmesura.

–He oído decir que eres multimillonario –suspiró ella, esperando que su rostro reflejara suficiente codicia. Comprobó, satisfecha, que él daba un respingo. Al fin y al cabo, a ningún hombre le gustaba que admiraran más su cartera que a su persona.

–Eso no puedo negarlo –dijo él con desgana.

–Bien. Adoro a los hombres ricos –inspiró para darse fuerzas y se obligó a continuar–. ¿Podrías prestarme cincuenta libras?

Comprobó, encantada, que él tenía que tragar saliva. Pero después metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y seleccionó varios billetes. Ella los contó lentamente, moviendo los dedos y los labios, con la intención de parecer tonta. Los escudos equivalían a unas cien libras.

–¿Te vale con eso? –inquirió él.

Consciente de que todos los comensales los observaban en silencio, Maddy miró los billetes al trasluz y se los metió en el escote. Se preguntó hasta dónde estaría dispuesto a llegar Dex para llevársela a la cama.

–Sí, de momento. Me encantan los hombres generosos –asumió una pose de auténtica Mata Hari–. ¿Qué puedo hacer por ti, a cambio? –preguntó en voz alta.

Al otro lado de la mesa, una copa se estrelló contra el suelo. Maddy vio a la señora Fitzgerald intentando controlar su tensión, mientras un camarero reemplazaba su copa de champán y pedía refuerzos para que recogieran los cristales del suelo.

–Se me ocurren muchas sugerencias –dijo Dexter en voz baja. Ella se estremeció al pensar cuáles podían ser, y le bulló la sangre al imaginarse algunas.

–¿Y para usted, señora? –murmuró el maître, con el bolígrafo y la libreta en la mano.

Ella estuvo a punto de contestar que quería un cubo de agua y mucho hielo. Mejor, dos cubos: uno para ella y otro para él. Alzó los ojos, contenta por escaparse de la mirada hipnótica de Dex. El maître parecía tener dificultades para controlar su expresión. Obviamente, estaba deseando echarse a reír.

Tomaré sopa de patatas con chile y coriandro; después, lenguado a las finas hierbas. ¿Podría hacerme también unas patatas fritas y

traerme salsa agridulce? –dijo ella en voz alta, desconcertada por la risa ahogada de Dexter.

–Por supuesto, señora –respondió el camarero, intentando mantener el rostro serio.

–Eres un encanto –le dijo ella con afecto, dándole una palmadita en el brazo–. Venga. Ríete. Sé que lo estás deseando –le susurró.

El camarero sonrió y ella se rio, encantada de aliviar un segundo la atmósfera fúnebre que la rodeaba. Después, se atrevió a ponerse en pie de un salto.

–¡Un brindis! –exclamó. Los invitados alzaron sus copas, educadamente pero con desgana. Sofía la taladró con los ojos–. ¡Por el matrimonio! –declaró. Cuando las copas estaban en el aire, añadió–: Por que los ricos se casen con los pobres y equilibren así las cosas.

Nadie se movió excepto Dexter que, riendo, apuró su copa con entusiasmo.

–Eres fantástica –le dijo, genuinamente divertido–. Única. ¿Dónde has estado durante toda mi vida?

–En Clapham –replicó ella, maldiciendo para sí.

Intentó entablar una conversación con el hombre que tenía a la izquierda; sin embargo, su falta de interés apagó su entusiasmo. No volvió a animarse hasta que le trajeron la sopa y comenzó a sorberla ruidosamente. También la animó la llegada de un músico que empezó a tocar un popurrí de canciones famosas en un teclado electrónico.

Cuando acabó la primera canción, Maddy fue la única persona que aplaudió vigorosamente. Pero, a partir de ese momento, otros comensales, aunque no pertenecientes a la fiesta de los Fitzgerald, siguieron su ejemplo.

El resto de los invitados que había sentados a la mesa mantenían un tenso silencio, que hubiera aplastado a la persona más optimista del mundo. Pero no a Maddy; levantó el cuenco de sopa con las manos y, ruidosamente, se bebió hasta la última gota.

A juzgar por la fría mirada de Sofía, había conseguido arruinar todas sus opciones de boda. Sonrió a todos, inmensamente aliviada, imaginándose que pocos días después podría volver a casa. Pero antes averiguaría qué sucesos habían llevado a la muerte de sus padres.

El libidinoso Dexter podía buscarse una amante y una esposa en otro lugar. Se le ocurrió, de repente, que era raro que un hombre tan deseable como él siguiera soltero.

Mientras había creído que era una versión adulta del chico tímido e introvertido que había conocido, no le había extrañado. Pero ahora que conocía al nuevo y carismático Dex, su soltería no

tenía sentido. Por lógica, hacía años que una libidinosa belleza de familia aristocrática debería haberlo atrapado.

–Dex, ¿tienes defectos ocultos que desconozca? –preguntó con descaro. Él arqueó una ceja, divertido.

–Solo del tipo que te hará disfrutar –repuso él, arqueando una ceja. A ella se le hizo un nudo en la garganta, pero mantuvo la sonrisa.

–Me refería –dijo, dándole un golpe juguetón–, al tipo de defectos que explicarían que no estés casado.

–Quizá haya estado esperando a la mujer adecuada –dijo él, inclinándose para susurrarle al oído–. Alguien con el pelo color vino, directa como una carretera romana y con unos modales que asustarían a un Neandertal.

Maddy se preguntó si se estaba burlando de ella. Había hablado con pasión, como si le encantara su forma poco convencional de comportarse. Pero, en cambio, sus palabras no eran precisamente halagadoras.

–Dices cosas encantadoras –lo aduló, dándole una palmadita en la mejilla.

–Las cosas que *hago* te gustarán aún más.

En boca de cualquier otro hombre, habría sonado cursi y prepotente. Pero no en la de Dex; y menos aún viendo su mirada apasionada y sensual, que derretiría a cualquiera. Maddy, incapaz de pensar, parpadeó con coquetería y empezó a masticar un trozo de pan, preguntándose cómo evitar que Dexter le hablara al oído; sentir su aliento la estaba volviendo loca.

Afortunadamente, Sofía, preocupada por el peligro que suponía Maddy para su adorado nieto, habló imperiosamente desde el otro extremo de la mesa.

–Dime, Maddy, ¿trabajas?

–Solía hacerlo –hizo una mueca–. Ahora estoy en paro. Opino que las mujeres nacieron para ser mantenidas por los hombres, ¿no crees?

Sofía, con el rostro rígido, dirigió una mirada de advertencia a Dexter, pero él acarició el brazo de Maddy como si estuviera hipnotizado y no le importara lo más mínimo casarse con un parásito social. Lo peor fue que ella sintió un escalofrío delicioso recorrer sus venas. ¡El odioso hombre era pura dinamita!

–¿No tienes ambiciones? –insistió Sofía con dureza.

–¿Aparte de ser rica? –preguntó Maddy expresión inocente.

–Aparte –repitió Sofía con esfuerzo– de ser rica.

Maddy intentó concentrarse. No le resultó fácil, porque lo único que quería era agarrar a Dexter y dejar que la besara hasta volverla loca. Aunque ya debía de estar loca, o no se habría dejado

engatusar por un tipo con tanta labia como Dexter Fitzgerald.

–Pensé en dedicarme a la danza del vientre –contestó ella. Era una profesión que había comentado con sus amigas, pero sobre todo con asombro porque alguien se atreviera a hacer algo así.

–¿La danza del vientre? –gritó Sofía, sin disimular su horror. Maddy inspiró con fuerza.

–Un buen sueldo, ropa bonita y brillante, montones de admiradores... ¿qué más podría desear una chica? –comentó con entusiasmo, aunque en ese momento se le ocurrían una cuantas cosas.

–Se le daría bien –declaró Dexter–. ¡Tendrías que ver cómo se mueve! Maddy –urgió, retándola con ojos llenos de malicia–, ¿por qué no animas a todos mostrándoles tu talento?

Ella se quedó desconcertada un momento, pero comprendió que era la oportunidad perfecta. Después de su actuación, Sofía Fitzgerald desheredaría a Dexter si seguía demostrando interés por ella. Sonrió con alivio; además, así podía alejarse de Dexter un rato.

–Lo haré –replicó con voz seductora. Agarró al camarero más cercano y fue hacia donde estaba el músico. Vio, encantada, que tanto Sofía como sus invitados se habían quedado mudos ante su elección de pareja.

Por suerte, el camarero era un gran bailarín. Maddy revivió la felicidad de su adolescencia, cuando acompañaba a su abuelo a reuniones de negocios en las que él intentaba captar inversores.

Los huéspedes del hotel, sonrientes, aplaudieron, y un par de parejas salieron a la pista y se unieron a ellos. El ambiente del comedor había pasado de tenso y aburrido a relajado y feliz. Maddy había roto el hielo y lo estaba pasando muy bien.

Se sentía completamente libre, una sensación nueva para ella. No estaba sujeta a las mezquinas órdenes de su abuelo, ni tenía que escuchar sus amargas quejas sobre las injusticias que había sufrido. No estaba obligada a ponerse ropa poco atractiva ni a morderse la lengua si no estaba de acuerdo con algo.

Mientras reía de felicidad, moviéndose al ritmo de la música, comprendió que nunca volvería a ser la misma. Se sentía fuerte. Era una mujer nueva.

La canción acabó y el camarero se excusó. El maître ocupó su lugar cuando empezó a sonar un rock. Ella dejó escapar un grito de alegría y se entregó con entusiasmo al ritmo rápido y estimulante. Cuando las notas se apagaron se quedó quieta y sin aliento, resplandeciente al oír una tormenta de aplausos.

Un segundo después unos brazos fuertes la agarraron y apretaron contra un cuerpo musculoso y cálido. Supo, sin mirarlo, que era Dexter. Soltó un gemido, apabullada por las sensaciones y

pensamientos ilícitos que la asaltaron. El olor limpio y varonil de Dexter la envolvió como una nube.

Se quedó traspuesta al ver el ángulo duro de su mandíbula y la sonrisa de sus labios. La autoridad de su poderoso cuerpo la dominó, y perdió por completo su recién adquirida sensación de control. Él respiraba junto a su oído y la sujetaba de manera posesiva. La melodía lánguida y romántica hizo que sus músculos se doblegaran ante él; y bailaron como si fueran una sola persona.

Tenía la impresión de que estaba derritiéndose en sus brazos. Él, duro y hambriento, la apretaba contra sí; su excitación era palpable. Desconcertada, intentó hablar, pero se perdió en la mirada de sus ojos y su cuerpo se fundió con el de él. Le parecía que sus venas eran de fuego líquido.

–¡Maddy! Eres todo aquello que siempre soñé. ¡Serás una esposa fantástica!

–¿Esposa? –balbució ella.

–Lo veo claramente –dijo él extasiado–. Encaje y tafetán. Y podrías ponerte algo bonito para…

–¡Te burlas de mí! –dijo ella con enfado, sintiendo terror ante una respuesta tan positiva a su imperdonable actitud.

–Ahora estoy pensando en nuestra noche de bodas…, oh, Maddy –gimió–. No puedo estar tan cerca de ti y no tocarte. ¿Intentamos escabullirnos? Te enseñaré todos mis defectos, uno a uno –murmuró, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

–¡No podemos! Sería una grosería –protestó ella, aunque todo su cuerpo gritaba que sí.

–¿Mirar mis defectos?

–¡Irnos!

–Eso suena muy formal –Dexter se rio–. Me sorprende que te importe. No pareces nada convencional.

–Pensé que te molestaría a ti –corrigió ella rápidamente. Dex tenía razón, una mujerzuela desvergonzada no podía tener buenos modales–. Estoy segura de que no quieres molestar a tu abuela.

–¡Mira esto! –Dexter ignoró su excusa–. La serpiente se ha desteñido –susurró, recorriendo el dibujo con el dedo.

–Tendré que ir a hacerme un tatuaje permanente –Maddy, sin aliento, se apartó un poco para mirarlo.

–Supongo que, siendo una mujer tan moderna, llevarás un pendiente en el ombligo –musitó él, investigando su vientre con insolencia. Alzó la cabeza y la miró con expresión divertida–. A no ser que te hayas hecho el piercing en otra parte del cuerpo, ¿es así?

–Eso es algo que tendrás que averiguar –contraatacó ella, un momento después.

–Quizá podrías guiarme en un viaje misterioso por todos los

lugares de interés –murmuró él, acariciándola con su aliento. Maddy tuvo muy claro que no hablaba de una visita turística–. Estoy deseando pasar las próximas semanas contigo…

–No creo que me quede tanto tiempo –comentó ella, simulando pesar–. Me parece que a tu abuela no la convenzo como posible futura esposa para ti.

–¿Qué tiene que ver ella? No es a mi abuela a quien debes convencer –susurró él–. Me estás volviendo loco.

Maddy lo miró con los ojos muy abiertos, horrorizada por los salvajes impulsos que sentía de tentar y animar a Dexter. El tacto de su mano fuerte en la cadera, los dedos que acariciaban su pelo y los roncos susurros que explicaban en detalle lo que pensaba hacerle cuando se quedaran a solas, la convencieron de que Dexter había mordido el anzuelo y se lo había tragado.

¡Todo había salido mal! ¡Su intención era asustarlo! Lo peor era que su estúpido cerebro estaba demasiado ocupado con las imágenes que le sugería esa voz profunda y sensual.

–…tocarte, cada centímetro de tu piel, recorrer tu cadera con los labios, inhalar tu aroma…

–¡Por favor! –gimió ella débilmente.

–Te haré eso y más, en cuanto escapemos –aseguró él–. Supongo que prefieres pasar a la acción, ¿no?

Sus ojos se encontraron y ella sintió una intensa oleada de pasión. Lo que más deseaba en el mundo era que la besara. Perdió el equilibrio y él la sujetó con fuerza; solo unos centímetros separaban sus bocas.

¡No había remedio! Pensó, impotente, que todo iba del revés. Todo iba fatal.

Capítulo 6

Maddy cerró los ojos. Un momento después, se le ocurrió una respuesta. A punto de llorar de alivio, suspiró y le dio una temblorosa palmada en la mejilla.

–Quieto, tigre. De eso nada.

Él emitió un rugido de deseo. Jadeando, ella consiguió apartarlo un poco, empujando su pecho. Sus dedos juguetearon con el cuello abierto de su camisa, hasta que percibió el latido desbocado de la vena de su cuello. Maddy hizo un esfuerzo por recordar lo que iba a decir. Tenía que ser fuerte, no debilitarse. Retiró los dedos de su tentadora y sedosa piel.

–¿Por qué dices que de eso nada? –Dexter, se aseguró de que su espalda impedía que Sofía lo viera y capturó sus dedos. Se los llevó a la boca y los besó. Después chupó sensualmente su dedo índice. Fue un gesto vulgar, pero terriblemente efectivo. Maddy era incapaz de concentrarse.

–Mi abuelo –consiguió decir, temblorosa–. Me vuelves loca, Dexter –admitió, haciendo un mohín–. Pero él nunca me perdonaría si dejo que llegues más lejos sin ponerme antes una alianza en el dedo.

Dex la soltó, con expresión inescrutable.

–¿Primero boda y después sexo? –preguntó él con voz ahogada. Maddy supo que lo había pillado; no quería casarse.

–Eso es. Una chica debe velar por sus intereses –aventuró ella, temblando como una hoja.

–Eres dura de pelar, ¿verdad? –murmuró él, con media sonrisa. Su rostro parecía de piedra y sus ojos tenían reflejos acerados. Maddy comprendió que estaba enojado; empezaba a ser peligroso.

–Tengo hambre, creo que voy a ir a comerme mis patatas –anunció con voz aguda, preguntándose cómo iba a ser capaz de tragar.

–Puedes aparcarme de momento –gruñó él, acompañándola a la mesa–. Pero como me has encendido, serás tú quien tenga que ocuparse de apagar las llamas.

–Te sugiero un baño, si estás caliente –dijo ella sin pensar.

–Muy buena idea –sonrió él–. Nos encontraremos en la piscina a media noche.

Ella asintió, anonadada. Decidió que haría pública la invitación para frustrar sus planes. Sofía no permitiría que se encontraran a solas.

–Hemos pensado ir a nadar a medianoche –anunció con viveza a toda la mesa–. ¿Alguien se apunta?

–Dexter –Sofía dejó caer el tenedor de golpe–, tienes que dormir. Te prohíbo que trasnoches. La Quinta es lo más importante…

–¿Más que un heredero? –inquirió él con calma.

La anciana se irguió con orgullo, pero le temblaba el labio. Dexter se acercó hacia ella, la rodeó con un brazo y le habló en voz baja; Sofía lo miró con alivio. Dex le dio un beso en la frente, hizo una inclinación de cabeza y, para asombro de Maddy, se excusó y se fue.

A partir de ese momento, Maddy se apagó. Sofía parecía relajada y había empezado a charlar con sus amigos. Con la marcha de Dex se había disipado la tensión, pero también la descarga de adrenalina que le suscitaba su presencia. Sin nada mejor que hacer, Maddy se comió la cena. Después, alegando cansancio, se retiró a su habitación y llamó a su abuelo para decirle que, de momento, las cosas iban bien.

Había decidido desilusionarlo poco a poco, hasta que llegara el momento de decirle que su plan de matrimonio había fracasado. Algo desinflada, se preparó para acostarse, pensando que Dexter no iba a ser fácil de manejar. Su reacción al coqueteo había sido totalmente inesperada.

Tenía que convencerlo de que era la esposa menos apropiada del mundo. Debía simular que estaba desesperada por casarse y, al mismo tiempo, controlar los impulsos de Dexter. El que fuera tan sexy complicaba la situación. Se sentía atraída por él, aunque sabía que a él solo le interesaba su cuerpo, no su persona.

Su transformación era increíble. Nunca se lo habría imaginado convertido en un casanova cínico y lascivo.

Cepillándose el pelo ante el espejo, observó su rostro limpio de maquillaje y deseó no tener que seguir ejerciendo el papel de mujer desvergonzada.

Pero sabía que no volvería a ser la Maddy sumisa de antes. Había probado el sabor de la independencia. La nueva Maddy era imposible, pero algunas cosas habían sido muy divertidas. Las cosas que decía salían de algún recóndito lugar de su interior. Era más capaz de pensar por sí misma de lo que había creído.

Cuando regresara a casa encontraría un camino intermedio entre ambas personalidades. No tan egoísta, ni tan invisible.

–Dexter –sonrió–, me has hecho un favor. Puedo ser fantástica y tener una personalidad propia.

Se abrazó con alegría y se metió en la cama. Crearía una nueva Maddy: una que se gustara y se respetara a sí misma. Por fin encontraría la paz interior y la felicidad.

A la mañana siguiente, él la esperaba en el vestíbulo. Llevaba una camiseta negra, limpia y ajustada, y unos vaqueros recién lavados. Le temblaron las rodillas al verlo. Afortunadamente, ella iba vestida para matar. O, más bien, para darse coraje y recordarse que debía actuar como una mujer de mundo, no como una ingenua que se derretía cuando un hombre guapo la miraba.

Se había hecho una cola de caballo, decorada con lazos rosas. Llevaba unas sandalias rosa chillón, vaqueros cortados bordados con lentejuelas y una camiseta amarillo brillante. El conjunto había hecho sonreír a los camareros que le habían servido el desayuno.

La reacción de Dex fue más visceral. Su gemido ahogado hizo que a Maddy se le acelerara el pulso.

–Hola –lo saludó, con más calor del que pretendía.

–Hola –respondió él arrastrando la palabra y recorriendo su cuerpo de arriba abajo con los ojos.

–Estoy lista.

–Yo también lo estaba, anoche. Te esperé en la piscina –acusó él, desnudándola con la mirada. Ella simuló que intentaba desenredar las borlas de su cinturón, para controlar el cosquilleo que recorría su cuerpo–. Deja que te ayude –Dexter se acercó y desenredó las borlas. Ella contrajo el estómago, intentando evitar el roce de sus dedos.

Eran dedos largos, esbeltos y fuertes. Maddy se dio cuenta de que él estaba rozando su piel a propósito, tardando más de lo estrictamente necesario. Agarró sus manos y las apartó.

–¡Manos fuera! Te merecías que te diera plantón por simular que no era más que un empleado, en vez del rico heredero de los millones de los Fitzgerald.

–Gracias por tu franqueza –replicó él, con voz vibrante–. Al menos, ya sé a qué atenerme.

–Conseguirás algo bueno a cambio de tu dinero –se burló ella, mirándolo con codicia.

–Eso es cierto –aceptó él mirándola con admiración.

–Te marchaste muy repentinamente, anoche –le reprochó, siguiéndolo hacia la camioneta. A pesar del peligro, habría deseado bailar con él toda la noche.

–Tuve que hacerlo –Dexter colocó la mano en su espalda, justo entre el cinturón y la camiseta corta.

Maddy, al sentir la calidez de su mano en la piel, tuvo que reprimir el impulso de darse la vuelta y apretarse contra él. ¡Estaba empezando a convertirse en la mujer inmoral que simulaba ser!

–Podrías haberte quedado. ¿No tomas tus propias decisiones? –lo retó, con voz temblorosa.

–Por supuesto que sí –deslizó la mano hacia abajo y le masajeó

descaradamente el trasero–. Pero sabía que haría alguna barbaridad si me quedaba contigo más tiempo. Como besarte en mitad de la pista. O acariciarte. Mi abuela se habría disgustado. Por eso me fui. Además, hoy tengo un día muy ajetreado. Ya he trabajado unas cuantas horas esta mañana y, después de dejarte me quedan otras ocho horas de esclavitud.

–Trabajas mucho para ser un hombre rico –comentó ella–. Yo no lo haría si tuviera tanto dinero como tú –a Maddy empezaba a resultarle difícil respirar. Afortunadamente, llegaron a la camioneta y se detuvieron. Dexter se volvió y ella sintió pánico.

Si la besaba, tendría que mantener la clama. Reaccionar con entusiasmo, como una coqueta empedernida, pero no derretirse en sus brazos. Un dedo acarició suavemente su mejilla y ella no se atrevió a alzar los ojos. Concentró la mirada en su torso y tragó saliva.

–Trabajo duro y juego duro. Contaba con verte en la piscina –farfulló él–. Para estar a solas.

–Me aburrí y me fui a la cama –admitió Maddy.

–Es bueno saberlo –murmuró él, dibujando el perfil de sus labios con el dedo índice–. Si hubieras venido, como prometiste, habría aliviado tu aburrimiento.

Ella se puso tensa, si seguía así iba a mordisquearle el dedo. Hizo un esfuerzo por controlarse.

–¡Malo! –trinó, consiguiendo escapar–. Sabes que no estoy disponible hasta nuestra noche de bodas. Por cierto, ¿qué le dijiste a tu abuela antes de irte? Dejó de mirarme con asco; me pregunto por qué.

–La tranquilicé –repuso él, burlón.

–¿Con respecto a mí? Que agradable. ¿Cómo? –inquirió ella, ocultando su alarma. La oposición de Sofía era esencial para su plan. ¿Cómo podía haber conseguido que le gustara la idea de una alocada e impresentable?

–Le dije que me habías conquistado –sonrió él–. También comenté que tenías las caderas anchas, muy apropiadas para dar a luz.

Maddy sintió que una daga se clavaba en su corazón. Pensó que, aunque tuviera caderas apropiadas, su matriz no lo era. Pero no podía compadecerse de sí misma, tenía que aceptar la realidad.

–No son tan anchas –protestó con voz seca.

–No –él las recorrió con las manos–. Solo lo suficiente.

–Entonces… ¿le gusté? –le preguntó con desmayo.

Dexter colocó su maleta en la camioneta y la ayudó a subir. Le dio una palmada en el trasero y se apoyó cómodamente en el asiento. Maddy lo miró, horrorizada por lo que estaba ocurriendo.

–Se hará a la idea –ofreció–. Soy lo único que tiene. Al final, aceptará lo que yo quiera –carraspeó y le acarició el muslo–. Y sabe que tengo planes para ti.

–¡Oh! –Maddy se estremeció–. ¿No la molestó mi aspecto, ni mi manera de ser? Le ocurre a alguna gente.

–La sorprendió. No te pareces a nadie de por aquí –admitió él, pensativo. Pero cuando hablé con ella comprendió que su opinión no tenía importancia. Además, siempre podemos corregir tu manera de vestir y tus modales en la mesa cuando estemos casados –añadió con condescendencia–. Al fin y al cabo, seré yo quien se meta en la cama contigo, no ella –sus ojos llamearon–. Allí se desarrollará la acción y se concebirá mi heredero.

Maddy se quedó sin habla. Ella no podía tener hijos y deseó que cambiara de tema. Cada vez que lo mencionaba, sentía un pinchazo de dolor. Viendo que esperaba una respuesta, asintió vigorosamente con la cabeza.

Él sonrió, le apretó el muslo y rodeó el coche para sentarse al volante. Un segundo después, arrancó.

–¿Estás pensando en lo que haremos en la cama?

–¿Tú que crees? –musitó ella roncamente.

Se imaginó la escena; distaba mucho de ser una pesadilla. Era un paraíso de miembros entrelazados, con la presión de un cuerpo firme, experto e insistente… Gimió, despechada por su susceptibilidad. Dexter sabía perfectamente cómo hacer que le subiera la temperatura. Tenía que defenderse con garras y dientes.

–Matrimonio –musitó con anhelo–. ¡Por fin! No puedo esperar. Todo ese dinero… Iré de compras hasta agotarme. Espera a que tenga una tarjeta de crédito. ¿Me darás una asignación mensual, Dexter? El abuelo necesitará una casa nueva, y una enfermera a tiempo completo. Supongo que será caro, pero puedes permitírtelo –juntó las manos con éxtasis–. Iremos de vacaciones a menudo. Cruceros, en cabinas de lujo. Viajes a Londres, Nueva York, París, Hong Kong…

–¿Hay alguna otra razón por la que quieras casarte conmigo? –inquirió él secamente.

–No, no creo –replicó ella tras pensarlo–. Es un negocio, ¿no? Tu consigues mi cuerpo y yo tu dinero.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–¿Qué he dicho? –gritó ella.

–No tienes precio –rio él.

–Sí, lo tengo. El matrimonio –contraatacó ella alegremente, pensando en el golpe que sería para su ego descubrir que no tenía ninguna intención de acercarse a una tarta de boda–. Quiero ser la esposa de un rico –suspiró–. ¿Qué chica no lo desearía?

Apartó la vista de su rostro sonriente. La preocupaba lo mucho que le gustaba verlo reír. Era muy peligroso, así que se concentró en mirar el paisaje.

–¿Qué chica? Una chica romántica que creyera en el amor verdadero –sugirió él con aspereza.

–Las románticas acaban pobres –Maddy hizo un gesto de desdén–. Con amor no se paga ropa cara.

–No –admitió él quedamente, con decepción.

–Ni siquiera sirve para comprar un paisaje bonito –añadió ella, disfrutando de las vistas–. Si eres rico puedes vivir en un lugar fabuloso, como la Quinta.

–¿Te gusta lo que ves?

–Mucho –su voz se suavizó y sus ojos brillaron de placer–. Con tanta construcción y carreteras nuevas, pensé que el campo habría desaparecido bajo toneladas de hormigón. Pero sigue aquí, tan bello como antes.

–¿Lo has echado de menos?

–He estado tan ocupada que apenas he tenido tiempo para recordar mi vida aquí –susurró ella. Pero la había echado mucho de menos, como a su adorado padre. No podía decir lo mismo de su madre, pero lo cierto era que apenas la había conocido: solía pasar casi todo el tiempo en Lisboa, de compras o con sus amigas.

Había añorado el clima cálido, la libertad de correr por la espaciosa Quinta, los kilómetros de prados y bosques… Hizo un esfuerzo por controlar el rumbo de sus pensamientos; no tenía sentido pensar en el pasado.

Dexter no hizo más preguntas y Maddy se relajó, disfrutando del viaje. Tenía la impresión de que Dex había elegido una ruta distinta de la habitual, quizá con el fin de evitar la carretera principal. Además, a él también le encantaba el campo.

El paisaje era muy distinto al de la costa, con sus grupos de casas blancas, geranios, palmeras y buganvillas. Allí estaban rodeados de prados en los que se veían cerdos sueltos y caballos pastando. Pequeños puentes romanos se curvaban sobre ríos plateados, y se veían pastores cuidando de rebaños de cabras.

La tierra era oscura y fértil, alimentada por multitud de arroyos que bajaban de la sierra. Maddy frunció los ojos; a lo lejos, en la ladera de la montaña, se veían arbustos cuajados de flores blancas y grupos de ovejas.

Aquí y allá se extendían plantaciones de alcornoques y de eucaliptos. Sintió una intensa calma. Llevaba demasiado tiempo viviendo en tensión. Cuando llegaron a Inglaterra tuvo que serlo todo para su abuelo: confidente, ayudante, ama de casa y caja de resonancia. Después había tenido que ganar un sueldo y cuidar de

él.

Su infancia se acabó a los once años, y no había vivido una adolescencia. Los problemas económicos habían ocupado su mente día tras día.

Y tenia que salvar el último escollo; frustrar el plan para casarla e impedir que su abuelo tuviera una apoplejía por su culpa. Suspiró. Además, tenía que enfrentarse a la determinada campaña de seducción de Dexter.

Aunque tenía la impresión de que había sufrido una presión inmensa durante años, ese día se encontraba a gusto. En ese entorno podía recuperar su sentido del equilibrio; casi había olvidado lo bello que era y cuánto sabía sobre su flora y fauna.

Había pasado muy buenos ratos allí. Ella y su querido padre iban a dar paseos. Él le hablaba sobre las plantas y las flores de la región y la enseñaba a identificar a los pájaros por su canto y su forma de volar.

Incluso había disfrutado de un par de meriendas en el campo con Dex, cuando huían de las tensiones que se acrecentaban cada vez más entre las dos familias.

Bajó la ventanilla y dejó que la brisa acariciara su rostro. El fresco aroma de los arbustos hizo que emitiera un profundo suspiro de placer.

–El viaje es más largo de lo que creía–dijo con voz adormilada–. No es que me importe, es maravilloso.

Aun así, empezó a tomar nota de los alrededores, esperando ver el camino que llevaba a la Quinta en cualquier momento. Poco después, percibió que algo no iba bien. Dexter acababa de tomar un camino estrecho y lleno de baches, que no reconocía en absoluto. Se puso tensa y su sensación de comodidad se evaporó. Él estaba tramando algo.

–Esta no es la carretera de la Quinta –protestó.

–¡Claro que no! –dijo él mordaz, como si hubiera dicho una tontería.

Pasaron por un montón de baches y ella se sujetó la camiseta de tubo, consciente de que Dexter la miraba de reojo. O había tomado ese camino para comprobar la resistencia de la lycra que contenía sus pechos, o la llevaba a un sitio privado. Se estremeció; temía haberlo provocado hasta un punto que ya no podría controlar.

–Entonces, ¿adónde vamos? –preguntó con calma.

–A la Pocilga, por supuesto.

–La Pocilga, claro. ¿Adónde si no? –comentó ella, como si hablara con un imbécil.

La Pocilga había estado en el extremo oeste de la finca, lejos de la casa, separada de ella por unas suaves colinas. En ese momento

las vio; escondían la Quinta de la vista. En la distancia identificó una punto blanco que debía de ser la Pocilga. Por lo que ella recordaba, no era más que cuatro paredes de piedra con un tejado de chapa de cinc y alguna ventana.

La consoló que, al menos, no pretendería seducirla allí. El sexo y el estiércol no encajaban bien.

–¿Podrías explicármelo? –le preguntó con dulzura.

–No hay mucho que decir. Es bastante pequeña y básica, pero estoy seguro de que no te importará.

–No me importará… ¿qué? –insistió ella, mientras una terrible sospecha asaltaba su mente.

–Alojarte aquí –la camioneta botó sobre otro montón de baches.

–¿Yo? –chilló ella–. ¿Quedarme en esa cabaña de piedra con tejado de hojalata?

–La hemos arreglado como vivienda de emergencia –defendió él con voz solemne–. Es casi habitable.

–¡Dime que esta es otra de tus bromas! ¡Dexter! Deja de jugar…

–No es un juego –le aseguró él–. Decidimos que era la mejor solución. Está limpia y seca. Hay una cocina y hemos puesto cristal en las ventanas y tejas en el tejado.

–Fascinante. Felicita al cristalero de mi parte. Pero yo no he accedido a nada. Voy a quedarme en la Quinta –le dijo con firmeza.

–No digas tonterías… –gruñó él.

–¿Tonterías? –escupió ella–. ¿Cómo te atreves a dejarme en una pocilga? Hay por lo menos ocho dormitorios en la granja y no veo por qué… ¿Intentas matarme? –chilló cuando la camioneta se detuvo en seco.

–¡No me lo puedo creer! –Dexter la miró, atónito.

–¿Qué? ¿Qué es lo que no crees? –exigió ella.

–¡Oh, Maddy! –exclamó, moviendo la cabeza. Después sonrió. La sonrisa se convirtió en risa y después en carcajada. Arrancó la camioneta y la dirigió hacia la Pocilga.

–¡Contéstame! –persistió ella–. ¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

–No importa –contestó él, intentando controlar la risa. Sus ojos chispearon divertidos–. Pero creo que te han tomado el pelo.

–¿Cómo? ¿Por qué? ¿Quién?

–Tu abuelo.

–¿Cómo? –gritó ella.

–Sabía que venías aquí y no te lo dijo.

–¿Qué es lo que no me dijo?

–Ya lo descubrirás. Aquí estamos, Maddy. Hogar, dulce hogar. Te doy la bienvenida.

Explotando de furia, Maddy se cruzó de brazos cuando llegaron

al pequeño edificio. Dexter retiró las llaves de la camioneta, salió, bajó su maleta y le abrió la puerta.

–No veo postes de teléfono –dijo ella.

–Porque no los hay.

–¡Pero tengo que llamar a gente! –abrió los ojos de par en par–. Al abuelo, al equipo de rugby…

–Te prestaré mi móvil. Solo tienes que pedirlo.

–No me hará falta. Porque no pienso bajarme –masculló ella testarudez.

–Yo creo que sí –sus ojos brillaron con malicia–. Aunque tenga que bajarte yo.

–¿Tú con qué ejército?

–Yo con mis bíceps. Venga, tengo que ir a trabajar.

Ella lo miró con ira. Podía obligarla a salir sin problemas, y no quería que la aplastara contra su pecho, ni sentirse impotente entre sus brazos. Tuvo miedo.

–¡No te atrevas a tocarme! –gritó.

–Venga –pinchó él–. Déjame que te saque de ahí. Seguro que los dos disfrutaríamos.

–¡Estoy muy enfadada! –clamó Maddy.

–Tienes unos ojos fabulosos –murmuró él–.Una auténtica tormenta. Me excitas, Maddy.

Ella reconoció el peligro. Estaban en un lugar aislado y él creía que estaba dispuesta a todo. Ya era hora de hacerlo cambiar de idea.

–Esperaba ser mimada –farfulló con enojo–. Vivir rodeada de lujo. ¿Qué es esto? ¿Una especie de prueba?

–¿Por qué no bajas y lo descubres por ti misma? ¿O prefieres que te agarre y…?

–¡No! –bajó a toda prisa y se justificó inmediatamente–. Arruinarías mi modelo y me rompería las uñas. Ya estoy abajo. Ahora explícame por qué voy a quedarme aquí, en vez de dedicarme a beber champán y a comer ostras –preguntó con expresión de superioridad.

–Por tu bien –la tranquilizó él–. Querías algo barato, aquí lo tienes.

–¿Fue esto lo que le dijiste a tu abuela anoche? ¿Por eso se quedó tan tranquila? Seguro que fue idea tuya. Le dijiste que me traerías a la Pocilga y le encantó, ¿no?

–Te aseguro que te hemos instalado aquí para tu propia comodidad.

–¿Comodidad? –rugió ella.

–La decisión se tomó hace tiempo. A nuestros abuelos les pareció una solución excelente.

–¡No entiendo por qué!

–Intimidad –dijo él, entre sexy y divertido.

–¿Para nosotros? –preguntó ella con un hilo de voz.

–Correcto –arrulló él–. Un sitio en el que estaremos a solas. Nuestros abuelos quieren nuestra unión, y esta casita es ideal; está lejos de todo. Además, no dispones de transporte. Es un nido de amor perfecto, ¿no crees?

Maddy mantuvo la calma. No se atrevería a tocarla si se oponía. Y había dicho varias veces que tenía que ir a trabajar, así que no tenía mucho tiempo para seducirla. Si cuando volviera, pretendía que alguien calmara sus músculos doloridos con un masaje sensual, se atrincheraría en su dormitorio. Se estremeció al imaginarse la escena. Dexter desnudo de cintura para arriba y sentado a sus pies. Ella, amasando su hombros, relajando su tensión. Él se daría la vuelta, la colocaría en su regazo y… Se pasó la lengua por los labios y desechó la escena que seguía.

–No tengo muchas opciones, ¿verdad? –dijo.

–Ninguna –sonrió él.

–Acuérdate de que no obtendrás nada de mí hasta que haya conseguido lo que quiero. Si pensabas que aislarme aquí derrumbaría mis defensas y haría lo que quisieras con tal de conseguir una cama decente y sábanas limpias, entonces…

Hizo una pausa e inspiró con fuerza. El silencio y la plácida belleza del entorno habían penetrado en su consciencia mientras hablaba. Oía el canto de los pájaros y veía mariposas revoloteando sobre la alfombra de flores del prado contiguo. Deseó poder revivir los momentos felices que había compartido allí con su padre.

Después insistiría en saber qué había ocurrido exactamente el día de octubre en el que Dexter y ella se convirtieron en huérfanos. Luego, volvería a casa. Más sabia e independiente que antes.

Quizá la falsa Maddy habría gritado de horror al encontrarse allí, y habría exigido un jacuzzi. Pero estaba harta de actuar y le apetecía estar sola.

Se enfrentó plácidamente a su sonrisa. Parecía convencido de que la persuadiría para que cediera a sus deseos. Que se entregaría a él por un poco de lujo. Pero estaba muy equivocado. Sería muy feliz en la casita.

–¿Entonces? –apuntó él con recelo.

–Dex –dijo ella con voz cálida–. No me asustas –caminó hacia la puerta–. De hecho, estoy encantada. Trae mis cosas, ¿quieres?

Serían una vacaciones fantásticas. Las primeras desde que era niña. Tendría tiempo para pensar y respirar, bellos lugares en los que pasear y la oportunidad de replantearse su vida.

–Gracias, Dexter –pensó para sí–. Esta vez, la que sale ganando

soy yo.

Capítulo 7

Tu equipaje –dijo él con tono inexpresivo. Su espalda llenaba el umbral, impidiendo el paso de la luz.

Maddy hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza y miró a su alrededor con placer. Era una habitación muy básica, pero el apartamento que compartía con su abuelo no era mucho mejor.

Era muy acogedora: había una chimenea, sillones cómodos y un sofá, una mesa y una cocina de leña instalada en una cocina sorprendentemente moderna. Se estiró, anticipando el placer de un poco de soledad. Él se iría muy pronto, y todo sería fantástico.

–Aún no hay electricidad ni agua caliente –dijo él.

–Hay un hervidor de agua –Maddy se sentía tan libre que eso le daba igual–. Puedo calentar agua en la cocina. Y puedo nadar en el río.

–Será difícil lavar ropa –añadió él, acercándose con ojos pensativos.

–¡Eres malvado, Dexter! –Maddy rio–. Si crees que me convencerás para que vaya a la Quinta para disfrutar de una lavadora, ¡estás muy equivocado! Me apañaré. Tengo en mente una recompensa mejor. ¡Tú!

Juguetona, le clavó un dedo en el pecho. Él, con una mueca de enfado, la agarró de la muñeca y la atrajo hacia sí. Maddy no estaba dispuesta a que adquiriese poder alguno sobre ella, y se resistió a la oleada de placer que sentía entre sus brazos.

–Creía que te horrorizaría –se quejó Dex, perplejo.

–¡Apuesto a que sí! –entreabrió los labios y soltó una carcajada–. No dejes que mi aspecto de cabeza hueca te engañe, Dex –se burló–. No me disuadirás. Sé lo que quiero obtener al final –Maddy pensó que lo que quería era librarse de esa estúpida boda, recabar información y volver a Inglaterra–. Hay demasiado en juego. Soy más dura de lo que crees.

–Ya lo veremos –murmuró él. Un momento después, tomó su rostro entre las manos y la obligó a mirarlo. Su boca parecía hambrienta. Maddy sintió que el miedo y la excitación recorrían su cuerpo y soltó un gemido.

–Tienes trabajo que hacer –le recordó.

–Sí –Dexter inclinó la cabeza. Ella fue incapaz de moverse, porque deseaba su beso, quería que esa boca firme y sensual poseyera la suya–. Maddy…

Ella cerró los ojos y alzó el rostro. Él bajó las manos y la atrajo hacia su cuerpo obligándola a sentirlo… todo. Una parte de su cerebro le dijo que lo que estaba haciendo era peligroso, pero

ignoró la advertencia. Se acomodó contra él, rodeó su cuello con los brazos y le acarició el cabello.

Sintió un roce cálido en los labios y gimió. De repente, se encontró clavada contra la pared. Abrió los ojos, enormes, grises y sorprendidos. Él la miraba con aire confuso pero, cuando sus ojos se encontraron, soltó una exclamación y, finalmente, la besó.

A Dexter le pareció cálida y dócil. Su boca se abrió bajo la suya, y sus gemidos lo alentaron. No había pretendido acabar así. Su plan era dejarla en la casita y decirle, triunfal, que no tenía ninguna posibilidad de casarse con él. Iría a recogerla cuatro días después y…

Su boca. Era cálida y húmeda. Lo estaba volviendo loco. Y su cuerpo perfecto se curvaba bajo él. Percibió un leve aroma… afrutado. Quería más. Necesitaba tocar su cuerpo, rodearla, acariciarla, invadirla.

Gruñó como un salvaje al sentir la curva de sus senos bajo los labios. Ella arqueó el cuerpo, animándolo a ir más lejos. Temblando, acarició su escote. Se pasó la lengua por los labios, sin aliento. De repente, recuperó el sentido común.

Tenía que salir indemne de allí. Ella se le había metido en la piel. Lo divertía, irritaba y le provocaba admiración. Se había insinuado en su mente y su inexistente vida sexual, y ya no sabía si iba o venía. Pero sin duda, lo mejor sería irse.

–El tiempo vuela –murmuró.

Ella se puso tensa y el hechizo se rompió. Forzando una mirada burlona, Dexter dio un paso atrás, y casi lo venció la expresión vulnerable y confusa de su rostro arrebolado.

Sin duda, era una gran actuación. Maddy sabía perfectamente lo que hacía. Su atractivo sexual era su mejor arma, y no le importaba utilizarla para atrapar a un marido rico. Ella alzó la barbilla y el desafío de sus ojos confirmó sus sospechas, al igual que su forma de sobreponerse al apasionado momento.

–Será mejor que te vayas, entonces.

–Hasta luego –hizo un gesto de despedida con la mano y se puso en marcha. No se detuvo hasta llegar a la camioneta porque no se fiaba de sí mismo.

Sentado ante el volante, tardó un momento en recuperar la normalidad. Después, airado consigo mismo por haberse dejado seducir por una cualquiera barata que exhibía sus encantos ante todo el mundo, arrancó. La casita se fue haciendo más y más pequeña, hasta que se convirtió en un punto blanco en la distancia.

Dijera ella lo que dijera, le resultaría muy dura la soledad. Sobre todo por la noche. Él no volvería a simular que la cortejaba. No se atrevía a susurrarle al oído ni a acariciar su piel. Su libido no podía

soportarlo.

Pensó que, si trabajaba hasta caerse estaría demasiado agotado para excitarse cuando volviera a verla. Le dirá que ahora que su abuela había visto la clase de mujer en la que se había convertido Maddy, podía olvidarse de la boda.

Después de eso, sentiría un gran placer haciéndole saber que la había estado engañando todo el tiempo, para darle una lección. Su boca se curvó con una mueca. ¡Eso sería muy satisfactorio!

Su móvil empezó a sonar. Las excavadoras habían llegado. Relegó a Maddy a un rincón de su mente y se dedicó a supervisar las zanjas que servirían para proteger las nuevas plantas del viento, a limpiar el resto del emplazamiento y decidir dónde pondrían los cimientos de las nuevas oficinas.

En pocos días, podrían empezar a nivelar el terreno y traer tierra nueva. Entonces tendría que abandonar la búsqueda de recuerdos entre las ruinas de la casa y permitir que nivelaran esa zona también.

Con la ayuda de focos y lamparilla, trabajaron hasta tarde. Prepararon un estofado de ternera, pero él estaba demasiado ocupado para comer. Dejaron de trabajar a las diez de la noche y se duchó con los hombres, disfrutando de sus bromas y envidiando la felicidad de sus rostros cuando hablaban de sus esposas e hijos.

Él había elegido la soledad a arriesgarse a sufrir de nuevo. Cuando volviera a su vida habitual estaría bien; era allí, rodeado de recuerdos, donde deseaba algo más, algo que llenara el vacío de su corazón.

Dexter odiaba la autocompasión. Cuanto antes pusiera la Quinta en funcionamiento, antes podría irse, y mejor estaría. Agotado, subió a la camioneta, oyendo aún el sonido de las excavadoras y el olor a humo invadiendo sus sentidos.

Desde lejos vio una luz en la casita y una espiral de humo que salía de la chimenea. Se le alegró el corazón, casi como si regresara a casa. Sabía que era un pensamiento ridículo, pues lo único que quería era derrumbarse en la cama.

Un súbito impulso de cautela hizo que aparcara al principio del camino y recorriera el resto andando. Era una noche clara, de cielo estrellado, y el aire parecía fresco y puro en comparación con el olor que rodeaba la granja. Aceleró el paso, pensando que en pocos minutos estaría durmiendo.

Se tensó al comprender que no era el sueño lo que lo hacía apresurarse, sino otra cosa. Solo tenía dos opciones: ignorar a Maddy, aunque le costara, o entregarse por completo a sus fantasías. La idea de hacerle el amor lo asombró por su intensidad. El corazón le dio un vuelco y su cuerpo sintió un cosquilleo.

Sabía que se engañaba al pensar que podría mantener las manos lejos de ella. Su cuerpo gritaba de deseo. Por primera vez en su vida, se sentía como si estuviera perdiendo el control. Se dijo que ella se merecía que la utilizara, pero un segundo después lo asombró su falta de ética. Era culpa de Maddy. Lo había incitado y atormentado hasta volverlo loco.

Se detuvo junto a la ventana abierta. Maddy estaba cantando una canción tradicional. Frunció el entrecejo e hizo una mueca irónica. Una mujer moderna como ella debería estar cantando una canción de Madonna, no algo tan dulce e inocente. Se estremeció al oír su voz pura y alegre. Supuso que se sentía feliz al pensar en su futuro matrimonio con un rico.

Miró por la ventana. Había ocurrido algo extraordinario. La habitación estaba irreconocible. Ordenada y reluciente. Los muebles habían cambiado de sitio.

Contuvo la respiración. Maddy, de espaldas a él, estaba fregando los cacharros. Un aroma de hierbas y especias flotaba en la casita y se oía el chisporrotear del fuego en la chimenea. Lo hogareño de la escena hizo que le diera vueltas la cabeza.

Y ella estaba allí, una mujer curvilínea y sexy que lo electrificaba. Llevaba un vestido de algodón muy sencillo. Era azul pastel, con cuello y mangas, y un largo muy decente. Cuando se dio la vuelta, secándose las manos en un paño de cocina, Dexter se escondió en la sombra, pero la observó ir hacia la cocina y poner el paño a secar.

No estaba maquillada. Se le aceleró el pulso; estaba confuso. Estaba bellísima y sonreía como si estar en medio de la nada, con las comodidades mínimas, la hiciera totalmente feliz.

–¿Por qué? ¿Por qué? Se preguntó si había estado actuando como una descarada para intentar cazar un marido rico y si en ese momento estaba viendo a la verdadera Maddy. O quizá ella hubiera decidido cambiar de táctica.

Él le había dejado muy claro que lo atraía sexualmente; quizá se sintiera vulnerable durmiendo con él en la casita y había tomado medidas para protegerse. Consideró esa teoría, intentando ponerse en su lugar. Su objetivo era mantenerlo a distancia hasta la noche de bodas. Como ya había conseguido interesarlo, ahora podía haber decidido comportarse como una mujer virtuosa e inocente.

Apretó los puños. No le habría extrañado que uno de esos ridículos libros de autoayuda recomendara esa opción. El autor de *Cómo cazar a un hombre*, probablemente lo sabía todo sobre los hombres que querían una prostituta en la cama, pero una virgen tímida en todos los demás sitios.

Maddy había estudiado esas tácticas y las estaba poniendo en

práctica. Seguramente había un capítulo en el que se recomendaba a las futuras esposas que negaran sus favores si querían ser irresistibles. Apretó los dientes. Maddy descubriría que en su libro faltaba un capítulo: el que explicaba cómo enfrentarse a los hombres que odiaban que los manipulasen.

Maldijo para sí. ¡Esa mujer lo obsesionaba! No sabía si era una sirena o un ángel. Tenía la intención de descubrir, de una vez por todas, qué tipo de persona era en realidad. Apretó los dientes y fue a la puerta. Estaba cerrada con llave. El canto se detuvo abruptamente.

–¡Maddy! –gritó con ira–. ¡Déjame entrar!

–¡Dexter! ¡No puedo! ¡Al abuelo no le gustaría! –replicó ella, desde detrás de la puerta.

–¡Abre! ¡Yo vivo aquí! –rugió con furia.

–¿Qué?

–¡Deja de jugar! ¡Has tenido que ver mi dormitorio! Te dije que la casita era para los dos. Déjame entrar. Ha sido un día muy largo y estoy agotado.

–Ni siquiera he deshecho la maleta, ¡no he mirado los dormitorios! –gritó ella–. He estado muy ocupada… Supuse que te referías a que vendrías de visita… ¡No puedes entrar, Dex! Vete al hotel, puedes permitírtelo.

–Eres una mentirosa, Maddy –masculló entre dientes–. Sabías que volvería. Y ya es hora de que recibas tu merecido –en silencio, fue hacia la ventana y entró de un salto.

La reacción de Maddy al verlo lo horrorizó. Con los ojos abiertos de par en par, y muy asustada, se aplastó contra la puerta.

–¡Por favor! –suplicó con terror–. No… no me hagas daño.

–Soy yo, Dex –cortó el–. No un violador.

–Pero… –ella tragó saliva–. Entraste de un salto, tan enfadado… –su voz se apagó.

–Te lo dije. Vivo aquí, y nadie va a impedirme que entre, tú menos que nadie –dejó caer la bolsa con su ropa sucia en el suelo. Con los ojos fríos como el hielo, continuó–. Estoy agotado, y sin ganas de discutir. Voy a dormir aquí.

–Oh, cielos –musitó ella.

Desconcertado, Dexter fue hacia la zona de la cocina. Nerviosa, ella se tapó la boca con la mano. Parecía vulnerable y era preciosa. Él sintió fuego en las venas y se le secó la garganta. Con ese sencillo vestido camisero y la cara limpia, estaba más deseable de lo que podía soportar.

–Busco algo de comer, no sexo –mintió él.

–Oh. Perdón. Me asusté. Olvidé que tenías una amante.

–¿Qué? –preguntó él irritado, sin entenderla.

–El reloj. Una amiga rica te lo regaló –le recordó con nerviosismo.

–No sé por qué te dije eso –farfulló él–. Lo compré yo. Me refería a la dependienta cuando dije que había una mujer implicada. ¡Ojalá no hubiera actuado así, no es mi estilo! –agarró dos panecillos y algo de queso, los puso en un plato y fue hacia la mesa.

–¿No tienes una amante?

–No hay ninguna mujer en mi vida –gruñó él–. Ahora, si no te importa, estoy cansado. Deja de actuar como si fueras la Inquisición.

–¿Has estado trabajando hasta ahora? –preguntó ella con incertidumbre, relajándose un poco. Cuando asintió y dejó caer los hombros, mirando el queso sin interés, ella fue hacia la despensa–. En ese caso, necesitas una buena comida. ¿Cuándo comiste por última vez?

Él frunció el entrecejo, preguntándose si estaba practicando el papel de «ángel de la cocina». ¿Quizá el capítulo diez?

–Los hombres prepararon estofado. Comimos eso y unas salchichas a mediodía.

–¿Nada desde entonces? –tenía los ojos suaves, abiertos y preocupados–. Debes de estar muy hambriento –ella le dio la espalda y él, irritado, deseó acariciar sus curvas–. Hay un filete, lo haré a la parrilla. Y también unas patatas salteadas. ¿Qué te parece?

Él parpadeó, no le funcionaba el cerebro. No sabía si era por cansancio o por su deseo de sexo. Pero le daba igual mientras pudiera regalarse los ojos mirándola.

–Sí. Gracias –se aclaró la garganta y observó cómo se ponía un delantal e iba hacia el fregadero. Se dijo que el libro funcionaba de maravilla–. Hace un momento no querías que entrara, ahora te comportas como el ama de casa perfecta. ¿Qué te pasa? –dijo él, intentando hacerla confesar.

–Estoy siendo práctica. Has entrado. Harían falta varios hombres para sacarte de aquí, y no tengo ninguno a mano. Así que más me vale darte de comer –lo miró por encima del hombro–. Pareces agotado. Además, una mujer tiene que cuidar de su hombre, ¿no?

Era tal y como él había creído. No se preocupaba de verdad, solo estaba interpretando el maldito libro.

–¿Y qué más me vas a dar? –le preguntó burlón.

–Melocotones –dijo ella, con cara de saber lo que había querido sugerir–. He recogido algunos antes.

Él gruñó. Recoger melocotones era algo muy doméstico. Estaba claro que tenía un plan perfecto para agradarle; decidió darle rienda suelta y dejarle creer que lo estaba impresionando. Destruir sus esperanzas después sería aún más satisfactorio.

–¿Qué más has hecho hoy?

–He explorado –replicó ella con placer. Sonrió vagamente y el cuchillo con el que cortaba las patatas se detuvo en el aire.

–Cuéntamelo. Vamos a jugar –sugirió él con voz grave–. Vuelvo a casa después de un largo día de trabajo y tú me cuentas lo que has hecho mientras yo me relajo.

Le dio la impresión de que Maddy se estremecía, pero también podía estar conteniendo la risa, divertida por lo fácil que le resultaba manipularlo.

–Vale. Como quieras. Veamos… Cuando te fuiste, dejé mis cosas y me puse algo más adecuado para pasear –dijo ella, la viva imagen de la esposa perfecta.

–¿Descalza, como estás ahora? –preguntó él, fascinado por sus diminutos pies, sus dedos rosados y la curva perfecta de su empeine que se imaginaba besando…

–No –dijo ella, como si adivinara su pensamiento.

La atmósfera se había enrarecido. Había electricidad en el aire, una corriente casi tangible que debilitaba su fuerza de voluntad. Debía de ser la luz de las lámparas de aceite. Era romántica y cálida, y suavizaba los delicados rasgos del rostro de Maddy.

–Me puse zapatillas deportivas –aclaró ella– Y una camisa vieja y vaqueros.

–¿Por qué no los llevas ahora? –preguntó él.

Se dijo que era un tonto. Sus ojos se volvieron fríos y sardónicos. Sabía perfectamente la respuesta. Un vestido azul pastel resultaba más femenino y virginal.

–¡Me manché de barro!

Dexter se imaginó rebozándose en el barro con ella. El cansancio estaba haciendo que su imaginación se desbordara. Se le pasaría cuando durmiera un rato.

¿Cómo? –preguntó, simulando que el tema lo aburría.

–Estaba investigando los juncos que hay junto al río y resbalé –explicó ella con una sonrisa–. Tuve que poner varios litros de agua a hervir para lavar la ropa y tenderla afuera. Vi que había comida en la despensa, así que preparé un bocadillo de jamón, queso y lechuga, chocolate y una botella de agua y los metí en mi bolso. Luego, fui por el sendero hasta el puente grande.

–¡Eso está a siete kilómetros de aquí!

–Ya lo sé. Espera un momento.

Él la observó ensimismado. Sacando la punta de la lengua, echó las patatas en la sartén y puso el filete en la parrilla. Volvió a ocultar la lengua y Dexter respiró de nuevo.

–No me di cuenta de lo lejos que había ido. Estaba demasiado ocupada disfrutando del paisaje y recordando.

–¿Recordando qué? –preguntó él con un nudo en el estómago.

–Pasear con mi padre –ella se apoyó en el fregadero con los ojos nublados–. Sacudir los pinos con cañas de bambú para recoger piñones. Recolectar lavanda… –se olió las manos y él supo que había estado aplastando lavanda con los dedos. Resistió, con dificultad, el deseo de acercarse a olerlas el también.

–Recordé cómo recogíamos higos y almendras, aceitunas y melocotones. Los narcisos amarillos que cubren las laderas de las colinas. El color canela de los alcornoques después de arrancar su corteza. Recordé las flores y las orquídeas y los almendros en flor. Escuché el gorgoteo del río y el zumbido de las abejas, y me encantó descubrir que aún reconocía a docenas de pájaros por su canto. En la distancia se oía el ruido de unas máquinas; supongo que deben de estar construyendo casas. Me sentí privilegiada por estar aquí, lejos de todo.

Su voz se apagó y ella parpadeó, comprendiendo que había ido demasiado lejos. Sonrojada, se volvió hacia el filete; había descubierto demasiadas cosas de sí misma.

–Y después, ¿qué? –se limitó a decir él. Tenía la voz ronca y ella se preguntó si había pasado todo el día fumando.

–Volví aquí. Fregué la cocina, limpié la estufa y la encendí, igual que la chimenea, para calentar la casa un poco –siguió ella–. Luego, me hice la cena y me senté afuera a mirar las estrellas. Hacía mucho que no disfrutaba de una noche tan clara. En Londres hay demasiada luz para ver las estrellas –su expresión se suavizó–. Todo estaba muy tranquilo y el tiempo pasó muy rápido. Cuando sentí frío, entre a leer un rato.

–¿Verídico o ficción? –preguntó él con tono ligeramente cortante.

–¿Te refieres al libro o a lo que acabo de contarte?

–Al libro, claro. ¿Por qué razón ibas a mentirme? –preguntó él con inocencia exagerada.

–Precisamente –replicó ella–. Es ficción. Una saga familiar –señaló un libro de bolsillo y él le echó una ojeada a la cubierta.

–¡Familias! –exclamó con desdén. Dex se puso en pie, sacó una cerveza de la nevera de gas y ella siguió preparando la comida en silencio.

Maddy esbozó una sonrisa, preguntándose si la vida de casada sería así.

–¿Qué es lo que te hace gracia? –inquirió él, sin darse la vuelta.

–¿Cómo has sabido que estaba sonriendo? –preguntó ella con asombro.

–Por tu respiración –replicó él.

–Oh –deseó que él achacara su rubor al calor de la cocina. Era

desconcertante que la conociera tan bien–. Estaba pensando en estar casada –le dijo, ausente. Dexter gruñó y ella recordó que iba a pasar la noche allí–. Ya está la comida. Siéntate.

–Gracias. Siéntate conmigo. Tenemos que hablar de algunas cosas.

Intrigada, se sentó frente a él. Al principio, Dex jugueteó con la comida, pero tras un par de bocados comenzó a comer con entusiasmo.

–Está muy bueno. No me había dado cuenta del hambre que tenía. Por lo visto has disfrutado mucho del día, ¿no?

–Sí, muchísimo.

–Supongo que esto es muy distinto a Clapham.

–Por completo –rio Maddy.

Sin previo aviso, él capturó su mano, le dio la vuelta y exploró la piel áspera del dorso con los dedos.

–Haces muchas tareas domésticas –comentó–. ¿Es ese tu trabajo?

–No –Maddy se ruborizó–. Trabajaba en una residencia para niños hasta que la cerraron, poco antes de venir aquí.

Él le soltó la mano, se recostó en la silla y la estudió cuidadosamente.

–Una residencia para niños –frunció los labios, pinchó una patata y se la llevó a la boca–. Vaya, vaya. Háblame de eso –pidió, casi retándola–. ¿Cómo es?

–No hay mucho que decir…

–Inténtalo. Me interesa –insistió él con sorna, como si no la creyera en absoluto.

–De acuerdo –aceptó ella con enfado, cruzándose de brazos–. Había todo tipo de niños. Huérfanos, delincuentes, de acogida temporal mientras su padres estaban en la cárcel o en el hospital, en custodia por malos tratos… Yo trabajaba con los pequeños. Intentaba darles amor, estabilidad y un poco de respeto por sí mismos –vio su rostro dubitativo y siguió hablando con pasión–. Adoraba a esos niños, Dex. Lo pasábamos muy bien. No me avergüenza decir que lloré cuando los trasladaron a otras residencias y cerraron la nuestra.

–Lloraste porque habías perdido tu trabajo –él estrechó los ojos y la miró con asombro.

–No, lloré porque sabía que los echaría mucho de menos –corrigió ella, sonrojándose ante el insulto.

–Hum… –Dexter no se convenció, había hablado en general y cualquiera podría describir una residencia en esos términos–. Cuidar niños no se parece en nada a bailar la danza del vientre –observó con cinismo.

–En nada –accedió ella con una sonrisa.

–Eso no explica el estado de tus manos –insistió él, intentando aclarar el misterio de su doble personalidad.

–Cuido de mi abuelo –Maddy se miró las ásperas manos–. Es muy exigente. Espera que el apartamento esté reluciente. Así fue como perdí peso. Desde el momento en que llegamos a Inglaterra, me ocupé del apartamento, mientras él intentaba iniciar un negocio.

–¿A los once años? –preguntó él incrédulo–. ¡Eras una niña! ¿Qué tipo de vida es esa para un criatura?

–Tiene su parte positiva. Tonificó mis músculos una barbaridad –dijo ella–. Algunas personas pagan dinero a un entrenador personal. ¡Deberían intentar cargar con la compra, pasar la aspiradora y fregar sin descanso para mantenerse en forma! –rio Maddy.

Él la miró anonadado; le resultaba difícil imaginarse una vida tan dura. Pero conocía la opinión del viejo Cook sobre el papel de las mujeres. Era un hombre vil. Se le oscurecieron los ojos. Conociendo a Cook, le parecía improbable que hubiera consolado a Maddy tras la muerte de sus padres. Y la pobre niña había idolatrado a su padre. Casi sintió lástima.

–No debería haberte convertido en una sirvienta. Tenías tus derechos. Un niño necesita sentirse seguro y querido –declaró con pasión. Al ver su mirada de asombro, siguió–. Apenas tendrías tiempo para tus amigos.

–El abuelo me necesitaba, era incapaz de ocuparse de la casa –encogió los hombros–. Y lo pasó muy mal cuando perdió el negocio, así que hice cuanto pude. Pero tengo amigos. No los veo a menudo, pero son incondicionales y puedo confiar en ellos.

Dex recordó a la niña nerviosa que había conocido. Debió de echar mucho de menos a sus padres cuando se encontró en un diminuto apartamento en Inglaterra, en vez de en la elegante y espaciosa Quinta. Debió de ser terrible. Se preguntó cómo había pasado los años de adolescencia. La miró y deseó saberlo todo sobre ella.

–Supongo que las cosas cambiarían cuando empezaste a trabajar y a salir con chicos.

–¡Que va! –exclamó ella–. Alguien tenía que ocuparse de las tareas –ladeó la cabeza, como si no estuviera segura de contarle algo–. Pero tampoco conocí a muchos jóvenes en mi trabajo. Eran todos trabajadores sociales agotados y médicos con estrés.

Dexter pensó que debía de estar mintiendo. Las artes de la seducción no se aprendían quedándose en casa fregando suelos. Y ella era una experta.

–No me creo que los hombres no se sintieran atraídos por ti –dijo, molesto al imaginarse a Maddy practicando su artes

indiscriminadamente.

–Salía de vez en cuando –murmuró ella–. Pero dedicaba la mayor parte del tiempo a cuidar del abuelo.

–¿Sigues ocupándote de él? ¿Lavas, friegas y haces la compra?

–Claro. Es demasiado mayor para cambiar y, además, ahora está enfermo –dijo ella–. Ya no tengo trabajo, así que tengo que esforzarme. No sabes lo que es ser pobre –comentó con vehemencia–. Nunca se te ha encogido el estómago al ver que no tenías dinero, ni rebuscado en todos los bolsillos buscando cambio para comprar unas patatas y hacer algo de comer –sus ojos destellaron–. Nunca has tenido que suplicarle al casero que te dejara pagar el alquiler una semana más tarde, ni dejar cosas en el cajero del supermercado porque no te llega para pagar la factura.

Se hizo un silencio y él llegó a la conclusión de que eso, al menos debía de ser verdad. Ella, enfadada, se puso en pie, tomó un cazo de agua hirviendo de la cocina y empezó a fregar los cacharros.

Dexter había comprendido muchas cosas en esos minutos. Estaba harta de pobreza, y por eso quería aprovechar la oportunidad de ser rica. Por un lado sintió lástima por esa niña que no había conocido la libertad de la infancia, ni la rebeldía de la adolescencia. Por otro sintió furia contra Cook, que había utilizado egoístamente a su nieta para facilitar su propia vida y seguía haciéndolo ahora que era un anciano.

Pero eso no cambiaba la situación. El matrimonio era impensable. Nadie podía reemplazar a Luisa. Nunca volvería a amar así. Aunque entendía la desesperación de Maddy por ser rica, solo sentía desprecio por la gente que ponía las necesidades materiales por encima del amor y la integridad personal.

Sintió cierto remordimiento de conciencia. Cuando le dijera que no habría boda, ella sufriría una amarga decepción. Había apostado muy alto y tendría que regresar a casa tan pobre como antes. Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en la vida que lo esperaba allí; intentó convencerse de que ella era tan egoísta como el viejo Cook, pues había estado dispuesta a utilizarlo para conseguir su objetivo.

Aun así, no pudo evitar acercarse a ella, rodearla con sus brazos y sujetarla con fuerza.

–Lo siento –dijo–. Lamento que hayas tenido una vida tan dura.

La espalda de Maddy se puso rígida como una tabla contra su pecho y vio que le temblaban las manos. Sin pensarlo, la abrazó aún más fuerte.

–No es para tanto. Podría haber sido peor. ¡No me estaba quejando! –protestó ella, frotando el cazo con tanta fuerza que la

espuma les salpicó a los dos.

–Deja eso –le pidió, sintiendo un intenso deseo de cuidarla.

–¡No! –gritó ella apartándole con un codo–. No sé por qué he dicho eso. El abuelo y yo hemos hecho lo que hemos podido. Los dos tenemos puntos fuertes y puntos débiles –dijo con lealtad–. Yo soy joven y tengo energía; el es viejo y está enfermo. Así son las cosas. No me quejo de mi vida.

–¡Vale, vale! –él alzó los brazos, rindiéndose–. Pero aun así, quieres cambiar tu vida.

–Sí. Es cierto –aseveró ella–. Y lo haré.

–¿En serio? –Dexter apretó los labios. Mental y emocionalmente le retiró su compasión. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por dinero.

Ella lo miró con solemnidad. Cambiaría su vida. Seguiría ocupándose de la casa, pero también disfrutaría. Ahora que había revelado su auténtica personalidad, una cenicienta con manos de fregona, no tenía nada que perder. Podía descubrir lo que deseaba saber y escapar de allí.

–No… no te has comido los melocotones –dijo con voz temblorosa, pensando que pronto se separarían y no volvería a verlo nunca. Quería quedarse, deseaba sentir sus brazos rodeándola, su boca en los labios…

Sus ojos se encontraron y fue como si saltara una chispa entre ellos. Los ojos de él parecían brillar como alquitrán derretido y la miraban con añoranza; no simplemente lujuria. Maddy consiguió ponerse en pie y fue hacia el aparador. Tomó un plato y un cuchillo y los puso en la mesa, ante él.

Dexter alzó el melocotón e inhaló el aroma dulce y cálido del sol que había dorado esa fina piel. Cerró los ojos y sus dientes blancos se hundieron lentamente en la carne madura. Después, abrió los ojos y miró a Maddy, mientras seguía comiendo.

A ella le pareció lo más erótico que había visto nunca. Se estremeció, pensando que si no se iba de allí en uno o dos días, la hechizaría.

–Dexter –musitó–. Quiero preguntarte algo muy importante y me gustaría que me contestaras.

–Pregunta. Quizá no te agrade la respuesta –replicó él. El deseo de sus ojos se transformó en cautela.

–Ya. Pero necesito saberlo –se pasó la lengua por los labios–. ¿Qué ocurrió realmente entre nuestros padres? El abuelo se niega a contármelo…

–Esta noche no –interrumpió Dexter, con expresión tormentosa y oscura–. Me voy a la cama.

Ella lo miró con decepción, pero era obvio que estaba agotado.

Contuvo su impaciencia. Quizá hablaran al día siguiente.

–Estás cansado. Lo siento –dijo contrita. Se puso en pie–. ¿Quieres algo más? ¿Un coñac o cacao caliente?

Él escrutó lentamente su rostro ansioso por ayudar. Esbozó una sonrisa triste y asintió con la cabeza.

–Cacao caliente. Gracias –aceptó.

Contenta de ser útil, fue a por la leche. De reojo, vio a Dexter sacar la ropa sucia de la bolsa y meterla mecánicamente en la cesta que había junto a la puerta.

–Te ensucias mucho en tu trabajo.

–Sí –se pasó la mano por el cabello y se dirigió hacia la puerta que llevaba a los dormitorios.

–Pero deberías ser un ejecutivo, por lo menos…

–Mmm –giró el pomo con esfuerzo.

–Entonces, ¿por qué…?

Se oyó un portazo. Maddy se dio la vuelta y vio que había cerrado tras él. Pensó que los Fitzgerald le estaban ocultando algo. Preparó el cacao y lo siguió, con la intención de resolver el misterio. Quizá se habían arruinado. Quizá la cena había sido un montaje para que sus amigos no supieran que la Quinta se había hundido y que Dexter tenía que trabajar como un obrero más.

Necesitaba saberlo; si era así, a su abuelo lo alegraría que no se casara con Dex.

En el estrecho pasillo había dos puertas. La primera estaba cerrada, la segunda abierta, pero era una habitación demasiado femenina para pertenecer a Dex. Llamó a la primera.

–¿Dex? –llamó al no oír respuesta. Pensó que quizá estuviera en el baño. Entreabrió la puerta con cautela. Estaba tirado sobre una enorme cama doble, totalmente vestido. Parecía profundamente dormido. Sonrió y entró. Dejó el cacao en la mesilla y se agachó para quitarle las botas.

Era guapísimo. Su cabello, oscuro y revuelto, contrastaba con el blanco de la almohada. Sus espesas pestañas descansaban sobre las mejillas, y el sueño había suavizado su boca masculina con una sonrisa.

Incapaz de evitarlo, se acercó y le acarició el rostro. En cualquier otro momento, lugar o situación, se habría enamorado de él. Con locura. Confusa y agitada por su atracción, recuperó la taza y salió del dormitorio.

Vació el cacao en el fregadero. Tenía un nudo en la garganta. No quería regresar a casa con su abuelo. No quería seguir estando soltera.

–¡Estúpida! –se reprochó–. Ahora te gusta la idea de casarte con el maldito hombre.

Era muy irónico, cuando había luchado con garras y dientes para evitar convertirse en la señora Fitzgerald. Supuso que su reloj biológico se había acelerado. Pero una mujer que no podía tener hijos no servía como esposa. Quizá hubiera muchos hombres a los que no les gustaban los niños, pero muy pocos odiaban la idea de reproducir sus genes. Tener hijos era un instinto natural y Dex deseaba un heredero.

Bloqueó sus sentimientos, apagó la lámparas y llevó su maleta al dormitorio. Miró la cama individual y deseó poder acurrucarse junto a Dex en la cama doble. Molesta, se preparó para acostarse en su cama fría y virginal. Aunque se repetía que él solo la consideraba un objeto sexual, y se había interesado por ella al considerarla una vampiresa, sus emociones lo negaban.

A él no le interesaría la Maddy Cook real. Quería camisetas de tubo y tatuajes de serpientes, caderas sinuosas, miradas de adoración y aleteo de pestañas. Era un frívolo. Nada más.

Si quería salvaguardar sus emociones, tenía que mantener las distancias.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, sacó una blusa descarada y la dejó caer con disgusto. Había disfrutado volviendo a ser ella misma. No estaba dispuesta a disfrazarse de nuevo.

Se puso unos pantalones cortos y una camiseta y fue hacia la cocina. La puerta del dormitorio de Dexter estaba abierta y no pudo resistirse a echar una ojeada. La cama estaba perfectamente hecha y la habitación vacía.

Tomó aire y fue al salón. La desilusión que sintió al comprobar que no había nadie resultó muy reveladora.

–Has perdido la cabeza, estúpida –mascculló para sí resentida. Se preparó un café para ponerse en marcha. Mientras bebía, tomó una decisión. Le confesaría a Dex lo que había pretendido, obtendría la información sobre sus padres y se iría de allí antes de empezar a sufrir.

Había llegado el momento de enfrentarse a su abuelo; amablemente pero con firmeza. Tenía que planificar su futuro. Debía demostrarle a su abuelo que, aunque era cariñosa y amable, también era fuerte y capaz de pensar por sí misma.

Llenó su mochila de comida, como el día anterior, y puso rumbo a la Quinta. Iba a ser un largo paseo bajo el sol, pero podía hacerlo. Se sentía mejor al saber que ya no tendría que disimular más.

Estaba deseando ver la granja de nuevo. Se imaginó lo que vería cuando superara la colina que la ocultaba. Vería la enorme Quinta, en el centro del valle, con sus muros blancos y sus jardines rebosantes de color.

Aceleró el paso, excitada. Vería prados llenos de flores y mariposas. En el vivero, hileras e hileras de tiestos enormes con palmeras, plátanos y todas las plantas exóticas que los residentes del Algarve apreciaban. Las colinas estarían cuajadas de pinos, eucaliptos y alcornoques. Y también vería el huerto, con sus naranjos, limoneros, melocotoneros…

Sus ojos brillaban cuando se detuvo a descansar. Había adorado vivir allí, y lo había olvidado con la desesperación de sobrevivir día a día en Inglaterra.

Pero su entusiasmo se enfrió un poco al darse cuenta de que quizá ese día viera a Dexter por última vez. Se le encogió el estómago al pensarlo.

A él le estaba costando mucho concentrarse en el trabajo. Su mente no hacía más que ver imágenes. La más atractiva era el

rostro preocupado de Maddy la noche anterior, cuando él no pudo ocultarle su agotamiento ni un segundo más.

Pensó, irritado, que ella solo había estado asumiendo el papel de ángel. Había disfrutado con su ternura, pero solo porque estaba agotado y necesitaba que lo mimaran. Era un estúpido. Apretó el bolígrafo contra el papel, con furia.

Por táctica o por accidente, ella había tirado de los hilos correctos, provocando su compasión hablándole de su infancia perdida. No tenía ni idea de si había sido sincera o no. Conociéndola, suponía que no.

Fue hacia el camión y comenzó a descargar losas, para demostrarse que no se había ablandado. Siguió rememorando los acontecimientos de la tarde: la mirada absorta de Maddy y la dulzura de su rostro cuando describía lo que había hecho durante el día. Probablemente había exagerado, para engatusarlo.

Si era así, lo había conseguido. Había recuperado imágenes del pasado que llevaba años intentando olvidar. Era obvio que ella recordaba la Quinta con afecto, para su sorpresa, había descubierto que a él le ocurría lo mismo.

Se detuvo para limpiarse el sudor de la frente y miró a su alrededor. La tierra, quemada y estéril, provocó una mueca de dolor. Por primera vez, admitió el dolor que le había causado la destrucción de la granja. Su intención había sido mantenerse emocionalmente distante. Hacer el trabajo que le pedían y volver a marcharse, con el corazón impertérrito. Así hubiera sido más fácil; si no sentía, tampoco sufriría.

Pero Maddy lo había obligado a escuchar sus embelesada descripción y sentía el dolor como si hubieran rasgado su cuerpo en dos. Llevaba años intentando convencerse de que esa tierra no tenía importancia para él. En realidad, llevaba protegiéndose a sí mismo desde que tuvo que escapar de la lengua viperina de su abuela; y del remordimiento que sentía por su participación en la muerte de los padres de Maddy y los suyos.

Había creado una vida para sí que excluía el lugar que amaba en secreto. Se había mantenido muy ocupado, como Maddy, pero no por necesidad, si no para no pensar en que deseaba regresar a Portugal. Si volvía, tendría que rememorar el accidente que había cambiado su vida, y no se sentía capaz de hacerlo aún.

A pesar de todo, cuando miraba la tierra yerta, no podía dejar de pensar que el padre de Maddy y su propia madre, que sentían pasión por la Quinta, habrían sufrido al ver su destrucción.

Las dos familias habían trabajado mucho para convertir la antigua casa arruinada en una hacienda esplendorosa. Pero quienes realmente amaban la granja y conocían cada piedra y viga habían

sido Jim Cook y su madre.

Ellos eran quienes les habían enseñado a Maddy y a él a identificar los insectos los pájaros y las plantas que colonizaban la fértil tierra de la Quinta. Y eso lo había satisfecho emocionalmente. Además, había contado con el amor de su madre, de su abuelo y de Jim Cook, todos los cuales apreciaban la horticultura tanto como él Para todos ellos, cuidar de las plantas había sido un escape, un bálsamo para el alma.

Quizá hubiera sido el recuerdo de aquellos tiempos felices lo que lo había ablandado y hecho susceptible a las tretas femeninas de Maddy. Soltó una maldición, se despreciaba por no poder controlar su excitación sexual cada vez que la veía.

Luisa había muerto hacía tres años, y desde entonces había evitado a las mujeres. Una parte de sí había muerto con ella y supo que se convertiría en un ser frío y distante para protegerse, igual que había hecho de niño.

Pero la destrucción de la Quinta había debilitado su coraza; Maddy había derrumbado sus defensas por completo. Le tembló la mano. La noche anterior, mientras se comía el melocotón, había anhelado tomar a Maddy en sus brazos, besar sus suaves labios y sentir el calor de un cuerpo femenino bajo el suyo. Volver a sentir el éxtasis del placer.

Se le aceleró la respiración y tuvo que dejar de trabajar un momento. Sabía que era un gran error sentir eso por una mujer tan materialista y superficial. El ángel doméstico que había vislumbrado la noche anterior solo era un espejismo. Ella no era así, por mucho que él lo deseara.

Comprendió que echaba en falta a Luisa más de lo que había supuesto. En realidad, inconscientemente, buscaba a alguien que la reemplazara. Y nadie podría hacerlo. Había sido dulce, amable y sincera. Solo mirarla le alegraba el corazón. Su rostro…

Sus músculos se tensaron cuando se dio cuenta de que no podía recordar su rostro. Otro rostro, otro cuerpo, invadía su mente. Una mujer con ojos plateados y brillantes, cuya sonrisa lo llamaba y hechizaba como el canto de una sirena. Una mujer que lo llevaba de la risa a la ira en cuestión de segundos: Maddy.

Sin embargo, no le llegaba a Luisa a la altura de los zapatos. Sus ojos se nublaron y se le hizo un nudo en la garganta. Luisa, su esposa adorada, había sido reemplazada por una mujerzuela. ¡No debía ensuciar así la memoria de su difunta esposa!

–¡Es una cazafortunas sin escrúpulos! ¡No lo olvides, idiota! –masculló entre dientes.

Airado, dejó caer una losa al suelo, y se rompió. Le dio una patada y se preguntó qué habría sucedido si ella no hubiera sacado

a colación el accidente de sus padres. El intenso deseo que sentía por ella se había desvanecido en el aire, caída libre.

–Jefe, ¿está bien?

–¿Tú que diablos crees? –le gritó a Manuel, su capataz. Inmediatamente hizo un gesto con la mano–. Perdona, Manuel. Lo siento. Eso no venía a cuento.

–Son malos tiempos, jefe –excusó él, comprensivo–. Todos lo pasamos mal. Tú… –puso una mano en el brazo de Dex–. Siento tener que decírtelo. Es la última oportunidad de buscar en la casa. Las excavadoras empezarán dentro de cuatro horas.

–De acuerdo. No llames a nadie, prefiero hacerlo solo –dijo Dexter, sintiendo una opresión en el pecho. Caminó hacia las ruinas con decisión. Era el último adiós. Pronto no quedaría rastro de sus recuerdos, de los buenos ni de los malos.

Los dos abuelos, cada vez más enfrentados por su diferencia de opinión, peleando como caballos salvajes, mientras Maddy y él intentaban evitar su ira. La felicidad que había sentido trabajando en el vivero, ayudando a Jim Cook y, qué ironía, lo mucho que había deseado en aquella época que fuera su padre. El rostro pálido y triste de su madre el día que le dio un beso, envolvió con su cabello suave y fragante, lo abrazó y le dijo adiós. Él tenía quince años y no había sabido que sería un adiós definitivo. No sabía que huía de su dominante esposo para fugarse con Jim Cook. Ni tampoco que no volvería a verla viva.

Sintió un profundo e intenso dolor. Se puso unos guantes de trabajo y se agachó para rebuscar en el caos que quedaba de lo que había sido su hogar.

Maddy coronó la colina por fin. Se quedó paralizada de horror. Se le doblaron las piernas y se dejó caer en la hierba, con las manos en el pecho, incapaz de respirar.

–¡No! –sollozó, intentando negar la realidad–.¡No!

Intentó absorber la desoladora escena. Obviamente, un incendio forestal había devastado la finca, deteniéndose al pie de la colina en la que se encontraba. Abajo se veía una enorme zanja que debían de haber cavado como rompefuegos. Había salvado la zona oeste, pero no la parte fundamental de la finca.

Temblorosa, agarró un puñado de hierba, buscando apoyo. Estaba rodeada de verde esmeralda, pero abajo solo había desolación. Al principio le pareció que todo era negro, después empezó a distinguir montones de cenizas grises que debieron de ser plantas. Había hombres con monos de color naranja trabajando en la explanada en la que un día había estado la Quinta. Se tapó la

boca con horror; la preciosa casa había desaparecido.

Todo lo que recordaba con tanto amor y cariño era una ruina. Lo que la Quinta había representado, los momentos felices con su padre, su amor por la tierra, había sido arrasado; supo que parte de ella también. Soltó un grito desde lo más profundo de su alma.

–¡Oh, Dex!

No era extraño que hubiera estado preocupado y frío. Que fuera incapaz de tratar bien a su futura esposa. Se tapó los ojos con tristeza, suponiendo que él estaba allí, trabajando para limpiar la tierra. Su corazón fue con él. Por mucho que a ella le doliera la terrible escena, para Dexter debía de ser diez veces peor. Ella sentía cariño por la Quinta, pero para Dex era la vida misma.

Las lágrimas surcaron su mejillas. Tenía que encontrarlo, decirle cuánto lo sentía, que entendía su dolor. Sollozando y deseando consolarlo, corrió colina abajo, hacia la negra desolación.

Él sol brillaba impenitente. Dexter sentía un vacío en el pecho. Llevaba trabajando alrededor de una hora, rebuscando sin descanso en las ruinas carbonizadas. Era una tarea inútil, no había nada recuperable. Buscaba algo que nunca encontraría: amor, paz, ternura.

Maldijo a Maddy por haber conseguido que sus emociones resurgieran. Le había hecho anhelar algo que nunca volvería a tener.

–¡Dex!

Él dio un respingo al oír el grito. Se levantó de un salto, furioso porque se atreviera a invadir su espacio en un momento tan personal e íntimo para él.

–¿Qué diablos haces aquí? –rugió.

Por un momento, ella creyó que iba a golpearla. Tenía los puños cerrados y el cuerpo tenso y amenazador. Temblorosa tras la larga caminata y el disgusto, perdió pie. Cayó sobre el suelo e hizo una mueca al oír el horrible crujido de la madera y las plantas carbonizadas pulverizarse bajo su peso.

Se sacudió un poco y, tiznada como un deshollinador, se puso lentamente en pie. Entonces lo vio claramente. Estaba gris de desesperación y sus ojos negros destellaban de ira por lo sucedido con la Quinta.

–¡Oh, Dex! –susurró ella, desconsolada.

El rostro de él se derrumbó como si su dolor fuera insoportable. Después se dio la vuelta, ocultando su dolor, y dio una patada a una viga carbonizada.

Maddy cerró los ojos, no podía soportar verlo tan triste. Quería

ayudarlo, conseguir que todo volviera a ser como antes. Era imposible. Se sintió impotente y las lágrimas volvieron a surcar su rostro.

–¡Dex! –sollozó–. Lo siento mucho. Es horrible. No estaba preparada para esto. ¿Hubo alguna víctima?

–¡No!

Ella dio un respingo ante su brusquedad. La antigua Maddy se habría ido corriendo, con el rabo entre las piernas. Pero ya no era así; necesitaba saber qué había ocurrido. Con demasiada frecuencia se callaba sus preguntas, sabía que eso solo le provocaba una incertidumbre que la carcomía y le quitaba el sueño.

Decidió enfrentarse a la figura airada y hostil y se acercó, sorteando los montones de escombros.

–No lo entiendo –dijo–. La casa era de piedra, pero apenas queda nada…

–Es porque también era de madera –gruñó él, exasperado–. El tejado, los suelos, las puertas y dinteles. Se quemaron y debilitaron la estructura. Además, los depósitos de gas que había en la cocina explotaron.

Maddy se estremeció de horror. Su hogar, el de él, había desaparecido. Solo quedaban restos de las paredes exteriores y de la enorme chimenea; algunas vigas y montones de restos carbonizados, que debían de ser lo que quedaba de los muebles y posesiones familiares.

En la esquina en la que había estado la cocina se erguía, incongruente, un frigorífico de metal, rodeado de cenizas y madera. Vio sartenes medio fundidas, una bañera de hierro sobre los restos de la reja de hierro forjado del balcón. Olía a humo y hollín. Se limpió la cara, sudorosa por la caminata y el calor que despedía el suelo. Empezaba a tener la garganta irritada.

–Es desolador –dijo–. ¿Cómo puedes soportarlo?

–¿Crees que tengo otra opción? –escupió él, inhalando con fuerza y mirándola con maldad.

–Lo siento. Perdona, ha sido una estupidez –farfulló Maddy, retorciéndose las manos–. No sé qué decir.

–Entonces cállate –la miró de arriba abajo. Ella comprendió que debía de tener un aspecto horrible. El rostro rojo del calor, y la ropa empapada de sudor y pegada al cuerpo. Por no hablar de las manchas de hollín–. ¿Has venido andando? –inquirió él.

Ella recordó que el día de su llegada Dexter había mencionado un incendio. Sintió un escalofrío. Llevaba días coqueteando con él, incitándolos, mientras él pensaba en la Quinta. Se sintió fatal.

–Sí –empezó ella, sin saber cómo pedirle disculpas–. Vine…, vine a verte…

–¿En serio? –se burló él–. Creo que venías a ver la Quinta –la taladró con los ojos–. Tu dote.

–¡No! –Maddy palideció–. Es decir, quería verla, claro…

–Sí. Claro –gruñó él, extendiendo el brazo y señalando a su alrededor–. Pues aquí está.

Ella tembló, asombrada y asustada por su furia. Quería consolarlo, pero la distancia que había entre ellos era mucho mayor que el medio metro que los separaba.

Maddy estaba consternada. Los jardines que bordeaban el sendero que llevaba a la Quinta habían desaparecido. Sus abuelos los habían creado con especímenes traídos de todo el mundo, y eran la admiración del Algarve. Muchos amantes de las plantas habían viajado desde muy lejos solo por admirarlos. Ahora solo quedaban unos troncos chamuscados.

–Debía de haber miles de plantas aquí –dijo Maddy.

–¡El trabajo de toda mi vida! –rugió él.

–¡Dexter! –deseó acariciarlo y consolarlo, pero él la estaba rechazando con cada palabra y eso dolía intensamente. Era terrible verlo tan furioso.

Levantaba los negruzcos trozos de madera como si no pesaran nada, pero sus músculos se tensaban con el esfuerzo. Tenía una oscura mancha de sudor en la parte de atrás de la camiseta, y el rostro tiznado de ceniza. La expresión de sus ojos la asustó; parecían un pozo negro y abismal. Maddy comprendió que Dexter lo había perdido todo y también entendió la actitud de Sofía.

–¿Te has arruinado, Dex? –preguntó con timidez.

–¿Qué pasa si lo estoy? –espetó él, girando de golpe con un brillo peligroso en la mirada.

–Sería… sería terrible –tartamudeó ella.

–¿Verdad que sí? –gritó él.

Maddy dio un paso atrás, pero entendió su amargura. Debía de haber sido algo muy duro para él. Intentó recomponer sus pensamientos para encontrar una forma de ayudarlo. Él volvió a darle la espalda, pero ella necesitaba decirle lo que sentía, cuánto le importaba…

Tragó saliva, aguantándose las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Quería decirle que compartía su dolor y que podía contar con ella.

–Cuando lo vi, no podía creerlo –balbució–. Esperaba ver árboles, prados e hileras de plantas en el vivero. Pero me encontré con esto… –le tembló la voz al revivir el horror de la primera impresión–. La hierba crujía bajo mis pies y se rompía. Cada paso levantaba una nube de hollín –se estremeció–. Creo que nunca olvidaré este olor. Tanta belleza reducida a cenizas. Y además, la

Quinta… –calló, incapaz de expresar sus emociones. Su garganta se cerró y las lágrimas le quemaron los ojos.

Dexter dejó de apartar madera y la miró fríamente, con la mandíbula tensa y el rostro tiznado.

–Sí. Todo ha desaparecido. No queda ni un mueble antiguo. Ni un solo cuadro valioso…

–¿No pudisteis salvar nada? –preguntó ella, poniéndose una mano en el pecho para calmar su corazón. Él le lanzó una mirada ácida e hiriente como una puñalada. No entendía por qué estaba enfadado con ella.

–No estaba aquí –dijo él–. Sacaron a mi abuela de la casa y luego se concentraron en salvar los caballos y el resto de los animales. Lo más importante. Cuando regresaron a la casa, era demasiado peligroso entrar –apretó los labios con crueldad–. Así que no ha quedado ningún tesoro para ti, Maddy.

Ella se mordió el labio, sin entenderlo. Comprendió con dolor que no había nada entre ellos. No lo habría nunca. La había besado por lujuria, porque estaba allí y había decidido aprovechar la situación. Cansada y dolida, se dejó caer al suelo de rodillas.

–Si no estabas aquí, ¿dónde estabas? ¿Cuándo viniste? –inquirió.

–Volé desde Brasil en cuanto me enteré. Hace una semana.

–¿Brasil? –repitió ella como un eco.

–Me dedico a buscar plantas –explicó él–. Recorro el mundo buscando nuevas variedades.

–Entonces, ¿no vivías aquí, con tu abuela? –preguntó ella, intentando entender.

–¿Qué diablos importa eso? –gritó Dexter–. Apenas he pasado tiempo aquí desde el funeral de mis padres.

–¡Solo tenías quince años! –exclamó ella con los ojos muy abiertos–. ¿Dónde fuiste?

–Me escapé a Lisboa y conseguí trabajo en un barco, limpiando la cubierta. No regresé hasta cinco años después, cuando me enteré de que mi abuelo había muerto y estaban pensando en vender la granja. La puse de nuevo en marcha tan rápido como pude –aclaró con hosquedad–. Contraté a un buen gerente y volví a viajar. Mi abuela y yo no nos entendemos. ¿Te basta con eso? –la miró con odio–. Ahora, déjame seguir. No puedo perder el tiempo. Vete. Ya estás toda sucia. Pide a uno de los hombres que te lleve a casa.

Maddy se echó una ojeada. Tenía las zapatillas negras de andar por los campos quemados. Sus piernas y sus pantalones cortos estaban llenos de churretones.

–Por eso estabas sucio el día que me recogiste –murmuró ella–. Por eso trabajas tantas horas día y por eso estabas de tan mal humor en el aeropuerto. ¿Por qué no me lo dijiste? –protestó

súbitamente irritada.

–¿Por qué diablos iba a hacerlo? –replicó él, de rodillas entre un montón de metal retorcido–. Se lo dijimos a tu abuelo. Él optó por no contártelo, ¿por qué íbamos nosotros a contradecir sus deseos?

–Pero… ¿por qué no me lo dijo él? –preguntó ella temblorosa. Recordó que Dexter se había reído y le había dicho que su abuelo le había tomado el pelo.

–¿Habrías venido? –dijo él con voz salvaje.

–No. Claro que no –susurró ella con voz rasposa.

–Eso mismo debió de pensar él –criticó Dexter

–¿Cómo habéis podido ocultármelo todos vosotros? –insistió ella.

Él se puso en pie y fue hacia una botella de agua que había en el suelo. Dio un largo trago antes de contestar.

–Si hubieras sabido que la Quinta y el vivero se habían quemado, te habrías quedado en casa. Él no quería eso. Quería que cazaras un marido rico. Admítelo, Maddy. La granja no te importa en absoluto, solo te importa su valor económico.

Ella soltó un grito de furia y le lanzó una mirada fría como el hielo. Se puso en pie de un salto y se tiró sobre él, golpeándolo en el pecho con los puños.

–¡Escúchame! ¡Claro que me importa!

Dexter explotó. Furioso, la agarró del brazo, recogió un puñado de carbonilla del suelo y se lo puso ante las narices.

–¡Míralo! –rugió–. Para ti esto es un lujo que has perdido. Muebles caros. Riqueza. Para mí es parte de mi corazón, de mis entrañas. Yo conseguí que se hablara de la Quinta en todo Portugal. He dejado aquí mi sangre y mi sudor. Conocía la procedencia de cada planta, cada semilla, cada esqueje. He dedicado años de trabajo y dedicación para que este vivero fuera un éxito. ¡Eso es lo que he perdido! –se detuvo, demasiado ronco para seguir–. ¿Dices que te importa? ¿Qué sabes tú de sentimientos?

–¡Mucho! –sollozó ella–. No me rechaces, Dex. No puedo soportarlo…

–¡Vete de aquí! Me quedan tres horas para encontrar algo, cualquier cosa que perteneciera a mi madre, y no quiero verte a mi alrededor.

–¡Puedo ayudarte! ¡Deja que te ayude! –le suplicó.

–¡No! –huraño, siguió rebuscando entre los escombros de lo que debía de haber sido el salón.

Testaruda, Maddy no le hizo caso. Encontró un sitio alejado de él, se puso de rodillas y empezó a buscar, deseando encontrar algo para él, algo que le hiciera recuperar su confianza.

Pasaron más de dos horas hasta que él notó su presencia. Débil y

mareada por el calor, Maddy lo oyó ponerse en pie, rezongando. Escuchó el ya familiar crujido de sus pies dirigiéndose hacia la botella de agua. Después supo que se acercaba.

Se estremeció, esperando su diatriba enojada, y dispuesta a ignorarla. Pero no pudo evitar echarse a llorar desconsoladamente.

Notó un golpe en el hombro. Se pasó el dorso de la mano por los ojos y vio que era la botella de agua. La aceptó, se puso en cuclillas y dio un trago.

–¡Mírate! –exclamó Dexter–. ¿Por qué eres tan cabezota? Haces lo que te da la gana, sin que te importen los demás –tiró de su brazo–. Déjalo ya –ordenó.

–¡No! No he encontrado nada –gritó ella roncamente, resistiéndose con todas sus fuerzas.

–Ni yo tampoco –soltó él–. Pero no puedo retener más tiempo a las excavadoras.

–¡Oh, no, Dex! –gimió ella con horror.

–¡Arriba!

Era demasiado fuerte para ella. Notó que la alzaba y la apartaba de los restos de la Quinta. Después hizo un gesto con la mano se oyó el rugido de las excavadoras poniéndose en marcha.

Dexter, impaciente porque ella avanzaba lentamente, tropezando en el terreno desigual, puso las manos bajo su axilas y la obligó a moverse más deprisa.

–¡Por favor! ¡No puedo más! –gimió ella, mareada. Él la soltó de repente y se derrumbó en el suelo.

Poco después sintió que alguien le echaba agua en la cabeza. Alzó el rostro, disfrutando del frescor. Dexter, rígido como una tabla, se sentó cerca de ella. Inmediatamente, Maddy olvidó su tristeza y lo observó. Tenía la mandíbula rígida y miraba la excavadora con ojos profundos y vacíos como pozos. Apenas respiraba.

Tentativamente, posó una mano temblorosa en su brazo, y la alegró que él no la rechazara. Oyó cómo se derrumbaba lo que quedaba de la chimenea y apretó suavemente con la mano, al notar el respingo de Dexter. Tenía que ofrecerle esperanza, por tenue que fuera.

–Esto no es el fin. Puedes hacerlo de nuevo. Reconstruir el negocio –le dijo, por encima del ruido de las palas que recogían escombros.

Él inspiró con fuerza, pero no contestó. Maddy tragó saliva, no sabía qué decir ni qué hacer. Dexter no la quería allí, y no era de extrañar. Estaba muy ocupado y debía de haberlo enfurecido tener que ocuparse de entretenerla en un momento tan difícil.

–Lo siento –susurró–. Lo siento mucho.

En silencio, observaron como los últimos restos retorcidos y quemados de la casa eran recogidos y trasladados a enormes contenedores. Poco después los motores se apagaron. Con los ojos llenos de lágrimas, Maddy comprobó que no quedaba nada de la histórica granja. Lentamente, se pusieron en pie.

–¡Manuel! –llamó Dexter.

–¿Jefe?

–Voy a llevármela. Ya sabes lo que tienes que hacer.

–Seguro. Nos veremos mañana –contestó él–. ¿No va a utilizar las duchas?

–Demasiado públicas, incluso tratándose de ella –rezongó Dexter con voz cansada.

–No hace falta que me lleves –farfulló Maddy–. Puedo volver andando.

–¡Harás lo que yo te diga! –escupió él.

Ella se mordió el labio. Estaba tan tenso que no se atrevió a contradecirlo. Además, tenía que admitir que estaba deseando marcharse de ese lugar oscuro e inhóspito, y volver a disfrutar del verdor de los prados.

Los hombres estaban tomándose un respiro y las máquinas estaban paradas. Maddy se dio cuenta de que no se oía el trino de los pájaros; solo había desolación y silencio en esa tierra devastada.

No pudo contener los sollozos. Su cuerpo se estremecía tan violentamente que ni siquiera podía moverse. Dexter soltó una maldición y la alzó en brazos. Pero no fue un gesto cariñoso ni romántico. Maddy comprendió que la irritación y el odio lo llevaban a librarse de ella lo antes posible; para él, solo era una mujer que podía calentar su cama y darle hijos. Nada más.

Desconsolada, se acurrucó contra su pecho, con los puños cerrados. En ese momento comprendió que deseaba su respeto y su amistad más que nada en el mundo. Y también que nunca la tendría.

Capítulo 9

Estaba siendo casi el peor día de su vida. Apretando la mandíbula, Dexter controló la emoción que estaba a punto de desbordarse y la llevó hacia el coche.

En sus brazos parecía frágil y vulnerable, patética. Sacó las llaves del bolsillo, pensando que su desconsuelo se debía a haber perdido la oportunidad de ser rica.

Sus músculos se tensaron con una oleada de furia. ¿Qué era su tristeza egoísta comparada con la de él? ¿Cómo podría ella entender cuánto le dolía ver la ruina de una tierra que había sido un auténtico paraíso?

Recordó la alegría de su madre cuando el negocio había empezado a dar dinero y pudieron permitirse comprar antigüedades. Cómo había bailado con él por la terraza el día que les llevaron los muebles. Su felicidad.

Abrió la puerta del coche, echó a Maddy dentro y cerró de un portazo. Cuando se sentó al volante la miró de reojo y vio que seguía sollozando en silencio, con el rostro pálido y manchado de churretones negros.

Impaciente, le puso el cinturón de seguridad, hizo lo propio y arrancó el motor. Tenía que irse de allí, necesitaba verdor que descansara sus ojos irritados. La aridez que lo rodeaba lo deprimía aún más, y siempre que podía evitaba la carretera principal, para no ver los destrozos del incendio. Tenía prisa. Maddy tenía que lavarse y después la llevaría al aeropuerto, quisiera o no.

Ella dejó escapar un sollozo desgarrador. Dexter sintió una opresión en el pecho. Pensó que quizá no estaba bien; temblaba como una hoja y miraba al frente con ojos vacuos, retorciéndose las manos.

Pensó con desdén que estaba conmocionada. Había esperado una fortuna y de repente su ilusión se había convertido en humo. Eso traumatizaría a cualquier cazafortunas avariciosa. A pesar de todo, recorrió la carretera llena de baches que llevaba a la casita más despacio de lo que pretendía. Intentó controlar su furia: fuera por lo que fuera, Maddy tenía un aspecto horrible.

Cuando paró y salió del coche, ella se quedó sentada como si estuviera paralizada. Ignorando su expresión triste y dolida, él la esperó junto a la puerta de la casa. No pensaba tocarla si no era estrictamente necesario.

–Baja.

Maddy dio un respingo al oír su ladrido. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Salió del coche lentamente, como si le doliera todo el

cuerpo. En ese momento, viendo lo sucia que estaba, gimió levemente y se sacudió la ropa.

–Ojalá esto fuera un hotel de cinco estrellas –murmuró débilmente.

Él la escuchó con asombro. ¡Él estaba viviendo una auténtica pesadilla, y ella seguía pensando en su comodidad!

–No te dejarían entrar –espetó.

–Es verdad –asintió ella–. Pero daría cualquier cosa por meterme en una bañera.

Impaciente, Dexter la agarró del brazo y la llevó a la casita. La dejó en medio de la habitación.

Ya no era una sirena seductora, sino una pedigüeña sucia, con manchas negras en la cara, hollín y barro en las piernas y rodillas negras como el carbón.

Ella captó su mirada de desagrado y se estremeció. Él observó, cínicamente, cómo se tambaleaba. De pronto, comprendió que estaba físicamente agotada.

–¡Maldita seas! –masculló, agarrándola justo cuando estaba a punto de caer.

–No te enfades conmigo, Dex –suplicó ella.

Le dio un vuelco el corazón al ver su rostro indefenso. Sus enormes ojos, enmarcados por pestañas negras y rizadas, lo ablandaron. Hizo un esfuerzo por sobreponerse y la llevó al sofá.

–Espera aquí –gruñó, tenso de ira.

–Dex –murmuró Maddy. Su voz se rasgó con un sollozo. Sus ojos se encontraron y él se preguntó si los suyos reflejaban el mismo dolor que los de ella.

–Pondré agua a calentar.

Ella empezó a llorar de nuevo. Durante un segundo la observó y algo, intangible e irracional, lo incitó a acercarse; necesitó toda su fuerza de voluntad para resistirse al impulso. Las lágrimas de una vulgar buscavidas no debían emocionarlo. Siempre se había resistido a ese tipo de sentimientos. Quería sentirse libre, pensar en el trabajo y en nada más. Disfrutar de cada día sin tener que pensar en un caos de necesidades y anhelos.

Empezó a llenar cazos de agua. Puso leña en la estufa y la encendió. Le llevó una manta a Maddy y consiguió evitar ayudarla a taparse. Poco después, con manos temblorosas, le llevó una taza de té.

–Toma –dijo, sin ninguna ceremonia. Ella lo miró desolada, destrozándole el corazón.

–Dex –susurró con voz queda–. No seas duro contigo mismo…

–No te metas en mi vida –cortó él, dándole la espalda.

Volvió a oír sus sollozos. Incapaz de soportarlo, fue a buscar la

bañera de hojalata. La colocó junto a la cocina, se quitó la camiseta y se lavó las manos y la cara en el fregadero. Cuando el agua de los cazos empezó a hervir, llenó la bañera poco a poco, controlando la temperatura y añadiendo agua fría. Miró a Maddy y se dio cuenta de que estaba tiritando.

–Está lista –masculló–. Aquí tienes jabón. Lávate.

Empezó a calentar más agua para su propio baño. Oyó el susurro de la ropa cayendo al suelo y el de un pie que probaba la temperatura del agua. Se le erizó el vello de la nuca. Casi la oía temblar.

–Date prisa –ordenó, con la esperanza de sacarla de su conmoción y quitársela de encima.

–Ya lo hago –repuso ella con voz triste.

La oyó enjabonarse. Limpió el fregadero, pero sus oídos estaban pendientes de las salpicaduras y del movimiento del agua. Se secó las manos y se dirigió hacia su dormitorio.

Oyó un gemido a su espalda y, sin poder controlarse, se volvió hacia Maddy, furioso. Su mente se debatió entre el odio y el desdén… y el deseo de acariciar cada centímetro de su piel: sus hombros frágiles y su cintura diminuta. Tenía el pelo revuelto, sus ojos ahumados y enormes rebosaban de lágrimas y su rostro expresaba desolación. Dexter apretó los dientes, como si con eso pudiera controlar el deseo de besar su boca. O de tocar esos pechos altos y redondos, y sentir como se hinchaban y endurecían bajo sus manos.

–Acaba de una vez –dijo. Tomó aire, intentando controlar su excitación. Sabía lo que era y la odiaba. Pero, aun así, se le había metido en la sangre; su rostro, sus ojos y su sensual cuerpo inundaban su mente. Pero debía resistirse o aprovecharse de ella, del mismo modo en que ella pretendía utilizarlo.

–Eso intento –respondió ella. Maddy deslizó las manos por su cuerpo. Se sentía relajada y seductora. Al oír un gruñido, abrió los ojos y se encontró con los de él. Se cubrió el pecho con las manos, pero le pidió con la mirada que se acercara para abrazarlo y besarlo hasta hacerle olvidar su dolor. Sin aliento, se esforzó por hablar.

–Dex –musitó con ternura–. Sé por qué estás tan enfadado; deberías dar rienda suelta a tu dolor. No intentes controlarte. Llevas días yendo a la Quinta, y esa pesadilla de tierra renegrida se ha clavado en tu mente; te domina día y noche –dijo con voz queda; él la miraba transfigurado por sus palabras–. Esa devastación destrozaría a cualquiera, y más a ti, que amabas la granja. Ya no es el mismo lugar. Hasta los sonidos son distintos. No se oyen balidos de cabras y ovejas. Ni relinchos de caballos. Solo máquinas. Sé cómo te sientes…

–¿Sí? ¿Por qué? –inquirió él con dolor.

–Porque sé cómo se sentía mi padre cuando moría una de las plantas que había cuidado –replicó ella con pasión–. Porque recuerdo cuánto te gustaba que mi padre te hablara del vivero y de sus planes. Sé que para ti perder eso es mucho más que un asunto económico.

–¡Ya basta! –rugió él. Se dio la vuelta y empezó a recoger la ropa de Maddy.

Ella, dolida porque volviera a rechazarla, se enjabonó los pechos. Descubrió, con asombro, que estaban hinchados y duros. Rozó sus pezones con los dedos y sintió que oleadas de placer recorrían su cuerpo: se sonrojó, avergonzada. Cuando alzó la cabeza, descubrió que él la observaba con sorna. Se excitó aún más y volvió a cubrirse con los brazos, horrorizada por su deseo de pedirle un beso.

–Quiero… –se le cerró la garganta al ver el destello de sus ojos y percibir la corriente eléctrica que cargaba el aire que los separaba. Lo intentó de nuevo–. Quiero una toalla…, por favor –farfulló.

Él salió y volvió con una. Maddy se puso en pie, tapándose como pudo. Dexter le tiró la toalla y arrastró la bañera fuera para vaciarla. La habitación estaba llena de vapor.

Mientras llenaba la bañera de nuevo, sus ojos se encontraron. Ella, secándose con movimientos suaves y pesados, intentó luchar contra la sensualidad que invadía su cuerpo. Pero bajo el escrutinio de Dexter, comprobó que sus manos estaban exacerbando su excitación, en vez de detenerla.

Él se desabrochó el cinturón. Se quitó los pantalones y después los calzoncillos. Maddy no apartó la vista; sintió pánico y también un delicioso nerviosismo al verlo meterse en la bañera y sentarse. Era bastante obvio que él la deseaba. Había visto durante un segundo la belleza de su virilidad en todo su esplendor.

–Frótame la espalda, ¿quieres? –pidió él.

Como si estuviera en un sueño, Maddy se ató la toalla alrededor del cuerpo y se arrodilló junto a la bañera. Tomó el jabón, sin apartar los ojos de su cuerpo. Tenía una espalda preciosa, perfecta: un ancho triángulo de músculos esplendorosos que se estrechaba hacia la cintura. Sus manos aprendieron sus contornos mientras le enjabonaba los hombros cuidadosamente.

Él alzo la mano y le acarició el rostro. Un segundo después su boca la capturó y Maddy sintió una explosión en su interior. De alguna manera, se encontró en el agua de nuevo, desnuda, rodeando su espalda con las piernas. Una lluvia de besos caía sobre sus labios y unas manos fuertes acariciaban sus pechos con pasión.

–¡Dex! –musitó. Una lengua invadió su boca, moviéndose

eróticamente. Maddy creyó que iba a desmayarse de placer. Se deslizó hacia él y soltó un gemido al notar la dureza que se clavaba contra ella. Dexter inclinó la cabeza y besó sus pezones, alimentando las llamas de su cuerpo y haciéndola retorcerse de deseo.

–Maldita seas –gruñó él.

Ella parpadeó, inquieta, y después se deshizo entre sus brazos. Estaba tocándola donde más lo deseaba; sus dedos se movían, delicados y expertos, mientras ella gemía con un placer indescriptible.

Le pareció sentir una explosión en su interior y se estiró sensualmente contra él. Empezó a besarlo con pasión, sin preocuparse de que su boca, dura y exigente, la aplastara, ni de que él tuviera los labios apretados con un incomprensible gesto de ira.

Él soltó una imprecación, la puso de pie y la llevó hasta su dormitorio. La tiró sobre la cama como si realmente fuera la mujerzuela que él imaginaba.

Maddy pensó que tenía que decirle la verdad. Pero cuando la cubrió con su cuerpo, supo que él era lo que más deseaba, que era su sueño. Un hombre fuerte y dinámico que amaba la tierra con pasión. Que podía volverla loca con sus besos y caricias…

–¡Sí, ahí! –gimió, moviéndose bajo él.

–Maddy –murmuró él en su boca–. ¡Maddy, Maddy!

–¿Qué?

–¿Hay peligro, si seguimos?

Ella negó con la cabeza. No había ninguna posibilidad de que se quedara embarazada. Durante un instante, Dexter estrechó los ojos con desdén y ella temió que la dejara. Arqueó el cuerpo y se tocó los pechos. Él, con un gruñido, volvió a atacarla con labios y dedos.

Maddy sintió algo cálido, duro y sedoso apretarse contra ella; se mordió el labio de placer y su cuerpo se abrió, derritiéndose, dándole la bienvenida.

–Sí –gimió, dejando caer la cabeza sobre la almohada–. ¡Sí!

Él sintió la respuesta primitiva de su cuerpo y se entregó al ritmo que los unía. Intentó pensar, pero su cuerpo y su mente estaban dominados por la mujer fragante y sensual que gritaba su nombre, que le hacía perder el sentido y rendirse al deseo carnal. Con la mente en blanco, se concentró en los jadeos y gemidos, en el placer que inundaba cada milímetro de su cuerpo y lo devolvía a la vida.

Dexter la abrazó con fuerza, la besó hasta marearse e intentó fundirse con ella; quería derrumbar todas las barreras físicas y que sus corazones se unieran en uno. Maddy soltó un grito y su cuerpo se estremeció con convulsiones; se quedó quieta justo cuando él

explotaba en su interior.

Él la apretó contra sí, murmurando su nombre. En ese momento supo que no le había entregado algo meramente físico, sino también una parte esencial de sí mismo. Había cometido un gran error. Debería haberse mantenido frío y distante.

Maddy le acarició la cara con dulzura y él, como un estúpido, deseó que no parara nunca. Deseó simular que no era una avariciosa, dispuesta a prostituirse por dinero, sino la niña tierna y cariñosa que había sido en otros tiempos. Apretó los dientes. No podía engañarse de esa manera. Decidió acabar con todos esos sentimientos.

–¿Qué dirá tu abuelo? –farfulló con tono cruel y mordaz. Sintió un amargo placer al ver que ella lo miraba consternada–. Sexo sin matrimonio –se mofó–. Vaya. Creo que tu plan ha fallado, Maddy.

No pudo evitar besarla de nuevo. Sus labios eran irresistibles. Sintió que se debilitaba, que sus huesos se derretían al oír un gemido y notar cómo ella curvaba el cuerpo a su alrededor.

–Te equivocas. Mi plan ha funcionado –musitó ella con tristeza.

–Sí, claro –dijo él, liberándose y conteniendo las punzadas de deseo–. Aquí estamos, casados.

–¡Dex! –jadeó ella–. No lo entiendes… –fue incapaz de seguir hablando.

–Esto es sexo. Nada más –enojado consigo mismo, Dex saltó de la cama y se colocó una toalla a la cintura.

Maddy lo miró, dolida. Durante un momento había creído que compartían algo especial, pero había sido un estúpido error. Se avergonzó de haberse dejado seducir tan fácilmente. Él debía de creer que era una desvergonzada. Con el rostro ardiendo de humillación, a punto de echarse a llorar, se liberó del lío de sábanas para marcharse de allí con cierta dignidad.

–No sé por qué estás tan enfadado –dijo con voz temblorosa, poniendo los pies en el suelo–. *Tú* me has utilizado a *mí*…

–Sí, ¿por qué no? –Dexter la detuvo con la mano–. ¡Tú estabas dispuesta a utilizarme a mí! Solo me querías por mi dinero.

Sus palabras la hirieron como una daga. Había sido su estúpido plan lo que la había llevado a esa situación. Y él no había dudado en aprovecharse.

–¡Y tú querías sexo!

–Por supuesto. Eso era lo que ofrecías, ¿no?

A ella le tembló el labio. Por primera vez en su vida había sentido un éxtasis perfecto. Pero para él solo había sido lujuria, una corrupción del amor. Con un sollozo, escapó a su dormitorio, se lavó con agua fría y se puso el vestido azul. Colocó la maleta sobre la cama y empezó a guardar sus cosas.

Dex, vestido con vaqueros y una camiseta, entró con una copa de vino en la mano. Al verlo le dio un vuelco el corazón; tuvo que contenerse para no arrojarse en sus brazos, abrazarlo y suplicarle que la amara.

–Así que estás haciendo la maleta –comentó él, con voz helada.

Maddy, con la mente hecha un torbellino, ocultó el rostro para que no viera su dolor. Se dijo que debía sobreponerse. Había tenido su aventura y se había divertido. Era hora de aclarar las cosas, hacer algunas preguntas y regresar a su casa.

Se estremeció al darse cuenta de que la idea de volver al apartamento a enfrentarse con su abuelo le resultaba muy poco atractiva. Pero no tenía otra opción. Lo había soportado hasta entonces, y ahora lo haría aún mejor. Era una persona muy distinta.

–Eres muy observador –comentó con ironía–. Debe de ser por el láser de los ojos.

–Controla esa lengua tan afilada –sugirió él.

–Quiero llamar a mi abuelo –replicó ella fríamente.

–¡Al viejo mercenario! –frunció las cejas e hizo una mueca de desdén–. ¿Sabías que nunca quise casarme contigo, Maddy?

Ella se quedó helada. Dexter se arrepintió de sus palabras, pero ya no había remedio.

–¡Eres una rata asquerosa! –insultó ella.

–El abuelo se sentirá decepcionado contigo.

–¡No tendrá por qué! –dijo ella con ira–. Le diré que ni tú ni tu abuela teníais ninguna intención de establecer una alianza. No te habrías casado conmigo aunque hubiera sido una mujer espectacular, con diez millones en el banco y un halo de santidad –protestó–. ¿Sabes lo que creo? Que pretendíais humillarnos a mi abuelo y a mí, por razones que no entiendo…

–No, eso no es verdad –dejó la copa, se cruzó de brazos y se apoyó en el dintel–. La abuela quería que nos casáramos. Tiene… tiene remordimientos por no haberos ayudado a tu abuelo y a ti. Lamenta de verdad que esté enfermo…

–¡No queremos vuestra compasión! –saltó ella.

–La tenéis, de todas formas –la quemó con la mirada–. Los dos. Siento que hayáis tenido una vida tan dura. Pero no es razón suficiente para dejarme atrapar por un matrimonio sin amor. No quería casarme contigo, Maddy. No quiero casarme con nadie.

–Sentir pena por mí no te impidió intentar seducirme desde el primer momento –empezó ella, indignada.

–Eso tampoco es verdad. No inicialmente…, al menos. Te juro por la tumba de mi madre que al principio no quería ninguna relación contigo.

–Pero después, sí –dijo ella mordaz–. Bailes lentos, miradas

lascivas, susurros al oído…

–Soy humano. Tú eras…, eres muy provocativa –tomó un sorbo de vino. Ella lo miró incrédula–. Voy a traerte una copa. Es hora de que aclaremos las cosas.

Perpleja, Maddy lo siguió a la sala. Aceptó el vino y se sentó en el sofá. Al menos estaban hablando. Había muchas cosas que quería saber antes de marcharse. Se acurrucó en los cojines cuando él se sentó a su lado.

–Explícate –le pidió con voz fría.

Hubo un tenso silencio. Ella lo vio girar la copa en las manos, mirando fijamente el líquido color rubí. Después se pasó la lengua por los labios y empezó a hablar en voz baja.

–Desde que llegué, después del incendio, he estado intentado organizar la reconstrucción de la Quinta. Mirando planos, visitando emplazamientos, limpiando la finca, buscando oficinas temporales, haciendo pedidos de semillas… –movió la mano con impaciencia–. Y no he hecho más que escuchar a mi abuela decirme que debía casarme y tener un heredero.

–Lo lamento –murmuró ella.

–Me molestó, sobre todo, que se hubiera puesto de acuerdo con tu abuelo y contigo y me hubiera entregado en bandeja –torció la boca–. Mi estado civil no es asunto suyo, y se lo he dicho muchas veces. Pero siguió adelante con su estúpido plan de casarnos. Por eso me alegró tanto que llegaras vestida de forma tan poco convencional y comportándote sin ningún decoro.

–Me alegra que te gustara –dijo ella con sarcasmo, percibiendo que él contenía una sonrisa.

–Más de lo que te imaginas –masculló Dex entre dientes–. Como sabes, la abuela se quedó horrorizada. Pensé que le daría una buena lección si simulaba que me había enamorado de ti.

–¿Qué? –Maddy lo miró boquiabierta–. ¿Estuviste simulando durante toda la cena?

Dexter asintió. Maddy lo miró fijamente y después soltó una carcajada, que se convirtió en un risa histérica.

–¡Oh! –gritó–. Es muy gracioso.

Los dos habían estado haciendo lo imposible por mantener las distancias. Si lo hubieran sabido antes, la cena habría sido incluso más divertida. Debilitada por la risa, se derrumbó en el sofá, sujetándose el estómago.

–¡Ay, me duele! ¡Esto no tiene precio! Los dos hemos hecho el ridículo, Dex –rio–. Yo tampoco tenía ninguna intención de casarme contigo.

–Ya, y yo me llamo Campanilla.

–Hola, Campanilla.

–Tenías un libro sobre cómo cazar a un hombre –protestó él indignado.

–Cierto. Léelo, verás lo que dice –lo retó–. Las instrucciones aconsejan a la futura esposa vestirse de forma conservadora. Ser callada, servil y sumisa. Estar de acuerdo con todo lo que diga la presa elegida –sus ojos chispearon de risa–. ¿Dirías que eso me describe?

–Difícilmente.

–¡Ya lo ves! Lo estudié e hice exactamente lo contrario, porque lo último que deseaba era cazarte.

–Claro. Y la luna es de queso.

–¿No lo entiendes? –preguntó ella alborozada, agarrándose las rodillas–. El abuelo me presionó hasta que accedí a venir. Pero no pensaba casarme contigo.

–¿Por qué no? –preguntó él–. Sabías que era rico.

–Pero la idea me parecía deleznable.

–Gracias.

–No –rectificó ella–. Me refiero a la idea de casarme con alguien por dinero. Para contentar al abuelo y seguir soltera… –soltó una risa– ideé este plan.

Él se pasó la mano por la frente, intentando aclarar sus ideas. Eso explicaría cómo la tímida y dócil Maddy había reaparecido convertida en una tigresa.

–Este… plan –repitió, con voz ronca.

–Sí, Dex –ella se echó hacia atrás, con los ojos rebosantes de ternura. Él no había visto una mirada así desde que perdió a Luisa. Pero con Maddy había algo más. Una profundidad que no recordaba haber sentido con su esposa. Nunca había perdido el control hasta el punto de preguntarse si estaba en el paraíso.

–Plan –dijo de nuevo.

–¡Fue fantástico! –Maddy soltó una carcajada–. Me divertí mucho, Dex. Compré ropa en una tienda de beneficencia, me teñí el pelo y aprendí a maquillarme y a andar bamboleando las caderas. Tenía que hacerme la desvergonzada para que tu abuela y tú me rechazarais como candidata a esposa. Estuve practicando con el equipo de rugby y… –le guiñó un ojo– con un conductor especialmente atractivo.

–Representante muy bien tu papel –Dexter carraspeó y tomó un sorbo de vino.

–¿En serio?

–*Increíblemente* bien.

–Sigues sin estar convencido, ¿verdad?

–¿Te sorprende? Hace falta mucho talento para actuar tan bien.

–No. Basta con estar desesperada. La verdad, Dex, cuando

adquirí algo de confianza, no me resultó difícil. La ropa influye mucho, te lo aseguro. La gente te trata de otra manera y eso lo cambia todo. Creo que en mi interior había una mujer atrevida que llevaba años deseando salir a la luz. No me gusta contrariar a la gente, pero para mí fue una revelación descubrir lo divertida que podía ser la vida. Era una auténtica doña Pusilánime hasta que llegué al aeropuerto. Pregúntaselo a mi abuelo. Llama a mis amigos y pide una descripción, oirás: «Callada, reservada, nada interesada en la moda»… De hecho, si son realmente sinceros te dirán: «¡Muy sosa, pero inofensiva!».

Él le lanzó una ojeada y comenzó a sonreír. Había estado fabulosa en aquella cena. Se excitó solo con pensarlo.

–Me estás diciendo que todo eso de sorber la sopa y hablar de comprar y gastar dinero… ¿era una farsa?

–Desde luego –afirmó ella–. Lo juro.

–¿Y la serpiente?

–Una obra de arte, ¿no crees? –Maddy se sonrojó.

–Hipnótica –asintió él, sonriendo–. Y ese corpiño…

–Apenas me dejaba respirar –sus ojos chispearon–. Casi no me atreví a ponérmelo, pero sabía que crearía impacto.

–¡Y cómo! –dijo él, poniendo los ojos en blanco–. ¡Danza del vientre, Santo Cielo!

–Ni siquiera sé cómo se me ocurrieron algunas de las cosas que dije –exclamó Maddy con deleite.

–Bueno –murmuró él–. Por lo menos he comprobado que no tienes piercings en ninguna parte del cuerpo.

–En algunos momentos me pareció que andaba sobre arenas movedizas –admitió ella, sonrojándose.

–Yo lo pasé fantástico, siguiéndote el juego –tomó su mano–. Maddy, te creo. Y me alegra que no seas una cazafortunas desvergonzada.

–Fue divertido simular que lo era. ¡Oh! Eso me recuerda que te debo dinero –exclamó con alarma. Sin darle tiempo a contestar corrió a su dormitorio. Segundos después, volvió con un montón de billetes, de nuevo sonriente–. Gracias –dijo, volviendo a sentarse–. Ese momento fue maravilloso.

–¿Por qué? –preguntó él, dejando el dinero en el brazo del sofá.

–Vi tu cara de horror y comprendí que te había convencido de que iba detrás de tu dinero. Hablando de eso –siguió simulando indignación–, ¿te burlabas cuando dijiste que tenía el pelo color vino y era más directa que una carretera romana?

Él soltó una carcajada atronadora.

–¡Culpable! ¡Fue una velada inolvidable!

–¡Oh, Dex! –suspiró–. Me encanta verte reír.

–Es agradable –admitió él–. Gracias. Ha sido un día infernal, pero tú lo has arreglado.

–Me alegro –musitó ella, apretándole la mano.

–Entonces, ¿volverás a tu casa? –preguntó Dex con voz tensa.

Ella se miró las rodillas fijamente. Luego, alzó los ojos y a él se le aceleró el corazón.

–Dentro de poco. Pero no me arrepiento de haber venido. Todos estos años he sido como un ratoncito asustado, Dex. He dejado que el abuelo se saliera con la suya demasiado a menudo. Vistiéndome con ropa alocada y haciéndome la dura he descubierto otra persona en mi interior. Soy blanda, y supongo que seguiré llorando al ver películas antiguas, pero he descubierto lo saludable que es un poco de firmeza. Ahora me respeto a mí misma –sus ojos brillaron cálidamente–. Nunca me arrepentiré de haber vuelto a Portugal, ni de conocerte.

–Ese «conocerte»… ¿lo utilizas en el sentido bíblico? –preguntó él con voz traviesa. Ella sonrió.

–En los dos sentidos –replicó ella con ligereza–. Es hora de que llame al abuelo y le diga que regreso a casa.

–No te vayas –la detuvo–. Aún no.

–¿Por qué no? –le temblaban las manos y Dex percibió la pasión de su voluptuoso cuerpo.

–Por esto –susurró, besándola en la boca.

Capítulo 10

Hicieron el amor toda la noche, deleitándose en dar y recibir placer. Maddy se entregó por completo. Con Dexter tenía la sensación de que podía hacer y decir lo que quisiera.

Él la escuchó fascinado cuando le habló de su vida, haciendo todo tipo de preguntas sobre su vida diaria. Le contó detalladamente su trabajo en la residencia y la tristeza que sentía cuando los niños llegaban tristes y desconfiados, y lo maravilloso que era verlos empezar a reír y a jugar de nuevo.

Maddy nunca olvidaría esa noche. Supo, con certeza, que se había enamorado locamente de Dexter. De vez en cuando, entre sus brazos, una vocecita le decía que ese solo sería un breve interludio en su vida, pero no le importaba. Un interludio era mejor que nada. Así que, por primera vez en su vida, desoyó la advertencia y se concentró en satisfacer sus deseos inmediatos.

–He llamado al jefe de obras para decirle que voy a tomarme el día libre –le dijo él a la mañana siguiente, mientras compartían un enorme desayuno–. ¿Qué te apetece hacer?

–Lo que sea. Si lo hago contigo.

–También les he dado el día libre a Manuel y a los chicos –se inclinó y la besó en los labios–. Hay un partido de rugby que quieren ver…

–¡Oh! –exclamó ella alborozada–. Yo también, si los que juegan son mis amigos del avión. ¿Podemos ir?

–Solo si me prometes ponerte algo escandaloso y dar saltitos –murmuró él–. No puedes desilusionarlos.

–Tengo el modelo con plumas de marabú…

–¡Ni lo pienses! –rugió él, en broma.

–Entonces, elige uno tú –rio ella, encantada de que fingiera estar celoso.

–Tardaré horas –dijo él recorriendo su cuerpo con mirada hambrienta–. Te quitaré la ropa, te haré el amor, te pondré alguna tontería de colores chillones, te la quitaré y te haré el amor otra vez, después…

–¡Palabras! –rezongó ella–. ¿Eso es todo lo que se te ocurre? –se escabulló cuando intentó agarrarla, y acabaron corriendo alrededor de la mesa y riendo a carcajadas.

–Te cacé. Tendrás que pagar una prenda –advirtió él, mordisqueándole el cuello.

–¡Fantástico! –alzó su rostro resplandeciente hacia él. Dexter se puso serio.

–Maddy –dijo con voz temblorosa–. ¿Jugueteabas así con todos

tus novios? ¿Con esos trabajadores sociales y médicos de los que me hablaste?

–Ya te dije que he tenido muy pocos novios –acarició sus labios tensos con el dedo–. Era demasiado reservada para juguetear con ellos, y el abuelo los intimidaba. Yo… –se mordió el labio–. Nunca dejé que las relaciones llegaran demasiado lejos.

No habría sido justo, ni para los chicos ni para ella. ¿Cómo podía enamorarse, y arriesgarse a que alguien la amara, cuando no podía tener hijos? Tras un momento de duda, decidió confiar en él. No tenía sentido contarle su secreto, pero al menos le hablaría de su experiencia.

–No te diste cuenta, ¿verdad? Mis escarceos sexuales nunca fueron más allá de unos besos y alguna caricia.

–Pero… eres tan buena…

–¿Sí? –sonrió de oreja a oreja–. Lo he aprendido todo en la tele. Lo demás es instinto. Hasta anoche, nunca había hecho el amor –sonrió con dulzura–. Me alegro de haber sido virgen para ti. Tengo la sensación de que muy pocos hombres me habrían dado tanto placer.

A él se le humedecieron los ojos. La miró con sorpresa y después agachó la cabeza lentamente. Ella cerró los ojos, rindiéndose a la ternura de su beso.

Fueron al dormitorio de la mano. Maddy se preguntaba cómo podría dejarlo. Era el dueño de su corazón, y había despertado un intenso amor en ella. Lo besó con pasión. Tenía que disfrutar de él al máximo, porque pronto se separarían.

Se hicieron el amor de forma tan frenética y febril que Maddy comprendió que él también creía que estaba ante un breve episodio de su vida. Como ella, también quería disfrutarlo al máximo.

–El rosa.

–¡No! –barbotó ella, sentada medio desnuda entre montones de ropa estrafalaria–. El top naranja y la falda escarlata de volantes. ¡Quiero que me vean desde el otro lado del campo, para cegar a la oposición!

–Lo conseguirás sin problemas –rio él–. Me pondré dos pares de gafas de sol y llevaré un escudo protector si sales con ese conjunto.

–Ayúdame a ponérmelo –lo picó ella, con malicia.

–No –gimió Dexter, dejándose caer sobre la cama–. ¡Otra vez no! ¡Eres insaciable!

–Me gusta sentir tus manos en mi cuerpo –ronroneó ella, estirándose perezosamente.

Él la tomó entre sus brazos, como si no quisiera soltarla nunca.

Fue un momento sublime. El mundo entero parecía estar de su lado, para variar; por fin podía disfrutar de un poco de felicidad. Él la besó en el cuello.

–Maddy –susurró con voz ronca.

Maddy tuvo la sensación de que iba a decirle algo muy especial, por ejemplo: «Quédate conmigo para siempre». Se mordió el labio. No podría hacer eso. Para empezar, estaba su abuelo.

–Ya lo sé –interrumpió–. Es hora de irnos. De acuerdo. Ve a vestirte y yo haré lo mismo. Te echo una carrera.

Un destello de desilusión marcó los rasgos de Dexter, pero enseguida sonrió.

–El que gane conduce –dijo, corriendo a su habitación.

Maddy soltó un chillido, se puso el top y la falda, embutió los pies en unas deportivas rosa luminoso y llegó a la cocina una milésima de segundo antes que él. Arrebolados y sonrientes, lucharon por las llaves un segundo y luego se fundieron en un beso largo y cálido.

–Eres maravillosa –dijo Dex con aprecio.

–Ya lo sé –admitió ella con una risita feliz.

Como dos chiquillos, fueron hacia el coche abrazándose y bailando. Maddy, encantada de conducir un coche tan bonito, empezó a canturrear. Dexter, con el brazo sobre su asiento, parecía relajado y contento. Maddy dio un suspiro de felicidad.

–Concéntrate, preciosa –dijo él con voz suave, acariciando un rizo de su cuello.

–Papá solía llamarme preciosa –comentó ella con emoción.

Una mano cálida y reconfortante se posó sobre su hombro. Aunque Dex no dijo nada, supo que entendía cuánto echaba de menos a su padre. Deseó, por enésima vez, haber sido capaz de establecer una relación afectiva con su madre antes de su muerte.

–Ya estamos cerca –indicó él–. Es la siguiente a la izquierda.

Maddy giró con precaución y condujo el elegante coche plateado hacia el campo, donde los jugadores ya estaban calentando.

–¡Esto es muy emocionante! –gritó, cuando se encaminaron hacia ellos–. ¡Mira! ¡Son los chicos! Me pregunto si me verán…

–¿Estás de broma? –rezongó Dexter, al oír el grito de admiración de «los chicos» al reconocer a Maddy–. Nada de hacer tonterías con ellos –le advirtió.

–¡Maddy! ¡Has venido!

–¡Maddy!

–Hola, monumento…

Un segundo después, estaba rodeada. La abrazaron, la alzaron por el aire y besaron sus mejillas. Riendo y bromeando, todos los jugadores hablaban al mismo tiempo, interesándose por lo que

había estado haciendo.

Decidió que hasta ellos se sorprendería si les dijera que había estado muy ocupada enamorándose, así que les dijo que lo había pasado bien.

–Este es Dexter… ¡Dex! ¿Dónde estás? –gritó, sin ver más allá de la masa de músculos que la rodeaba.

Sin muchas dificultades, Dexter se abrió paso con el hombro. Los ojos de Maddy brillaron al verlo. Era tan alto como la mayoría de los jugadores y, aunque no era igual de musculoso, su carisma hacía que pareciera más fuerte y poderoso que ellos.

Le palmotearon en la espalda y lo reconocieron como «comité de bienvenida» del aeropuerto; eso provocó muchos guiños y risas. Dex comenzó a hablar de rugby todos discutieron tácticas hasta que el entrenador les recordó para qué estaban allí. Maddy y Dexter fueron a sentarse a la grada.

Por la noche, Dex invitó al equipo a Maddy a cenar en Luz. A ella la encantó que los amigables y simpáticos jugadores se llevaran bien con Dexter y lo respetaran. Viendo cómo trataba a los camareros, comprendió que era un hombre bueno y considerado. Y su amante.

Maddy era tan feliz que sentía ganas de llorar. Buena comida, buena compañía y un hombre al que amar. ¿Qué más se podía pedir? Se dijo que una matriz que funcionara, no estaría de más. Tomó un sorbo de vino para disipar esos pensamientos. Ese breve encuentro era suficiente para ella. Sería su bien más preciado durante el resto de su vida.

Dexter y ella apenas se separaron durante la semana siguiente. Se levantaban pronto e iban a la granja donde ella, por decisión propia, se dedicó a organizar los envíos de semillas y plantas de distribuidores de todo el mundo.

Habían encargado una sencilla oficina prefabricada, y pronto se convirtió en el centro de operaciones. Sobre la mesa había un mapa con los planos para la nueva Quinta, que volverían a construir con piedra, madera y tejas.

Habría jardines y un enorme aparcamiento para los clientes, oculto tras palmeras y adelfas. Los viveros contarían con los sistemas de riego más avanzados y habría almacenes donde guardar los tiestos y la tierra necesaria para un proyecto de tanta magnitud.

A Maddy la preocupaba que él se estuviera endeudando y corriera el riesgo de arruinarse. Más de una vez intentó sacar el tema, sugiriéndole que fuera menos ambicioso con sus planes, pero él siempre la detenía.

Todos trabajaban muchas horas, incluidos ellos. Poco a poco fue dándose cuenta de la devoción que sus hombres sentían por él. Su admiración por su carácter templado, su capacidad de trabajo y su experiencia crecía día a día.

Cada noche, entre sus brazos, la maravillaban su paciencia y su pasión. La trataba como si fuera lo único que existía en el mundo para él. De vez en cuando, sentía una punzada de miedo. Estaba involucrándose demasiado, se había convertido en parte de sí misma, y separarse de él sería una agonía.

–Esta mañana voy a la iglesia –comentó Dex el domingo, en la cama–. Y después a comer con mi abuela. ¿Quieres venir o prefieres quedarte aquí?

–¿Qué sabe de nosotros? –preguntó ella dubitativa.

–Solo que estamos aquí juntos –soltó una risotada–. Fue idea suya, ¿recuerdas?

–Imagino que estará preocupada, preguntándose qué ha ocurrido –dijo ella con rostro tenso. No le gustaba la idea de engañar a Sofía, por desagradable que hubiera sido con ella.

–Probablemente –le dio un beso en la punta de la nariz–. Por otro lado, quizá piense que te estoy utilizando antes de enviarte de vuelta a tu casa. Ya sabes el tipo de mujer que eres –bromeó.

–Vale –dijo ella–. Iré a la iglesia contigo. Y también a comer. Pero quiero decirle la verdad.

–¿Que no quieres casarte conmigo? –preguntó él con voz suave.

–Que mi ropa y mi comportamiento en aquella cena cumplían el propósito de hacer que me despreciarais –replicó ella, esquivando su pregunta para no mentirle–. No quiero que piense que soy así de verdad. Además, me pondré ropa de la mía. No pienso ir a la iglesia enseñando el ombligo.

–Bien. Me alegro de que vengas –la besó con dulzura–. Pondré agua a calentar, para lavarnos; tu haz el desayuno entretanto.

Dexter pensó que era como estar casado, o incluso mejor. Maddy y Luisa eran muy distintas, pero tenía que admitir que con Maddy se sentía más vital, más lleno de energía y fuego. Luisa había sido como un bálsamo para su alma torturada. Maddy tenía la habilidad de calmarlo y de excitar sus sentidos.

–Estás preciosa –dijo después, cuando ella apareció con un vestido color crema, que marcaba su cintura.

–Es un vestido viejo, hecho a mano –protestó ella tímidamente, sonrojándose hasta las orejas.

–Eres tú. No tiene nada que ver con tu ropa. ¿A qué viene tanta modestia? ¿Dónde está la mujer descarada a la que le hice el amor anoche?

–¡Oh, está aquí! –rio Maddy–. Soy un camaleón, ¿no lo sabías?

Tú estás fantástico con ese traje –murmuró con admiración. Alzo la cabeza con expresión de felicidad–. Lo estoy pasando muy bien.

–Yo también –replicó él con voz ronca.

Cuando aparcaron en la plaza del pueblo y caminaron por las calles empedradas hacia la iglesia, Dexter tuvo la sensación de que podría vivir así durante el resto de su vida: amando a Maddy, trabajando con ella, yendo juntos a la iglesia y a comidas de familia. Cosas sencillas, pero maravillosas si la tenía a su lado.

–¡Dex!

Se volvió al oír la voz sorprendida de su abuela. Intercambió una mirada con Maddy y esperó a que la alta figura los alcanzara.

–Abuela –murmuró, besándola en las mejillas. La miró atentamente y lo preocupó verla más delgada–. Te acuerdas de Maddy, por supuesto.

–¿Cómo está, señora Fitzgerald? –saludó Maddy con voz grave. Sofía dio un respingo, pero enseguida recordó sus modales.

–Muy bien, ¿y tú? –replicó con voz débil.

–A Maddy le gustaría comer con nosotros –comentó Dexter. Vio la mirada de alarma de su abuela y supuso que se debía a que los domingos solían tomar sopa de primero. Contuvo una sonrisa y se miró los zapatos.

–Muy bien –accedió su abuela con deferencia–. Me alegra comprobar que Dexter ha ejercido cierta influencia en tu forma de vestir, Maddy.

–Ella…

–Me alegra que lo apruebe –interrumpió Maddy, impidiéndole decir que el vestido no tenía nada que ver con él.

–Estás… bastante aceptable –aprobó Sofía.

Dex, viendo cómo el cerebro de su abuela comenzaba a maquinar diversas posibilidades, contuvo una carcajada y ofreció un brazo a cada mujer. Entraron juntos en la iglesia.

–¡Es muy bonita! –susurró Maddy, asombrada por los frescos de las paredes.

Las paredes reverberan con música de órgano. Durante la misa, Dex sintió que lo invadía una nueva serenidad. La deliciosa voz de Maddy entonaba los cánticos con júbilo, y él comprendió que nunca había amado tanto a una persona.

–Tienes buena voz –le dijo Sofía a Maddy cuando salieron.

–Canto en el coro de la iglesia, en casa –explicó Maddy con voz ausente–. Estoy a cargo de la escuela dominical.

–¿Tú? –Sofía parpadeó.

–Sí. A los niños les encantan las parábolas –su expresión se suavizó con añoranza–. Representamos historias, como la del Buen Samaritano, y lo pasamos muy bien –soltó una risita–. Se me da

muy bien convertir rollos de papel higiénico en pastores y en reyes magos.

–¡Vaya! –exclamó Sofía, atónita.

–Antes de que vayamos a comer –dijo Dexter un momento después–, Maddy tiene algo que contarte. ¿Por qué no os sentáis en un banco bajo las jacarandás, mientras yo doy un paseo?

–Buena idea –Maddy tomó a Sofía del brazo y puso rumbo hacia la plaza–. ¿Nos sentamos? –preguntó educadamente, señalando un banco.

–¿Qué estás tramando? –preguntó Sofía, suspicaz.

–Nada malo –Maddy se sentó a su lado e inspiró con fuerza–. Solo quiero aclarar las cosas –dijo. A continuación, le explicó toda la verdad.

–Tú… ¿trabajabas en un centro de acogida? –Sofía la miró estupefacta– .¿No eres vulgar, ordinaria y compradora compulsiva?

–¡No! –Maddy soltó una carcajada. Se sentía mucho mejor tras su confesión–. No cuadra con mi imagen de profesora de escuela dominical.

–¿Nunca has querido dedicarte a la danza del vientre? –cacareó Sofía.

–¡Dios me libre! Pero si que es cierto que hablé de eso con mis amigas –añadió–. Todas estuvimos de acuerdo en que no entendíamos cómo alguien se atrevía a hacer ese trabajo.

–Perdona, pero tengo que preguntarlo… ¿la sopa?

Maddy puso la mano sobre la de Sofía. Para su sorpresa, ella no la retiró.

–Estaba intentando caeros mal a todos –explicó.

–Lo conseguiste –dijo Sofía secamente–. No me podía creer que fueras tan insensible y…

–¡Ay! ¡Sí! Lo había olvidado –interrumpió Maddy, apretándole la mano–. No sabía lo del incendio. El abuelo no me lo dijo, o no hubiera venido. Y, desde luego, no me habría comportado así. Lo siento mucho. Debe de haber sido una experiencia horrible. Discúlpame, por favor.

Sofía apretó los labios. Maddy comprendió, con júbilo, que estaba esforzándose para no echarse a reír. Un momento después esbozó una sonrisa, que se convirtió en una carcajada.

–Eres una chica malvada –recriminó Sofía, con ojos chispeantes–. Y con muchos recursos. Me has impresionado –sonrió ampliamente–. Tengo que reconocer que el restaurante parecía un mortuorio hasta que entraste por la puerta. Cuando aplaudiste al pianista tuve ganas de imitarte, pero mi orgullo me lo impidió –soltó una risa breve–. Tu baile iluminó la habitación. Sentí terror de que Dex se hubiera enamorado de ti como un bobo.

–La verdad es que disfruté –confesó Maddy–. Después de toda una vida de timidez y sumisión, fue una experiencia fantástica.

–Tu abuelo controla tu vida –adivinó Sofía.

–Por completo –replicó Maddy haciendo una mueca–. Sé que solo intenta protegerme. No debió de ser fácil para él hacerse cargo de una niña de once años.

–No –Sofía desvió la mirada.

–Dime… –Maddy calló al ver que Sofía se ponía tensa. Sería mejor que le preguntara a Dexter por el accidente–. ¿Por qué queríais que nos casáramos?

–Querida, tu abuelo y yo nos estamos haciendo viejos. Nos preocupamos por vosotros. Él tiene miedo de que no puedas manejarte tú sola. A mí me preocupa que Dexter no se asiente nunca, y que siga recorriendo el mundo toda la vida. Necesita una esposa e hijos.

–Niños –gimió Maddy.

–Se me ocurrió que la gentil y sensible Maddy sería la mujer perfecta.

–¿Es así como me recordabas? –preguntó ella con sorpresa.

–Eras una niña dulce de ojos grandes, que adoraba la Quinta y todo lo que había en ella –Sofía le acarició la mejilla con afecto–. Sé que era demasiado estricta contigo. Nunca me lo perdonaré. Pero tu madre no te prestaba suficiente atención, y tu padre te lo permitía todo; tenía miedo de que te echaras a perder.

–Te entiendo –dijo Maddy.

–Eres muy comprensiva –suspiró y se le nublaron los ojos–. Hice bien al elegirte para Dex. Pensé que tu cariño e interés por la gente serían justo lo que él necesita –su rostro se despejó rio con deleite–. ¡Por eso me trastornó tanto que aparecieras con ese corpiño rojo y revolucionaras a todo el hotel! Aquí llega Dex. Vamos a comer. Quiero que me lo cuentes todo sobre tu vida en Inglaterra.

–¿Va todo bien? –preguntó Dexter con cautela.

–Perfectamente –respondió Sofía sonriente.

Pero Maddy tuvo que forzar una sonrisa. No podía negarle a Dex la paternidad. No era la mujer adecuada para él. A pesar de amarlo con cada átomo de su ser.

Capítulo 11

Tras una agradable comida, se sentaron junto a la piscina del hotel a tomar café. Poco después, Sofía apuró su taza y dio un suspiro.

–Es hora de mi siesta. Tanto hablar me ha agotado. No, no hace falta que me acompañes a la habitación, Dex –protestó cuando Maddy y él se pusieron en pie–. Conozco el camino. Aún no estoy decrépita.

–Soy muy consciente de eso, abuela –sonrió él.

–Ya nos veremos, Maddy –dijo ella con firmeza.

–Volveré a Inglaterra dentro de poco.

–¿En serio? –la anciana la miró pensativamente–. Eso sería un pena.

Maddy se sonrojó, contenta de haber hecho las paces con Sofía.

–Te veré antes de irme.

–¡Desde luego! –replicó Sofía, alejándose.

–Le gustas –musitó Dexter.

–A ti te adora.

–No lo creo –dudo él.

–Está pendiente de cada una de tus palabras. Además, me lo ha dicho mientras tú pedías el café.

–Pero… Ella nunca ha dicho…

–Esconde su cariño muy adentro –dijo Maddy con gentileza–. Creo que le ha sufrido y teme que la rechaces. Pero te admira y desea que vivas aquí. Te ha echado mucho de menos.

–Lo único que hace es criticarme… –Dexter movió la cabeza, incrédulo.

–Ya me he dado cuenta –le puso la mano en el brazo–. Pero ha admitido que quiere que seas perfecto. Que no cometas ningún error. Así no tendrás decepciones ni problemas.

–Eres una persona extraordinaria, Maddy.

–Tengo mis fallos, como todo el mundo –Maddy suspiró, deseando ser perfecta para él. Ser una mujer completa. Dexter tomó su mano.

–Esto te parecerá una invitación rara, pero ¿te gustaría visitar el cementerio en el que están enterrados tus padres?

–Me encantaría, Dexter –dijo ella agradecida–. ¡Muchas gracias! Tenía la esperanza de ir mientras estuviera aquí, pero no recuerdo dónde está el cementerio. Solo tenía once años, y lloré todo el camino.

–Iremos ahora mismo, si quieres –le acarició la nuca–. Tus padres están enterrados en Bensafrim. Los míos… en otro sitio.

Maddy soltó una risa nerviosa y se abrazó a él.

–El abuelo no me contó lo que ocurrió. Solo me dijo que mis padres y los tuyos habían tenido un accidente y habían muerto. Siempre que le pedía que me lo contara se enfadaba mucho. Decía que hablar del tema no les devolvería a la vida y que no tenía sentido. Tenía miedo de que le diera un ataque si insistía. Tengo la sensación de que desconozco una parte muy importante de mi vida.

–Yo te lo contaré –dijo él con voz grave.

Bensafrim era un pueblo diminuto, unos kilómetros más al norte. Aparcaron junto a la verja y, con las flores que habían traído, entraron.

–Sí –dijo ella apretándole la mano–. Aquí es. Todas estas tumbas, la capilla… y el muro con los nichos. Lo recuerdo vagamente.

–Te ayudaré a buscar la tumba. Empecemos por la capilla –la tranquilizó él.

Hacía mucho sol, los altos muros blancos impedían el paso de la brisa y el ambiente era agobiante.

–Aquí –llamó Dex, que se había adelantado.

Ella tomó aliento. Temblorosa, se agachó para leer la lápida que había ante el nicho numero noventa y tres.

–En memoria de James y Carlota Cook –susurró–. ¡Oh, Dex!, que tristeza –tuvo que pasar el dedo por la inscripción para leer la fecha, porque la pintura se había borrado. Se le nublaron los ojos de lágrimas.

–Hay un grifo junto a la puerta –dijo Dex–. Iré a llenar el jarrón.

–Gracias –se quedó mirando la tumba, recordando la sensación de abandono que sintió cuando murieron. Se preguntó por qué habían enterrado a los padres de Dex en otro lugar. Comenzó a llorar desconsoladamente.

Nunca había conseguido descubrir lo ocurrido. Ni aceptar que, poco antes del accidente, su padre la había abandonado para irse con la esposa de otro hombre. Las lágrimas surcaron su rostro.

–¿Cómo pudiste? –sollozó–. ¿Cómo pudiste irte, dispuesto a no volver a verme nunca?

–No fue así, te lo prometo –susurró Dex a su espalda, rodeándola con sus brazos.

Ella hundió el rostro en su pecho. Se preguntó si su destino sería siempre separarse de las personas que amaba. Su cuerpo se estremeció con autocompasión.

–Vale, vale –susurró Dex. Esperó pacientemente a que se tranquilizara y dejase de sollozar–. Bueno –le dijo, secándole los ojos con ternura–. Coloca las flores y después te contaré lo que ocurrió. ¿De acuerdo?

–Sí –aceptó Maddy. Pensó que era un hombre bueno y amable, pero un día pertenecería a otra mujer. La consolaría y le haría el amor… Dejó escapar un gemido y sollozó con dolor.

Dexter puso las flores en el jarrón, de cualquier modo, la tomó del brazo y la llevó hacia la sombra para que se sentara.

–Cuéntamelo –suplicó ella con tristeza. Sabía que después, tendría que volver a Inglaterra.

–Creo que todo empezó con un error –dijo él con voz queda–. Seguramente recordarás que tu madre era muy bella, ¿no?

–En realidad no –replicó ella rebuscando en su memoria–. Estaba demasiado preocupada por el hecho de que no me quería.

–No era tan sencillo –dijo Dex–. Puede que tu padre estuviera muy enamorado de ella al principio, pero la relación estaba destinada a fracasar.

–¿Por qué?

–Porque a tu madre le encantaba la ciudad e ir de compras, y odiaba el campo. No le gustaba la Quinta y se volvió fría e infeliz. La verdad es que se hizo antipática y gruñona.

–Sí –musitó Maddy con amargura, recordando las peleas–. Ahora me acuerdo.

–No fue culpa suya. Los dos hicieron una mala elección. La infelicidad cambia el carácter de las personas, cariño.

–Es verdad –concedió ella, agradeciendo que fuera tan comprensivo. No le gustaba la imagen de la mujer cruel y frenética que veía cuando pensaba en su madre.

–Mi padre también sufrió una decepción –siguió Dex–. Yo. Él quería un hijo fuerte y deportista, y se encontró con un niño débil, delgado y miope.

–Te trataba fatal –dijo ella.

–Destrocé sus sueños.

–Si pudiera verte ahora… –Maddy calló un momento–. ¿Y tu madre? –preguntó alzando la cabeza para verle el rostro.

Él sonrió con tanta dulzura que a Maddy le dio un vuelco el corazón.

–Ella adoraba a todo el mundo. Veía lo bueno de todos. No creo que hubiera sobrevivido sin ella. Cuando yo tenía siete u ocho años, descubrió que se me daban muy bien las plantas, y convenció a tu padre para que me dejara trabajar con él –titubeó antes de seguir–. Durante años odié a tu padre, porque creía que me había robado a mi madre y había destrozado nuestras familias. Ahora entiendo que a veces la pasión es demasiado fuerte. Por supuesto que se enamoraron, eran almas gemelas. Estaban destinados a estar juntos. Los dos eran infelices, generosos y amables, y compartían las mismas pasiones.

–Pero no estuvieron mucho tiempo juntos –musitó ella con voz débil. Pensó que a ella le ocurriría mismo.

–No –Dexter la besó en la frente y la rodeó con sus brazos–. Todo se estropeó cuando tu padre envió una nota a mi madre, pidiéndole que se encontrara con él en la playa de Yellowhouse.

–¿Y? –alentó ella, sin respiración.

–Yo estaba allí cuando la abuela encontró la nota y se la enseñó a mi padre –Dex soltó un suspiro–. Él se lo contó a tu madre y fueron juntos a enfrentarse con los amantes. Por lo visto tuvieron una pelea horrible.

–Yo había ido a pescar ese día –recordó ella. Cuando regresó, todo había cambiado. Su abuelo, llorando, le dijo que sus padres habían muerto. Poco después, hicieron las maletas y se marcharon–. A ti no te vi. ¿Dónde estabas?

Notó que todos los músculos de Dex se tensaban. La apretaba con demasiada fuerza, pero no se quejó. Oía el latido acelerado de su corazón. Esperó pacientemente, con aprensión.

–Estaba en el jardín, podando un árbol. Oí ruido de motores y aparecieron dos coches por el camino, a toda velocidad.

–¿Nuestros padres?

–Sí, pero no venían juntos. Tu padre conducía el primer coche, con mi madre de pasajera. El otro coche los perseguía.

–¡Oh, Dex!

–Oí a tu madre gritar, diciéndole a mi padre que los adelantara. Las ruedas se tocaron. Y se estrellaron.

–¡Lo viste! –gimió ella con horror.

–Llegué allí antes que nadie –afirmó él con voz temblorosa–. Tu padre aún estaba vivo. Apenas. Era obvio que todos los demás habían muerto. Me acerqué a él. Me dijo… –se le cascó la voz. Maddy cerró los ojos con fuerza; las lágrimas volvieron a surcar sus mejillas.

–Sigue –suplicó.

–Estaba desesperado por explicarme lo que querían hacer. Verás, Maddy, él y mi madre pensaban volver a por nosotros. Habían discutido entre todos, sobre quién tendría la custodia. Mi madre no soportaba la idea de perderme, y tu padre te quería a ti. Dijo…. dijo: «Dile a Maddy que la quiero con todo mi corazón» –inclinó la cabeza–. Pero como tu abuelo no te dejó volver a verme, no tuve oportunidad de hacerlo.

Ella lloró con desconsuelo, como si se le fuera a romper el corazón. Sintió un gran alivio; su padre no la había abandonado. Fue como si se hubiera liberado de un gran peso que llevaba años acarreando.

–Murieron porque nos querían, Maddy –dijo Dexter con voz

cálida–. No puedo explicarte lo que sentí. Mi madre había muerto porque no quería separarse de mí. Durante años me he sentido culpable. Si se hubieran escapado, seguirían vivos. Nuestros padres se habrían divorciado, pero no los habríamos perdido –suspiró con dolor–. Y yo no habría sentido ese odio tan terrible hacia mi abuela –concluyó con amargura.

–¿Por qué la odiabas? –preguntó ella, curiosa.

–Porque pudo haber tirado la nota y dejar que mi madre eligiera su propia vida, en vez de interferir. Sé que mi madre se lo hubiera dicho a mi padre lentamente. Habría encontrado una manera menos traumática de decirle que ya no lo amaba. Pero se enteró de la peor forma posible. En aquel momento, yo estaba destrozado de dolor. Le dije a mi abuela que era como si hubiera matado a mi madre con sus propias manos.

–¡Oh, que horrible debió de ser para los dos!

–Supongo que le hice mucho daño –Dex volvió a suspirar–. Tu abuelo también se puso furioso con ella. Además, odiaba a mi madre por haber atraído a tu padre con sus «malas artes femeninas», como solía decir.

Maddy se apartó de Dex y se secó las lágrimas. Tenía que intentar consolarlo, buscar las palabras apropiadas.

–Fue un accidente –dijo con voz suave, acariciándole el rostro–. Un trágico accidente. Nada más. Tú no tuviste ninguna culpa. Supongo que ahora lo sabes.

–En realidad, siempre lo supe –reconoció él–. Pero sigo sintiéndome culpable.

–Por eso te escapaste –Maddy tomó su mano entre las suyas–. Te castigaste a ti mismo. Y a tu abuela.

–Eso creo.

–Es una mujer con valores morales muy arraigados. Debió de enfrentarse a un gran dilema cuando encontró esa nota. No la culpes a ella, ni a ti mismo, Dex. Podemos consolarnos con el hecho de que nuestros padres nos querían mucho, ya que estaban dispuestos a luchar por la custodia.

–Sí –accedió él–. Supongo que tienes razón. Gracias, Maddy.

–Me alegro de saber la verdad por fin. Solo hay una cosa que no entiendo –hizo una pausa–. Por qué mi abuelo no quiso contarme lo ocurrido.

–Tendrás que preguntárselo –dijo Dex con emoción–. Quizá estuviera demasiado afectado para hablar del tema. Por muy tirano que fuera, quería a tu padre más que a nada en el mundo. Además, quizá se sentía incapaz de explicarlo algo así a una niña de once años. No se le da bien expresar sus sentimientos, ¿no?

Ella asintió con la cabeza. Comprendió que, tras el aspecto

rígido y frío, su abuelo había ocultado su dolor. Era cierto que no era capaz de demostrar sus emociones.

Estaba oscureciendo. Se levantaron del banco y volvieron al coche. Durante el camino, ella pensó en el tono atormentado de Dex cuando le contó el accidente.

Cuando llegaron a la casa se desnudaron a la luz de las velas y se acostaron inmediatamente, abrazados.

De madrugada, Maddy se despertó y comprobó que Dex estaba observándola. Se estremeció al ver la ternura de su mirada. Su sonrisa cálida parecía envolverla como un abrazo protector. Lo miró con cariño, sabiendo que ese sería su último día allí.

Dexter empezó a depositar besos, suaves como plumas, en su frente. Cerró los ojos y sintió como sus labios recorrían su rostro, centímetro a centímetro, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Le pareció que estaba en un sueño, sumergiéndose en una vorágine de sensaciones.

«Te quiero», pensó para sí, disfrutando de la deliciosa sensación de su piel deslizarse sobre la suya. Con un suspiro de deleite, estuvo a punto de proclamarle su amor cuando él le besó el pecho. Pero no se atrevió a hacerlo, sería demasiado doloroso.

Se dijo que recordaría esos instantes para siempre. Acarició su cuerpo, lo besó de arriba abajo. Inhaló el aroma de su piel, lo lamió y comenzó a delirar al oír su voz grave murmurando lo mucho que le gustaba acariciarla. Lentamente, se fundieron en un solo cuerpo.

Se hicieron el amor con ternura. Él la llevó al borde del éxtasis y la mantuvo allí tanto tiempo que pensó que su cuerpo se desintegraría. Después, gimiendo de pasión, alcanzaron la cima del placer.

Saciada, Maddy se quedó quieta, sus pestañas se humedecieron con dos gotas perladas.

–Maddy –susurró él–. Quiero que te quedes.

Si le hubiera quedado algo de energía, se habría incorporado de un salto. Abrió los ojos y comprobó que él lo había dicho en serio. Sintió una oleada de angustia insoportable.

–No puedo –gimió–. El abuelo.

–¿Se vendría a vivir aquí? –preguntó él.

–¡Como un rayo! No es feliz en Inglaterra. Y prefiere este clima. Pero…

Él la silenció poniendo un dedo sobre sus labios.

–¿Te casarías conmigo, Maddy?

Ella, volvió la cabeza, con una punzada de dolor. Pero él la obligó a mirarlo.

–No te burles –musitó–. Dijiste que no querías casarte.

–Ya lo sé –la rodeó con sus brazos–. Estás cansada. Olvida lo que

he dicho. Duerme.

¡Olvidar! Maddy no podría olvidarlo nunca. Había bromeado sobre algo que significaba el mundo para ella… casarse con él… eso sería… Su cerebro agotado se rindió y se sumió en un sueño profundo.

El sol que inundaba la habitación la despertó. Gimió y escondió la cabeza bajo las sabanas.

–Café.

–¡Vete! –gritó, odiando el sonido de la voz de Dexter. Él le quitó las sábanas, dejándola desnuda y vulnerable bajo el sol.

–Café –repitió él, pero su voz sonó más débil.

–¿Por qué? –gruñó ella, mirando sus piernas embutidas en unos vaqueros.

–Porque quiero que estés despierta y atenta –dijo él con firmeza. La alzó y colocó las almohadas detrás de ella, como si fuera un enfermero eficiente.

–¿Por qué? –repitió Maddy.

–Bebe.

Lo miró con suspicacia. Llevaba una camiseta blanca y tenía aspecto de llevar horas lavado y vestido.

–¿Tiene arsénico?

–Ambrosía –corrigió él, sonriente–. Bébetelo.

–Eres un bruto. ¡Puaj! –gritó al probarlo. Una descarga de cafeína recorrió sus venas–. ¿Cuántas cucharadas de café has puesto?

–No lo sé. Acábalo.

–¡Ya he acabado! –protestó ella.

–Cásate conmigo –ordenó él con voz solemne.

–¡No puedo! –gimió ella. Se le encogió el corazón. No podía volver a hacerle eso. Era demasiado cruel.

–Maddy –se sentó en la cama con rostro serio–. ¿No te fías de que esté dispuesto a comprometerme?

–Dijiste que no querías casarte –le recordó ella.

–Sí. Eso es lo que quiero explicarte. La razón por la que no quería casarme con nadie es que ya he estado casado antes.

–¡Oh! –exclamó ella, atónita. Tras un largo silencio, recuperó el habla–. Cuéntamelo.

–Se llamaba Luisa –inspiró con fuerza–. Era una persona amable y dulce, justo lo que yo necesitaba. Con ella me sentía tranquilo, en vez de asolado por el remordimiento y la recriminación. Su placidez calmaba mi dolor.

–Eso es muy agradable –murmuró Maddy, luchando contra el

dolor y los celos. Se alegraba de que Dexter hubiera encontrado consuelo, pero hubiera deseado ser ella quien se lo diera.

–Nos casamos. Poco a poco, las imágenes de pesadilla del accidente fueron difuminándose. Yo buscaba plantas y luego regresaba con mi paciente y dulce mujer. Cuando se quedó embarazada, creí que tenía todo lo que deseaba en el mundo. Había perdido a mi familia, pero crearía la mía.

Maddy lo escuchaba sin apenas respirar. Sus ojos le decían que la historia no acababa bien. Comprendió que lo amaba tanto que no le hubiera importado que aún estuviese casado, si eso lo hacía feliz. Pero supo que no era así y su corazón sangró por él.

–Sigue –lo animó con ternura.

Él tomó su mano, le acarició la palma suavemente y la besó. Tenía una expresión de tristeza infinita.

–Se puso enferma. Tuvo la fiebre dengue, Maddy. Murió, llevándose a nuestro hijo en su interior.

–¡Oh, Dex! –Maddy lo abrazó con fuerza.

–El trauma fue demasiado para mí –admitió él–. Estuve deshecho bastante tiempo. Entonces me prometí no volver a amar a nadie, porque siempre que lo hacía, perdía a los seres queridos. Y dolía demasiado. Pero mi corazón no le ha hecho caso a mi cabeza –dijo con una sonrisa–. Me has devuelto a la vida, Maddy. Me he enamorado de ti con locura. He luchado contra ello, pero quizá siempre haya estado buscando a alguien como tú. Gentil, cariñosa y callada cuando hace falta; y vital, sonriente y feliz, alegrando el mundo con tu presencia. Quiero ser el padre de tus hijos. Quiero que formemos una familia. Para mí es un gran paso pedirte que te cases conmigo, Maddy. Me asusta el compromiso, porque implica hacerse vulnerable. Pero creo haber visto amor en tus ojos, y que sientes lo mismo por mí. Cásate conmigo, Maddy. Te quiero y siempre te querré.

Ella miró, atormentada, la esperanza que teñía su mirada. Había dado rienda suelta a sus emociones, tras contenerlas durante años. Y ella iba a corresponderle con un golpe amargo. Sintió un intenso dolor por él.

–Tú… tú quieres que tengamos hijos… –titubeó, buscando las palabras adecuadas.

–¡Oh, sí! –exclamó el con entusiasmo–. Un equipo de rugby, ¿no te parece? –soltó un risa–. Y otro de baloncesto femenino. Nunca me han acusado de discriminación sexual.

Siguió un silencio intenso que llenó la habitación y que casi podía mascarse.

–¿Maddy? –dijo él. Su rostro perdió la sonrisa.

–No sabes cuánto lo siento –susurró ella débilmente–. No te

haría daño por nada del mundo. Te admiro. Lo hemos pasado muy bien juntos…

–Pero… –gruñó él.

Ella tragó saliva, intentando deshacer el nudo que tenía en la garganta. Sabía que no podía prolongar más la situación.

–Perdóname. No me casaré contigo, Dexter.

Él soltó una exclamación de dolor que para Maddy fue como una puñalada. Dejó caer su mano.

–¿Es porque crees que no soy rico? –preguntó con voz malévola.

Ella hizo un gesto de dolor y sintió náuseas. No sabía cómo explicárselo, ni si debía hacerlo. Dudó un momento, pero decidió decirle la verdad. Aunque no fueran a estar juntos, no creía que él pensara que le importaba su dinero.

–Dex, sé que debes de tener deudas –empezó con voz suave.

Pero no tuvo tiempo de decirle que eso no le importaba en absoluto. Él salió de la habitación como una furia. Atónita, oyó un portazo. Después el motor del coche arrancó con un chirrido y se alejó.

Después… silencio.

Capítulo 12

Lo esperó todo el día, pero no regresó. No se atrevió a salir de la casa por si volvía en su ausencia, y fue incapaz de concentrarse en nada.

A la mañana siguiente, fue andando a la finca, pero nadie lo había visto. Con el corazón en la boca, volvió a la casa, con la intención de hacer la maleta y salir de allí. Quizá uno de los hombres se apiadaría de ella y la llevaría al aeropuerto. No tenía sentido quedarse. Ni tampoco lo tenía despedirse.

Sin embargo, desde la colina, vio un coche aparcado junto a la casa.

–¡Dex! –exclamó. Se le aceleró el corazón. Corrió colina abajo, jadeando y gimiendo, desesperada por verlo, por explicarle todo. Cuando abrió la puerta de golpe y vio a Sofía, su desilusión fue tal que tuvo que ponerse la mano en el pecho para controlar el dolor.

–¿Está contigo Dex? –gritó.

–No, él… ¡Querida! ¿Qué te ocurre?

–¡Ha desaparecido! Tuvimos una pelea y… ¡se ha ido! –sollozó ella, echándose en sus brazos–. Lo quiero muchísimo y tengo que decirle por qué no puedo casarme con él…

–Tranquilízate, Maddy –dijo Sofía con afecto.

–Tú debes de saber dónde está. Por favor, dímelo –suplicó ella–. Es el mundo para mí, pero no puedo casarme con él. Tiene que entenderlo, así no le hará tanto daño…

–¿Por qué no puedes casarte con él? –preguntó Sofía con voz suave.

–Porque tuve una infección hace diez años, ¡no puedo tener hijos! –sollozó Maddy.

A su espalda, la puerta se cerró suavemente. Ella giró con el rostro empapado de lágrimas. Dex la miraba con amor y ternura, y a ella se le rompió el corazón.

–Maddy –le reprochó–, ¿crees que me importas tan poco? No voy a negar que me encantaría tener hijos. Pero lo que quiero es casarme contigo, por encima de todo –sus ojos se suavizaron al ver su confusión–. Volví porque la abuela me convenció. Fui a desahogarme de mi dolor y rabia; estuve como loco hasta que me hizo una pregunta muy sencilla: si sabía por qué no querías casarte conmigo. Le dije que creías que era pobre y ella dijo que eso era una estupidez, porque el dinero no te importaba. ¡Soy un idiota! –gritó–. ¡Debería haberlo sabido! Pero estaba demasiado ensimismado con mi dolor. Ahora descubro que querías protegerme de un futuro sin hijos. Pero no me importa –esbozó una sonrisa–.

Voy a pedírtelo de nuevo –se arrodilló en el suelo y la miró esperanzado–. Por favor, Maddy, haz que mi vida sea completa. Sé mi esposa.

Ella se llevó los nudillos a la boca, incapaz de contestar, pero sus ojos resplandecían de alegría.

–Bueno. ¿Qué me dices de eso, abuela? –murmuró él–. Creo que la he dejado muda.

–No querrás una esposa. Te gusta viajar. Ser independiente –señaló Maddy con timidez.

–Eso era entonces. Ahora es ahora. Me gusta esto. Me encanta estar aquí. Podemos hacer viajes; te enseñaré todos los sitios que he visto. Te llevaré al parque nacional de las Islas Cocos, el lugar más bello del mundo. Sería ideal para nuestra luna de miel –frunció el ceño de forma teatral–. ¡Quiero una respuesta, mujer! Dilo. Di «sí».

–Sí, Dexter –dijo ella sin dudarlo un segundo. Él la abrazó y la besó con pasión–. ¡No me importa que no tengas dinero! –declaró, ansiosa por convencerlo–. Podemos levantar el negocio juntos. Te ayudaré. Y… ¿podríamos traer al abuelo a vivir aquí? No daría trabajo, de verdad. Yo me ocuparía de él…

–Por lo que me has contado, creo que será mucho más feliz viviendo aquí –dijo Dexter–. Además, se alegrará de que nos casemos, es justo lo que él quería –añadió con voz maliciosa.

–No come mucho –dijo ella–. No supondrá una carga financiera…

–Maddy, asumiste que el incendio había destruido el negocio –explicó Dexter–. Es cierto que ha disminuido nuestros ingresos. Pero todo estaba asegurado, y tenemos sucursales en Europa y Sudamérica, que siguen manteniendo las arcas llenas. En un año, como mucho, todo volverá a la normalidad. Estás a punto de convertirte en una mujer rica.

–¡Oh, cielos! –gimió ella, anonadada.

–No te preocupes –Dexter soltó una risa y la besó–. Lo único que quiero es que sigas siendo como eres. ¿Cómo vamos a darle la noticia a tu abuelo, sin provocarle un ataque al corazón?

–De hecho –intervino Sofía con voz aterciopelada–, está en el hotel. Cuando vi lo bien que iban las cosas entre vosotros, lo invité a venir de vacaciones. Lo afectó mucho oír la historia de la farsa que montaste, Maddy

–¡Diablos! –Maddy se llevó la mano a la boca con horror.

–No le había oído reírse tanto en toda mi vida –dijo Sofía, yendo hacia la puerta–. Venid a vernos al hotel, cuando acabéis de celebrarlo. Adiós.

Maddy y Dexter se miraron y estallaron en carcajadas.

–¿Quieres que sellemos nuestro compromiso? –preguntó Dexter,

alzando una ceja con lascivia.

Maddy se rio de nuevo. ¡Estaba comprometida! Cuidadosamente, recompuso el rostro y lo miró como si fuera una sensual estrella de cine.

–Si quieres ver mi firma, sígueme, chico –dijo con voz baja y seductora. Fue hacia el dormitorio bamboleando las caderas de forma exagerada.

–¿Así? –preguntó Dexter con voz de inocencia.

Ella echó una ojeada por encima del hombro y estalló en carcajadas. Dex, con el rostro solemne, intentaba imitar su forma de andar. Sin éxito.

Dexter la agarró en brazos y la hizo girar por el aire hasta marearla. Después la besó y eso sí tuvo éxito.

Ella pensó que iban a ser muy felices. Una nueva vida, un nuevo comienzo…